

**EN TODAS PARTES
CUECEN HABAS**



MONTSE GIRALDO

EN TODAS
PARTES
CUECEN HABAS



MONTSE GIRALDO

En todas partes

Cueden habas,,

Y quien diga lo contrario

Miente como un bellaco.

EL QUE MUCHO ABARCA POCO APRIETA

-No te preocupes mamá, yo hago la compra cuando salga de trabajar y le acerco a Montse todo lo que le hace falta- le dice Marla a su madre con prisa en la voz.

Desde el fondo del pasillo se escucha la voz de su jefe más inmediato. Marla trabaja como secretaria de dirección del jefe de marketing. Con un jefe al que no le gusta que sus subordinados dediquen el tiempo de trabajo en cuestiones personales.

Marla siempre ha demostrado ser eficiente en sus quehaceres laborales. Lo de esta mañana es una excepción algo que, en el transcurso de este mes se estaba repitiendo más de lo que a ella le hubiese gustado, pero su hermana pequeña ha sufrido un accidente de moto y ha acabado escayolada desde el tobillo hasta la rodilla y esta se negaba a alojarse en casa de sus padres a pesar de vivir sola y necesitar ayuda mientras esté lesionada.

-Tengo que dejarte- susurra Marla presurosa-... te prometo que mediaré con la cabezota de mi hermana. Hasta luego mamá- se despide.

Consigue ocultar su teléfono personal en el fondo de su bolso en el mismo instante en el que el señor Ventura, su superior, cruza el umbral que separa el vestíbulo de la zona de despachos

designados para el departamento de marketing.

Preparada para lidiar con la rutina de la oficina, Marla gira su silla hacia los archivadores en busca de los documentos que faltan para la próxima reunión.

-¿Todo listo para la reunión?

La voz ronca que formula la pregunta hace que Marla de un respingo en su silla giratoria. Estar concentrada en el archivador que hay a espaldas de su mesa de trabajo, rebuscando documentación para uno de sus trabajos pendientes la ha hecho estar despistada.

-Todo preparado- confiesa Marla tras soltar un sonoro suspiro tras recuperarse del sobresalto.

-¿Informes?-pregunta con porte serio su jefe.

El señor Ventura y su gesto serio siempre genera una sensación de mutismo a su paso. La juventud del gerente, su porte atlético y el atractivo rostro atraía las miradas del género femenino. Hasta que su seriedad y frialdad las echaba hacia atrás.

-Sobre la mesa de su despacho- contesta Marla regresando su silla hacia el frente de su mesa de trabajo.

-¿Cuadro de estadísticas?- pregunta su jefe.

-Informes preparados sobre la mesa de la sala de reuniones- señala Marla.

-¿Huecos libres en mi agenda?-

-Media hora para la reunión...- comienza a decirle su secretaria, haciendo ademán de abrir la gruesa agenda de tapa oscura que descansaba sobre su mesa de trabajo.

-Perfecto- dice él, posando su fornido brazo sobre la tapa de la agenda con el fin de evitar que su secretaria acceda al interior de sus páginas... puede pasar a mi despacho. Necesito repasar algunos detalles- le señala girando sobre sus pasos, sin esperar respuesta.

Pedro Ventura camina con paso firme hasta la puerta de su despacho. Marla le sigue con paso

presuroso, llevando entre sus brazos la agenda a la que había echado mano. En aquel tocho de papel de donde salían miles de tiras de colores, era algo que, pese a ser una eficaz y eficiente secretaria y estar capacitada para lidiar con la tecnología en la que el siglo XXI ha sumido el mundo laboral, Marla se niega a abandonar.

Cuando secretaria y jefe cruzan el umbral del amplio despacho, Pedro Ventura cierra la puerta tras de sí. Mudando el gesto serio por una sonrisa lobuna, deposita su mano derecha sobre el trasero de su secretaria, atrapándolo con decisión.

-¡Señor Ventura!- replica Marla con gesto sensual-... creo que ese punto no está en su agenda- señala, posando su mano sobre la de él, para evitar que la retirase de su lugar mientras ella gira sobre sus pasos, para situarse frente a frente.

-¿Seguro señorita Picón?- cuestiona él, llevando su mano libre sobre el pecho izquierdo de su secretaria-... consulte su abultada agenda- le aconseja al tiempo que rescata de los brazos de su secretaria la susodicha agenda para dejarla resbalar lentamente hasta caer al suelo.

La agenda llega al suelo en el mismo instante en el que la boca de Pedro Ventura atrapaba la boca de Marla Picón. Ambos se entregan a ese pasional beso. La pasión que genera hacerlo sabiendo que tienes que esconderte para evitar ser vistos. Para mantener en secreto una relación jefe-secretaria, secretaria-jefe en la que llevan enfrascados desde hace más de seis meses.

-Esta noche te espero en mi casa- le dice él.

Aquello parece más una orden que una sugerencia.

-Sabes que esta noche tengo cena en casa de mis padres. Han pospuesto su cena de aniversario solo porque yo estuve ocupada el fin de semana, con un descomunal trabajo que el ogro de mi jefe me impuso- señala ella irónicamente.

-Un trabajo con el que disfrutases- el recuerda él antes de lanzarse sobre el lóbulo de la oreja de ella.

Tras el primer encuentro de la mañana. La relación de jefe y empleada transcurre con total normalidad. A las tres Pedro Ventura abandona el despacho con los nuevos clientes. La reunión de la mañana se iba a prolongar en el confort de un restaurante de cinco estrellas. Marla tiene que terminar de archivar todos los documentos y realizar un informe detallado que debe dejar sobre la mesa de su superior antes de abandonar la oficina.

Las horas delante del ordenador le queman la vista y la cansan en demasía. A las cinco de la tarde su mesa esta recogida. Con la americana puesta y el bolso colgado al hombro camina apresurada hacia el ascensor mientras rescata su teléfono móvil del fondo de su gran bolso.

-¡Montse!- reclama a través del terminal-....¿quién eres? .. Necesito hablar con mi hermana- replica al interlocutor.

Dos segundos después logra comunicarse con su hermana, informándola de sus intenciones de hacerle la compra bajo expreso deseo de sus progenitores

-Mira, bonita, voy a hacerte la compra porque sino mamá no va a dormir tranquila y acabara yendo a comprar ella misma.- le dices con tono irónico-... y, escucha bien lo que te digo, mejor será que estés preparada, porque le he prometido a mamá que esta noche vienes conmigo a cenar a casa- le dice.

-De acuerdo pesada.- bufa Montse, rindiéndose a las réplicas de su hermana mayor-... promete traerme medio flan de chocolate y vainilla de ese que se que has cocinado esta semana- le pide a su hermana mayor.

De todas las experiencias laborales que esta probó mientras se formaba para ser una secretaria eficaz, el puesto de cocinera fue el dejó en ella una huella digna de disfrutar en su rutina cotidiana y de la que disfrutaba apasionadamente.

Montse no puede resistirse a soltar un bufido a modo de protesta. A sus treinta y veintiocho años de edad, las dos hermanas viven con total independencia, cada una en su propio piso, cada una con sus respectivos trabajos y ambas bajo la presión de unos padres tradicionales que no logran entender porque sus hijas prefieren vivir solas en lugar de regresar a la casa familiar.

Marla se marchó de casa cinco años atrás, cuando tomo la decisión de convivir con su antigua pareja. Un compañero de universidad con el que mantuvo una relación seria desde el primer curso. Después de romper, ella decidió permanecer en su piso, con su vida. Montse se mudó a un piso compartido en su primer año de universidad y con el paso de los años se mantuvo en sus trece y conservó la independencia a la que se había acostumbrado incluso cuando regresó a Madrid, donde acabó montando una pequeña empresa de diseño gráfico con la que sobrevive.

Tras perder la discusión con su hermana, Montse no tiene más remedio que claudicar, quitarse el pijama con el que ha pasado los últimos días y acompañar a su hermana a casa de sus padres para la cena de aniversario.

-Has prometido llevarme de regreso a mi casa- le recuerda Montse a su hermana antes de bajar del coche.

Su hermana la mira sonriente. Sabe lo que ha prometido. El desenlace de la velada aún está por verse.

-Y me vas a ayudar a convencerlos- señala con los ojos entre cerrados.

-Sabes que todo sería mucho más fácil si les dijese de una vez por todas que tienes una relación con tu compañera de piso- le suelta Marla, ante la mirada estupefacta de su hermana pequeña.

-Lo mío con Raquel está en un punto demasiado delicado como para airearlo- reconoce Montse.

A diferencia de las preguntas que Montse esperaba de su hermana, esta simplemente la mira, dubitativa. No es la primera vez que Montse y Raquel tienen un tiempo entre tinieblas, pequeñas rencillas que siempre acaban solucionando.

-Estoy sopesando el cerrar y cambiar el rumbo- espeta Montse.

Durante dos breves segundos, Marla mira fijamente a su hermana, sorprendida. ¿A qué se refería su hermana con un cambio de rumbo? ¿Desde cuándo lleva sopesando esa posibilidad?

-¿Tan mal va el negocio?- se interesa Marla.

-La crisis es el motivo principal. Y que necesito reinventarme también- confiesa Montse, manteniendo la mirada fija en la carretera.

Un pequeño silencio sucede de súbito entre las dos hermanas. Cada una procesa toda esa información a su manera.

-Cuándo piensas contarles tú que te estás tirando a tu jefe- le espeta Montse, en pos de cambiar el tema de conversación.

-Tú lo has dicho; me lo estoy tirando. No vivo con él- matiza Marla-... tu velada sería más cómoda para ti si tu relación se hace visible y Raquel te acompañase- le señala.

-Deja de tirarte a tu jefe y comienza una relación con él de una vez por todas- le dice Montse con tono burlón.

Entre risas, las dos hermanas suben los cuatro escalones del portal del bloque de pisos donde residen sus padres. La velada transcurre apaciblemente. Ni las insistencias de su querida madre sirvieron, tras la copiosa cena las dos hermanas abandonan el nido familiar. Marla acerca a su hermana a casa y, pese a sentirse agotada, conduce hasta el chalet en Somosaguas donde Pedro Ventura vive, en busca de una apasionada noche de sexo que ambos anhelaban.

DONDE LABORES NO RIEGUES LAS FLORES

La noche se prolonga para Marla más de lo que había calculado. A las seis y media de la mañana la alarma de su teléfono móvil la saca de los brazos de Morfeo y del abrazo en el que Pedro Ventura la tiene envuelta. Suavemente se desliza por entre las sábanas. Recoge del reguero de ropa que la noche anterior habían esparcido desde la puerta del dormitorio hasta los pies de la cama, para ir ocultando su desnudez prenda a prenda.

A las puertas del piso de alquiler en el que vive, el tono que usa para los mensajes suena. Junto con el pompón de lana que usa como llavero rescata el móvil para averiguar quién está levantado a esa hora para comenzar con los mensajitos de WhatsApp cuando aún no son las siete de la mañana.

-Preciosa, no quiero ser abusón, perooooo, podrías pasar por la tintorería antes de llegar a la

oficina. Gracias, gracias, gracias- escucha la voz suplicante de Pedro Ventura.

La ducha es más rápida y menos relajante de que hubiera deseado. Siguiendo la pauta ante la indumentaria sobre su vestimenta en el ámbito laboral, Marla se viste con una falda estrecha por encima de la rodilla de color negro y abertura en la pierna izquierda conjuntada con una blusa negra semitransparente que cubre con un chaleco rosa palo. Como cada mañana al edificio donde está ubicada la empresa con paso ligero, con las camisas de su superior en el interior de una bolsa de lavandería opaca, una bandeja de cartón con dos cafés del Starbucks de la esquina y su bolso de trabajo.

-La directora de marketing de la sucursal de Londres está esperando en el despacho de Ventura desde hace diez minutos- le comenta uno de sus compañeros, que la intercepta desde el ascensor hasta su mesa de trabajo siguiendo sus ajetreados pasos.

-¡No me jodas!- espeta Marla-...Me cago en toda la dichosa puntualidad Británica. ¡Tenía cita para las nueve y media!- dice, haciendo memoria.

Sobre su mesa suelta los cafés y su bolso, verificando en el reloj de pared que hay entre su mesa de trabajo y la de su compañero señala las nueve en punto, justo su hora para entrar a trabajar.

-Cuelga esto en el perchero, por favor- le pide a su compañero mientras que ella alisa su ropa y coge su agenda laboral del fondo del cajón.

Rápidamente teclea un mensaje en su teléfono, el cual deja dentro del bolso antes de carraspear y caminar decidida al despacho de su jefe.

Solo cinco minutos después, la puerta del despacho vuelve a abrirse, apareciendo un elegante, sonriente y atractivo Pedro Ventura repartiendo cordialidad y alabanzas a la visita que le esperaba en el despacho.

Las prisas marcan el día desde sus horas más tempranas. La reunión con la asociada de Reino Unido se prolonga más de lo estipulado en un principio, lo que conlleva la necesidad de hacer una reserva de urgencia para la hora de la comida. Una reserva para dos, algo realmente fuera de lo normal, porque siempre que Pedro Ventura se reúne para comer con un cliente o asociado, su secretaria siempre les acompañaba por si necesitaban algo de ella.

Marla no quiere pensar en ninguna razón especial para aquel cambio de planes. En cierto modo esa libertad inesperada le viene como anillo al dedo, pues su hermana Montse tiene consulta en el centro de salud y su pareja/compañera de piso, se ha buscado una excusa para ausentarse.

-¿Va todo bien, Montse?- le pregunta a su hermana mientras ambas matan el tiempo de espera interactuando con sus respectivos teléfonos móviles.

-Si- responde Montse sin demasiado énfasis

En su tono, en su comportamiento, en su actitud sería, poco habitual en su hermana, Marla nota cierto matiz que le hace pensar que esa respuesta no es sincera.

-¿Seguro?- insiste Marla.

-¡Pfffff!- bufa Montse- ¿Tan evidente es?- pregunta, sin mirar a su hermana a los ojos.

-¿Toda va bien con Raquel?-

-No- responde Montse tajantemente.

Un incómodo silencio se interpone entre las dos hermanas. Marla busca la manera idónea de continuar con el interrogatorio, sin que suene como tal. Montse busca la manera de confesar sus problemas, sin resultar dramática.

-Creo que Raquel me la está pegando- confiesa Montse, mirando por fin a su hermana a los ojos.

-¿Seguro?-

-Casi seguro-

-¿Cómo has llegado a esa conclusión?- quiere saber Marla.

-Hace más de un mes que recibe mensajes del chico que trabajó con nosotras las pasadas Navidades-cuenta su hermana.

-¡Por favor, Montse! ¿Desde cuándo vas de celosa?- pregunta Marla burlona.

Si algo caracterizaba a su hermana era su desenfado y su positividad. Nunca ha sido una persona celosa, todo lo contrario, siempre se había excedido en su confianza en los demás.

-No estoy celosa.- espeta con seriedad-... tampoco ciega. Sé reconocer las risitas de alguien que está coladito por otra persona. Y cuando Raquel recibe los mensajitos de ese pavo, su cara se transforma- añade.

-Seguro que son imaginaciones tuyas. ¡Joder Montse, que sois lesbianas!, que uno no cambia de acera de la noche a la mañana- le recuerda su hermana.

-Raquel estuvo con un chico antes de descubrir que le gustaban las mujeres- señala Montse.

Un nuevo silencio se instala entre ambas hermanas. La situación parece más difícil de lo que en principio imaginó Marla.

-Quizá pasáis demasiado tiempo juntas. Trabajar con tu pareja puede desgastar más de lo que imaginas- quiere objetar Marla, buscando una razón para dar positividad a su hermana.

-Tú estás liada con tu jefe- le recuerda Montse.

La situación de una y otra era similar en ciertas vertientes.

-Pero no vivo con él- alega Marla.

Un nuevo silencio atrapa a las dos hermanas. Montse pasa su teléfono de una mano a otra, nerviosa. Marla intuye que tras aquel gesto se esconde algo más.

-¿Pero?- insiste, posando su mano sobre las de su hermana, queriendo infundirle confianza para continuar explicando su problema.

-Hablé de esto con el primo Manuel...- comienza a relatar Montse, observando como la boca de su hermana se abría a modo de sorpresa-...me dijo que, quizá, un cambio de ambiente sería beneficioso...- señala.

-¿Manuel?- repite Marla el nombre, asombrada- ¿Manuel, el de la tía Teresa?- quiere saber.

El mencionado primo Manuel, el hijo menor de la hermana de su madre, es un joven con la carrera de biología que había abandonado la beca de investigación que había logrado años atrás en la universidad de La Sorbona para mudarse a un cortijo perdido en la sierra malagueña para dedicarse al cuidado de la ganadería de su patrón, después de haberse enamorado perdidamente

de una chica avilesa, ecologista y naturalista que le hizo cambiar la bata blanca, probetas y pipetas de un laboratorio por un mono de trabajo y botas katiuskas y mierda de vaca a raudales.

-¿Y puede saberse que te ha propuesto el primo Manuel?- pregunta irónicamente Marla-... que vendas tu negocio y te mudes a un pueblo perdido para repoblarlo- se contesta a sí misma con un tono burlón.

-¡Mmmm!- articula Montse, desviando la mirada hacia el techo.

-¡No me jodas!- espeta Marla al intuir que su descabellado comentario puede convertirse en la realidad de una propuesta.

-Las dos estamos cansadas de permanecer encerradas en un despacho- alega Montse.

-Sí, Montse, y yo también estoy harta de trabajar en una oficina sin horario, pero no por ello lo voy a dejar todo y me voy a ir vete tú a saber donde...

-Gestionar un pequeño alojamiento rural en la Sierra de las Nieves nos pareció maravilloso a las dos cuando Manuel nos habló de ello-

-¿A las dos os pareció bien? ¿Sabes que así seguiríais trabajando juntas?- argumenta Marla no entendiendo la situación.

-Era una posibilidad de cambio que las dos barajábamos. A Raquel le pareció una magnífica idea- responde Montse abatida.

-¿Y tú negocio?- pregunta Marla-... ¿has olvidado todo lo que tuviste que pelear para conseguir abrir tu propio negocio?

-Se lo he arrendado a Estefanía Requena, a mi compañera murciana de la universidad- responde.

Estefanía es una compañera con la que había estado trabajando desde que ambas terminaron sus estudios, con quien también había estado trabajando hasta que Raquel entró en su vida.

-¿Has? ¿Has dicho “has”?

Un bufido escapa de la garganta de Montse. Tal y como se estaban complicando las cosas, hasta ella cree que se ha precipitado.

NO HAY MAYOR CIEGO QUE EL QUE NO QUIERE VER

La presencia de la delegada de Reino Unido se prolonga durante dos días más. Dos días eternos en los que Marla debe llegar a la oficina una hora antes de su horario habitual con la finalidad de asegurarse de tener preparado y archivado todo el papeleo del día anterior y de la nueva jornada.

No todo son prisas en esos días. También la jornada laboral se relaja con la ausencia del jefe de departamento, pues alegando a la caballerosidad, Pedro Ventura emplea largos periodos de su

tiempo en desayunar y almorzar con la guapa delegada del Reino Unido. Pese a todo, la desconexión entre secretaria y jefe no se hace efectiva. Marla pasa largos periodos de tiempo chateando con su teléfono móvil. Pedro Ventura, ausente en cuerpo pero no en esencia, se estaba trabajando una sesión de sexo con su secretaria favorita.

“Preciosa, necesito meterme entre tus piernas” escribe Pedro en uno de mensajes. “No he podido quitarme de la cabeza esa sugerente blusa durante todo el día”, añade él sin dar tiempo a una respuesta.

“Me da a mí que has estado demasiado ocupado con la guiri como para andar pensando en blusas transparentes”, responde ella sonriente.

“Vuelvo a ponerme cachondo solo con pensar en quitarte esa blusa y meter esos maravilloso pechos en mi boca”, insiste él en un nuevo mensaje.

“Estoy agotada” envía como respuesta Marla ante la petición de compartir una nueva noche con Pedro Ventura.

“No será para tanto” obtiene como respuesta.

“Antes de entrar a trabajar tengo que acercar a mi hermana a casa de mis padres” añade ella, una realidad que usa como excusa.

“No insisto. Ya sabes dónde encontrarme” zanja él la conversación.

Marla resopla. Encontrarse entre la espada y la pared es agobiante. Claro que le gustaría pasar una nueva noche con su atractivo jefe, especialmente después de tres días en la que, debido al trabajo, están más distantes de lo acostumbrado.

Claro que puede convencer a Montse para que pase la noche en casa de sus padres y darle a ella una pequeña tregua.

Claro, que no todo es tan fácil como pensarlo así sin más.

Claro que, la situación en la que se encuentra su hermana tampoco es como para dejarla a un lado.

-Sabes Montse, podrías hacer caso a mamá y pasar unos días en su casa. El tiempo justo para que te quiten la escayola... tu puedes pensar en tu situación desde otra perspectiva- argumenta Marla al teléfono, tirada a todo lo largo que le ofrece el sofá.

-¡Ja!- espeta su hermana desde la comodidad de su cama- ...y dejarle mi cama libre a ese gilipollas- niega-... además, tu lo que quieres es irte a pasar la noche con tu pimpiolo- se burla.

-Lo digo por tu bienestar mental. Y por el madrugón hipermegaextraordinario que me ahorro, ¿Eso no es importante?- quiere argumentar Marla.

Un gruñido escapa de la boca de Montse. Cómo le revienta tener que dar su brazo a torcer.

-De acuerdo. Pasa a recogerme en una hora.- acepta por fin Montse-... así podrás retozar con ese estirado sin tener que madrugar- añade a modo de pulla.

-¿De veras?- pregunta Marla asombrada ante el repentino cambio de opinión de su hermana.

Una hora después Marla y Raquel ayudan a Montse a subir al coche de la primera para pasar la noche en casa de sus padres. El mutismo entre la pareja hace sospechar a Marla que algo no va bien. La insistencia de Montse por hacer creer a su hermana que todo va bien hace que esta conduzca durante todo el trayecto con la mosca detrás de la oreja.

-Marla, ya chocheas. Como mamá- espeta moleta Montse ante la insistencia de su hermana mayor por acompañarla hasta la misma puerta de sus padres-...hay ascensor,... y no estoy manca. Las muletas las domino a la perfección- se mofa.

-¡Tu ganas!- gruñe Marla, levantando las manos en señal de rendición.

A cabezota no hay quien ganase a su hermana. Ha conseguido convencerla para que pasase unos días en casa de sus padres, no quiere que cambiase de opinión tan rápidamente como ha aceptado.

Con su hermana caminando lentamente y apoyada en las muletas, Marla regresa a su Audi A3. Durante unos segundos permanece con la mano pegada a la llave, y esta al contacto. Con una sonrisa triunfal se muerde el labio. Pedro no la espera. Se imagina su cara cuando se presente delante de su puerta.

Cuando el Audi de Marla comienza a rodar por el asfalto, la cabeza de Montse aparece por la esquina. Viendo desaparecer el coche de la periferia de la portería del edificio de sus padres, esta desanda el camino hecho, regresando a la calle. En el quicio del portal marca un número de teléfono. Diez minutos más tarde, un panda rojo se detiene en el mismo sitio donde se había detenido el coche de Marla y Montse ocupa el asiento del copiloto hasta que el pequeño utilitario se detiene frente al portal del piso donde ella vive.

A TODO MARRANO LE LLEGA SU NOCHEBUENA

Parada delante de la puerta principal del chalet de Pedro Ventura, Marla presiona el timbre mientras se desabrocha un par de botones de la blusa negra que aún viste y que ya no esconde bajo el chaleco. En el segundo timbrado alborota su melena, para dar un look más informal a su estudiado aspecto. El tercer intento le comienza a poner nerviosa. En el interior del chalet suena música, lo que indica que su dueño está en casa.

La tardanza por atender la llamada a la puerta intriga a Marla, por lo que decide caminar por el pequeño sendero de baldosas rojas que rodean la periferia de la casa, separándola del jardín. El salón está iluminado. La música que se escucha proviene de esa parte de la casa, pero allí no se ve a Pedro. Una risa bobalicona y nerviosa llega a sus oídos, desde la habitación de al lado. El

dormitorio.

El semblante de Marla se torna serio de repente. Con paso lento e incertidumbre, continúa por el camino. La habitación contigua, el dormitorio de Pedro, también desprende destello de luz a través de los cristales de la ventana. Las risas, desde aquel ángulo, se escuchan con más nitidez. Sabiendo que iba a arrepentirse, Marla se acerca a la ventana para mirar a través de ella.

Los primeros segundos, después de atreverse a mirar, pasan a cámara lenta, nublando la razón, la vista y el sentido de la joven. Su respiración se le entrecorta al descubrir a Pedro Ventura saboreando los pechos siliconados de aquella rubia de la sucursal del Reino Unido, los dos desnudos, sudorosos y lujuriosos,

Marla lucha por recobrar la calma, digerir la escena y pensar con claridad. Cierra los ojos, en pos de que su cerebro trabaje obviando lo que ha visto. Y sus propios sentimientos.

Con el ceño fruncido y un rictus serio instalado en su rostro, Marla extrae del interior de su bolso su teléfono móvil, con el que realiza una fotografía enfocando directamente la escena de cama que aquel libertino y la guapa asesora del Reino Unido están viviendo y le da al play. Unos segundos después detiene la grabación, deja caer el móvil en las profundidades de su gran bolso y deshace el camino por el que ha llegado hasta aquella ventana.

En la zona norte oeste de Madrid, Montse desciende del coche de su incondicional compañero de la universidad. Luis insiste en acompañarla hasta el piso, no porque crea que su lesión la hace ser desvalida, sino por los motivos por los que su amiga ha querido regresar a su casa después de que su hermana la haya llevado a casa de sus padres. Unas razones que Montse le ha confesado con anterioridad.

-Te acompaño- le dice el dueño del panda.

Con la agilidad que le permiten las muletas y su pierna escayolada, Montse entra en el portal y toma el ascensor hasta su planta. Cuando entre en casa, usando su propio juego de llaves, saluda, como siempre que regresa a casa, en espera de una respuesta de su compañera sentimental. Nadie responde. Montse saca el teléfono móvil del interior de su bolso y teclea un mensaje instantáneo.



“Ya estoy aquí”, escribe en el chat de Raquel. “¿Qué haces?” añade.

“First dates con una de tus cervecitas. Relájate la ausente Raquel.

“, relata el mensaje con el que le responde

Incrédula, Montse muestra la pantalla del teléfono a su acompañante, mientras vuelca la mirada sobre el sofá vacío y la televisión apagada.

EN BOCA DEL MENTIROSO, LO CIERTO ES DUDOSO

La mañana amanece resacosa y nublada, tal y como se levantan las hermanas Picón. Con el ánimo por los suelos.

Desanimadas, ambas desayunan. Marla en la soledad de su moderna cocina, meneando la cucharilla en la taza donde se ha servido el café del desayuno. Con pasmosa lentitud. Mientras se tortura con la mirada clavada en el video grabado la noche anterior, mientras se debate entre

presionar el triángulo del play o no hacerlo.

Cansada de ser masoquista, abandona el teléfono móvil sobre la isla de la cocina donde ha tomado asiento para desayunar y recoge entre sus manos la taza de café humeante.

El tono asignado para la notificación de mensajes de WhatsApp suena. Sorprendida, lee el nombre de quien ha querido contactar con ella: Pedro Ventura. Estupefacta lee el contenido del mensaje:

“Preciosa, anoche te eché de menos”, reza la primera conversación.

“Hoy necesitaría que trajeses los informes de ayer al hotel Regina. Los nuevos clientes prefieren que nos reunamos en territorio neutral”, pide en el segundo mensaje.

“Me muero por ver tu sugerente escote”, osa escribir en el último comentario.

Una ráfaga de ira recorre todo el cuerpo de Marla. Desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies. Su respiración se torna agitada y se ve obligada a cerrar los ojos para controlar su esporádico mal genio y así no comenzar a lanzar por los aires todo lo que encuentre a su alcance. Se obliga a serenarse. Opta por obviar los demás mensajes entrantes que comienzan a llover ante la ausencia de respuesta.

Montse abre los ojos, acurrucada en su lado de la cama. Sola. La penumbra de la habitación le hace tener que palpar el camino hacia su teléfono móvil, que descansa sobre la mesilla de noche. Entristecida, descubre que el día ya ha abierto y Raquel no ha dado señales de vida.

Con cuidado de no tropezar, abandona la comodidad de la cama para subir las persianas. Dejando las muletas a un lado, camina hacia el cuarto de baño. Necesita una ducha. Una ducha que no alivia ese resquemor que la ausencia de Raquel le ha generado. Montse regresa a la habitación, ataviada solo con una camiseta, un tanga y una toalla liada en la cabeza. Al rescatar su teléfono de sobre la mesita de noche, para llevarlo con ella hasta la cocina, descubre que tiene varios mensajes de WhatsApp. Todos de su ausente pareja.

“Buenos días cariño”, lee Montse, con una sonrisa borde y cierto resquemor.

“¿Irás directa al despacho o pasarás primero por casa?”, continúa leyendo del primer mensaje.

“Qué triste desayunar sin ti”, reza el siguiente mensaje.

-Zooooorrrrrra- espeta Montse, lanzando el teléfono sobre la cama.

Para evitar dar rienda suelta a la mala leche que aquellos mensajes le estaban despertando, prefiere marcharse a la cocina y no continuar leyendo aquella sarta de mentiras que Raquel se ha empeñado en enviarle. Acomodada en el sofá del salón, delante de un vaso de leche con una napolitana de chocolate del día anterior, maldice al escuchar la entrada de otros mensajes. Deja que el teléfono suene. Después del sexto tono, anunciando la entrada de más WhatsApp, decide acercarse a la habitación y escribirle a Raquel sobre todo el malestar que le está generando.

Ante todo pronóstico, los mensajes de Raquel no aumentaron. Las nuevas entradas pertenecen, dos a Luis, preguntando por el desenlace de la noche y por su estado de ánimo, uno de su madre, tanteando la posibilidad de una cena familiar para esa misma noche y uno de su hermana, preguntándole a cerca de las razones por las que regresó a su piso tras dejarla en el portal de sus padres.

“Cuando te lo cuente, no te lo vas a creer”, escribe presurosa Montse.

El ruido de una llave introduciéndose en la cerradura reclama la atención de Montse.

“Luego te cuento”, teclea antes de bloquear el teléfono y dejarlo sobre el mueble para asomarse al pequeño recibidor del piso.

La puerta se abre. Paralizada, con la mano en la cerradura, Raquel se recompone rápidamente al abrir y encontrarse con Montse.

-¡Cariño! ¿Cuándo has llegado?- pregunta, intentando sonar convincente-... de haber sabido que venías para casa, te habría traído una caña de cabello de la cafetería- expone con fingida seguridad-... pensé que nos veríamos en la oficina- añade, caminando hacia Montse, con la intención de ofrecerle el acostumbrado beso de bienvenida.

Con un movimiento rápido, dejando a Raquel atónita, Montse esquiva ese beso no deseado.

-¡Me has hecho la cobra!

-¿Me has puesto los cuernos?- responde Montse con una pregunta.

No tiene intención de andarse por las ramas. Nunca lo había hecho y no va a comenzar en un momento tan importante y doloroso como ese.

-¿Qu... Qué?- balbucea torpemente Raquel.

-Que si te estás tirando a Javi- amplía los detalles de la acusación.

-Cariño, com...

-¡Que no me llames cariño!- dice Montse, comenzando a sentir como si irritación purgaba por salir.

La tensión se palpa en el estrecho recibidor. Raquel parece desconcertada. Intenta acortar distancia entre las dos. A cada paso que ella da, Montse da otro hacia atrás.

-¿Qué ha pasado en casa de tus padres? ¿Les has contado nuestra propuesta de marcharnos?

-He pasado la noche A-QUI- especifica Montse.

Atrapada en su propia mentira, Raquel comienza a ofrecer explicaciones que nadie le ha pedido, confirmando así su afer con Javi. Una aventura que califica como finiquitada. Reconoce abiertamente que aquella aventura no ha supuesto para ella nada más que un tremendo error. Achaca ese enamoramiento fugaz a la labia y la persistencia del guapo argentino.

-Anoche fui a su casa para hablar con él y dejarlo- aclara una acalorada Raquel- ... tu eres la única persona importante en mi vida. Con la que voy a comenzar una nueva vida en la Sierra de las Nieves. Como teníamos planeado- le recuerda.

El gesto fruncido de Montse muda a una mueca irónica que se torna carcajada tras escuchar la última frase de la que ha sido su pareja en los últimos dos años. Dejando a Raquel más desconcertada que al principio.

-CA-RI-ÑO- espeta Montse con marcada ironía- tu cambio de vida no va a ser a mi lado-sentencia.

-¡Montse, yo te quiero!

-Y yo quiero perderte de vista. Recoge tus cosas- asevera-... y ve buscándote trabajo, porque el traspaso de la posada se va a pagar con mi dinero. Y no hay sitio para ti.

-La posada la traspasan con la condición de que la acojan una pareja- argumenta Raquel, en un intento de hacer entrar en razón a su cabezona y ofuscada compañera.

-Ese es mi PROBLEMA.

CREE EL LADRÓN QUE TODOS SON DE SU CONDICIÓN

La urgencia de Pedro Ventura no es correspondida. Ante los acontecimientos de la noche anterior, Marla opta por quedarse en casa. Lo último que le apetece es enfrentarse cara a cara con

el libertino de su jefe y la guapa delegada de la sucursal de Londres.

Su ausencia ocasiona el caos para un directivo acostumbrado a delegar en su secretaria más tarea de la habitual. Aquellos mensajes, tan sugerentes y cargados de la habitual sensualidad con la que Pedro la trata, se vuelven exigentes con la tardanza de su secretaria, e intolerantes cuando Marla justifica su ausencia con un malestar repentino.

A media mañana, los mensajes de Pedro Ventura retoman la rutina habitual. El enfado que el jefe de Marla ha mostrado en su último comunicado parece haber quedado en un segundo plano cuando este vuelve a contactar con su secretaria, interesándose por su estado de salud. La actitud de la secretaria sigue siendo la misma: mutismo total. Incrementando su indignación, cuando los mensajes de su jefe pasan del mero interés a la tónica habitual entre ellos, cuando concertaban un nuevo encuentro sexual.

“Esta noche podría ir yo a tu casa y meterme en tu cama para que estés calentita”, lee la secretaria con enfado. “Seguro que tras una noche de buen sexo, mañana te encontrarás mucho mejor”

Contener la rabia es difícil cuando el meno causante de este insiste e insiste, por lo que, dispuesta a tirarse a la piscina, Marla opta por responder.

“Y tu ADORADA delegada de la sucursal de Londres”, teclea en el chat privado de Pedro.

“¿Estas celosa?”, es la rápida respuesta que recibe.

Marla observa la parte superior del chat de Pedro. Está en línea, esperando respuesta. Una respuesta que no llega tan rápidamente con él espera, especialmente porque quien debe responde comienza a sentirse ridícula.

“Romina está volando hacia Londres”, decide escribir Pedro, ante el mutismo de su secretaria. “Tenemos que recuperar los buenos ratos de sexo perdido”, añade él.

¿Ratos de sexo perdido?, se pregunta a sí misma. Le parece irreal estar leyendo esas palabras cuando ha visto en primera persona como ese libertino ha estado tirándose a la dichosa Romina. Dispuesta a cortar por lo sano presiona con el dedo la opción que el chat de WhatsApp brinda para compartir ficheros. Con decisión selecciona el video que grabó la noche anterior y escribe, antes de enviar: “Tu no pierdes la ocasión”

En contra de lo esperado, una respuesta entra en el chat de Pedro Ventura, en la que reza que ambos son adultos para entender que entre ellos nunca ha habido exclusividad.

Marla se niega a continuar con ese estúpido juego. No se trata de dos adolescentes debatiendo un toma y daca a cerca de una relación. Acaba de comprender que, lo que para ella ha sido como una relación de pareja entre jefe y secretaria, para él no ha sido más que un peón más con el que pasar el rato. Buenos ratos de sexo. Nada más.

Necesita pensar. Procesar todo lo sucedido. La insistencia de Pedro Ventura la lleva a escribir un último mensaje antes de apagar por completo el terminal.

“Señor Ventura, sigo indispuesta. Mañana espero poder acudir a mi puesto de trabajo”

Una llamada entrante se corta con la desconexión del teléfono móvil. Pedro Ventura puede llegar a ser muy persistente cuando se lo propone.

LA ESPERANZA ES LO ÚLTIMO QUE SE PIERDE

Volcada al cien por cien en el último trabajo que le queda pendiente antes de traspasar su negocio a su compañera de facultad, Montse trabaja a puerta cerrada, con la única finalidad de evitar la presencia de una llorona y suplicante Raquel. La tajante ruptura sigue sin ser digerida correctamente por esta. La despechada conserva la esperanza de reconquistar a Montse.

El constante golpear en el cristal de la puerta del local hace que Montse recurra a los auriculares del teléfono para aislarse del ruido. Una llamada entrante corta la selección de canciones elegidas para amenizar el trabajo. Montse resopla y desvía la mirada de la pantalla del ordenador con la clara intención de colgar la llamada sin responder. Como llevaba haciendo toda la mañana. Su mano es más rápida que su mirada. Cuelga antes de reaccionar ante el nombre que se refleja en la pantalla.

-¡Joder!- espeta al comprobar que ha colgado una llamada de su primo Manuel, convencida de que el emisor no sería otro que la pesada de Raquel.

Sin perder un minuto se desprende de los auriculares atrapa el móvil para darle a la rellamada.

-Perdona Manu. He colgado antes de leer tu nombre ¿Qué tal?- se disculpa en cuanto el receptor atiende su llamada.

-Bien prima. Te llamo porque mis jefes han decidido regresar a los Estados Unidos antes de Navidad, y quieren saber si estarías interesada en tomar el mando de la posada antes de lo previsto. Por lo visto tienen reservas confirmadas para después de las Navidades- relata Manu.

Durante unos segundos la ávida mente de Montse sopesa las pros y contras de la alternativa ofrecida.

PROS: quitarse de encima a la plasta de Raquel.

CONTRA: aún no ha contado a nadie, salvo a su hermana, sus planes de futuro.

PROS: en dos días finaliza su último encargo.

CONTRA: no ha empezado a empaquetar sus cosas.

PROS: olvidarse de Raquel.

CONTRA: ya no tiene pareja. Y la condición específica de los americanos era eso: que el negocio lo regentase una pareja.

PROS: aprovechar las reservas con las que ya cuenta la posada. Y alejarse de la pesada que todavía está golpeando la puerta de la oficina.

-De acuerdo Manu. Me parece una oportunidad maravillosa- acepta Montse-... pero no sé si mi pareja podrá abandonar su trabajo antes de lo acordado. El compromiso laboral de ella no espira hasta Marzo- expone, ofreciendo una excusa fugaz y momentánea para la ausencia de Raquel- coméntaselo a los americanos, y sin a ellos no les importa, yo voy antes, así me hago con el lugar, y si no son muchas las reservas, miraré a ver cómo me apaño hasta que estemos las dos al cien por cien.

-Creo que no habrá problema alguno, por parte de ellos, pero...- comenta Manu-... ¿Has hecho ya las paces con la cocina?- pregunta burlón.

Una carcajada escapa de la garganta de Montse. Los fogones y ella nunca se han llevado bien. Para qué negarlo, en esta nueva etapa no tiene intención de confraternizar con las ollas. Esa iba a ser la tarea que tenía que desempeñar Raquel. Su cometido iba a ser bien distinto: huerto, animales y jardín.

Para Diciembre aún queda un mes largo. Tiempo suficiente para recoger sus cosas del piso de alquiler que ha sido su hogar desde que comenzó la universidad... Y buscar a alguien que sustituya a Raquel, en el ámbito laboral. Aunque tenga que pagar para ello.

Finalizada la llamada con Manu, la mente de Montse parece reactivarse. Con una actitud más optimista y animada pone ese punto y final a su nuevo proyecto. Decidida rescata el teléfono móvil de sobre la mesa y busca el contacto de Estefanía Requena, su antigua compañera de universidad y la persona que se va a hacer cargo de su negocio.

-¡Estefanía! Hola Estefanía. Acabo de terminar con mi último encargo. Cuando quieras el local está a tu disposición- le dice a su amiga.

-¡De verdad!

-Sí. Mi nuevo proyecto se ha adelantado.

NO HAY MAL QUE DURE CIEN AÑOS, NI CUERPO QUE LO RESISTA

Dos días son los que se toma Marla para digerir en soledad su absurda situación.

Durante esos dos días se ha maldecido centenares de veces. ¿Cuántas veces había escuchado, de boca de su madre, uno de los refranes que esta gustaba recetar? “Donde labores no riegues tus flores”. Qué razón tenía. Ahora lo entendía. ¡Vaya si lo entendía!

Auto compadecerse no era su estilo. Nunca lo había sido y no iba a comenzar a hacerlo a esas alturas.

Cuando el despertador le avisa para que abandone la comodidad de las sábanas de franela entre las que se envuelve en la época de frío, Marla se ducha. Con gesto aburrido rebusca en su fondo de armario. Desde que ganó su primer sueldo, su ropa comenzó a ser de marca, y glamurosa. Esa mañana no se siente tan radiante como para usar su habitual look. Sus sentimientos hacia Pedro Ventura han dado un giro de 360°. Están ahogados en toda la frustración que ha vivido y sentido en esos dos últimos días. Por unos segundos, por su mente pasa su hermana Montse y su forma de vestir, tan distinta a la suya. Totalmente informal. Siempre usando faldas tejanas o vaqueros.

Se queda con la ganas de meterse en unos vaqueros, más que nada porque en su empresa están prohibidos. No obstante, escoge un pantalón básico en negro y un jersey rosa palo con cuello cisne.

“Adiós camisas con transparencias y escotes sugerentes”, se dice mentalmente cerrando las puertas del armario.

Al traspasar las puertas abiertas que marcan la frontera entre el rellano y la parte de las oficinas donde ella trabaja, Marla nota como sus compañeros son conscientes de la gran diferencia en su acostumbrada indumentaria.

-He pasado unos días realmente mal. El frío se nos echa encima y me niego a pescar otro catarro igual- se justifica antes de que las indiscretas preguntas de sus compañeros intenten indagar sobre ese drástico cambio.

Con su habitual retraso, más de una hora, Pedro Ventura llega a la oficina. Trajeado, con el pelo engominado y una sonrisa radiante. Como siempre. Como si nada hubiera sucedido. A Marla se le hace un nudo en el estómago.

-Me alegra ver que ya estás bien- alega el recién llegado apoyando los brazos sobre la mesa de su secretaria.

La sonrisa que acostumbra a darle los buenos días no llega. La seriedad de Marla le hace recobrar la postura y erguirse.

-Espero que vengas con las pilas cargadas. En mi despacho hay mucho papeleo almacenado- dice, girando en dirección a su despacho.

Conteniendo un bufido, para evitar las miradas de sus dos compañeros, quienes no le quitaban la vista de encima, Marla abre el cajón de su mesa, rescata la agenda donde acostumbra a anotar su trabajo y abandona su asiento. Respira hondo antes de dar el primer paso, camino del despacho donde ya la esperan.

Su gesto serio se agudiza cuando cierra la puerta del despacho a su espalda. Las entrañas se le revuelven al contemplar la sonrisa chulesca que brilla en la cara del mujerío en ciernes que la espera sentado detrás de su mesa de trabajo,

Con la mirada clavada en el voluminoso pecho de la secretaria, Pedro Ventura abandona su asiento. Sin desviar la vista de su objetivo, rodea la mesa para dejarse caer sobre el borde de la misma, frente a su secretaria. Manteniendo su gesto soberbio Pedro cruza los brazos sobre su ancho pecho.

-¡Con que celosa!- dice burlón.

Marla se aferra con fuerza a la agenda que tiene abrazada entre sus brazos, apretándola sobre su pecho.

“Será gilipollas” dice para sus adentros. Conteniendo las ganas que tiene de decir lo que piensa en voz alta.

-Cariño- comienza a decir un orgulloso y confundido Pedro Ventura- tu y yo nunca hemos tenido una relación en exclusividad- matiza, en pos de aclarar el mal entendido en el que su secretario parece encontrarse.

Las cejas de Marla se alzan. Si se detiene a recontar el tiempo en el que ambos llevaban compartiendo sexo e intimidad, día sí, día también, puede remontarse a seis meses atrás. Nunca hablaron de exclusividad. Nunca hablaron de relación abierta o cerrada. Nunca hablaron de mucho. Salvo trabajo y sexo.

-¿Te has estado acostando con alguna más durante el tiempo en el que tu y yo....?- pregunta la secretaria manteniendo un tono neutro.

Como respuesta Pedro abre los brazos, extendiéndolos todo lo que daban de sí.

Por primera vez, después de tres años trabajando para Pedro Ventura, y tras seis meses compartiendo momentos íntimos fuera del horario de oficina, Marla ve en la mirada de su jefe esa chulería de la que tantas veces había oído hablar.

-No puedes negarme que, lo que tú y yo tenemos es algo que a ambos nos gusta y funciona- dice Pedro, rompiendo el silencio que su amante/secretaria ha creado.

Un silencio que le incomoda, aunque quiera obviarlo.

-¿Con cuantas más?- vuelve a preguntar la secretaria, tajante.

Pedro Ventura pone los ojos en blanco en un gesto por fingir estar haciendo cuentas. Demasiadas, decide pronosticar Marla, sin necesidad de una respuesta verbal. La sonrisa de ese mujeriego habla por sí misma.

-¡Sabes!.... Da igual- reacciona por fin ella.

En esos breves momentos, su prodigiosa mente ha procesado toda la situación: cómo ella misma ha querido ver una realidad diferente a la obvia. Cómo ha desatendido todas las señales. Cómo se había auto convencido de que ella era diferente para aquel mujeriego. Que le importaba realmente...

-Necesito tomarme esas vacaciones que la empresa me debe desde el verano- espeta Marla con una seguridad y seriedad aplastante.

Ante tal argumento, Pedro Ventura alza las cejas. ¡Vacaciones! Con la avalancha de trabajo que tienen debido a la eminente campaña de Navidad. ¡Imposible!, es la palabra que usa para negar la petición de su secretaria.

-¿Coooooómo?- replica ella estupefacta.

-Las vacaciones ya estaban estipuladas para después de la campaña de Navidad- recalca un seguro Pedro.

-Lo acordado antes de ahora me importa un bledo. Tengo derecho a disfrutar mis vacaciones y, justo ahora, las necesito- exige Marla, cambiando el peso de pie.

-Imposible- insiste él con la chulería del que cree tener la sartén por el mango.

Marla entorna los ojos e intenta controlar ese mal genio que se está apoderando de todo su ser. Por una décima de segundo intenta ponerse en el cuerpo de la decidida y descarada de su hermana. Si Montse estuviese en su lugar lo mandaría todo a paseo, y sin cavilar.

-En ese caso- dice ella rompiendo el silencio, armándose de una seguridad impostada-... me despido. Esta misma mañana te enviaré mi carta de renuncia por correo- concluye, girando sobre sus talones.

El paso de Marla es rápido. Alcanza la puerta del despacho antes de que un anonadado Pedro Ventura pueda ofrecer una réplica. Como inmersa en el ojo de un huracán, la decidida secretaria recupera su bolso de sobre su mesa y el abrigo del perchero que comparte con sus dos compañeros de cubículo. Bajo la mirada de sus compañeros la secretaria camina hacia la puerta que comunica con el vestíbulo que le da acceso al ascensor y las escaleras.

Sin mirar atrás pulsa el botón de bajada, atendiendo al cordial saludo que le dedica la limpiadora destinada a las dos plantas que ocupan las oficinas de la empresa para la que la secretaria ha trabajado estos últimos años, una mujer alegre, entrada en años y que luce con elegancia y corte de pelo en tono azulado.

-¡Señorita Picón!- proclama la voz autoritaria de un irritado Pedro Ventura-... esa agenda es propiedad de la empresa- dice, señalando la agenda tradicional que la secretaria gustaba usar para anotar todas sus tareas, gestiones y reuniones, tanto laborales como privados.

Ese cúmulo de datos anotados en el interior de esa abultada agenda era propiedad de la empresa, casi más de la mitad de ellos. La agenda física en sí había sido adquirida por la propia Marla al comienzo del año ante la negación de su superior durante años por proporcionarle una, bajo el pretexto de que el sistema operativo de los ordenadores que usaban esta habilitado para gestionar una agenda virtual para la rutina laboral.

Ana, la amable mujer de la limpieza se centra en su tarea, con el mero afán de no inmiscuirse en una discusión profesional/sentimental que le ha pillado en medio. Después de estrujar la fregona se pierde por la puerta de los servicios. Antes de desaparecer le guiña un ojo a la joven secretaria, brindándole su apoyo.

-La agenda, señorita Picón- insiste el jefe a escasos pasos de la obstinada secretaria.

Con una mordaz sonrisa Marla despega la susodicha agenda. Abanica lentamente sus hojas, manteniendo el lomo hacia arriba, provocando que algunas notas escondidas en el interior salgan disparadas en el vacío, aterrizando parte de ellas en el interior del cubo de la fregona.

-¡Qué haces!- espeta Pedro Ventura confundido.

-¡Ooooooh!- dice Marla fingiendo sorprenderse.

La puerta del ascensor se abre, dejando el cubículo vacío disponible para usar.

-Su agenda, señor Ventura- dice Marla alargando la mano con la que sostenía la agenda.

La inercia hace que la agenda de la disputa caiga en el agua del cubo antes de que un apresurado Pedro Ventura logre alcanzarla.

-¡Estás despedida!- vocifera él, hundiendo una de sus trajeadas manos en el interior del cubo.

-He dimitido hace diez minutos- grita Marla para asegurarse ser escuchada mientras las puertas metálicas se cierran para alejarla del impresentable con quien había finiquitado tanto su relación profesional como personal.

BUENOS Y MALOS MARTES LOS HAY EN TODAS PARTES

Una sonora carcajada recorre la habitación del fondo del piso donde Montse ha vivido en los últimos años. Durante unos segundos el ruido que hace el papel al ser arrugado cesa. Las carcajadas de la menor de las hermanas Picón no son compatibles con la tarea que la tiene

encerrada en la habitación que ha hecho servir como dormitorio principal. Apoya en la esquina de la cómoda, cómicamente, acentúa su risa.

-¡Quieres dejar de reírte como una Jenny!- le regaña su hermana.

Para la menor de las hermanas Picón la situación es cómica. Todo lo contrario que para Marla, a la que, días después de lo ocurrido, ve su situación desde otro punto de vista. Uno más crítico. Ha tenido tiempo para pensar en su situación laboral. Cero. Sin prestación de desempleo.

-Deja de comportarte como una Cayetanita y mira el lado bueno de esto- le replica su hermana pequeña.

-¿Hay un lado bueno?, Jenny- pregunta Marla, mostrándose incrédula, llamando a su hermana con ese nombre que usaban desde pequeñas, cuando esta intentaba incordiarla con el que ella ha usado “Cayetanita”.

Se ha preguntado, una y mil veces, cómo puede ser posible que Montse sea capaz de ver el lado bueno de todo. Hasta de su propia ruptura con Raquel.

-¡Por favor!- espeta Montse poniendo los ojos en blanco.-... perder de vista a ese Kent proponente debe ser un puro beneficio para la salud. De verdad, aún no se que viste en él. Porque si se quita todas las cremitas que debe usar, los trajes caros y el pelo engominado- dice remarcando la última palabra con cierto matiz irónico y burlesco-... me parece a mí que se queda a la altura de mis talones- suelta, quedándose tan fresca.

-¿Qué sabrás tú de hombres?-

-¡Peeeeeradona!- dice Montse con su acostumbrado tono burlón-... perdí la virginidad con Mauro García. Por eso sé que prefiero a las mujeres- le recuerda-...no obstante, sé reconocer a un tío bueno en cuanto lo veo- matiza-... y la verdad, tu jefe no es guapo. Chulito... un rato largo. Creído, más todavía. Tendrá que ser muy bueno en la cama, porque no me lo explico que le has visto.

Un suspiro escapa de lo más profundo de Marla al recordar a Pedro Ventura.

-¿Es de los que lo comen o de los que solo quieren que se la coman?- pregunta Montse, interesada en indagar en el tema.

-¡Montse!- exclama Marla asombrada por el descaró de su hermana menor.

-¿Montse qué? Responde. No sabes que aun amante se le conoce justo respondiendo a esa simple pregunta- alega Montse con convicción.

Las cejas de su hermana mayor se alzan y Montse se ve incapaz de reprimir una nueva carcajada, a las que Marla se acaba uniendo. ¿Cuánto tiempo hacía que las dos hermanas no compartían un momento tan fraternal y envolvente? Sus trabajos y rutinas siempre las había tenido demasiado distantes. Demasiado. Después de todo, el quedarse las dos, temporalmente, sin trabajo tiene un toque positivo: la intimidad y la complicidad entre ellas.

-No me hagas el lio- espeta Montse muerta de risa, dándole a su hermana un cojinazo en la cabeza- Responde a mi pregunta.

Marla finge no recordar dicha cuestión.

-¿Quién se corre primero?- ataca Montse con otra pregunta indiscreta.

-Una relación no se basa en quien se corre primero ni en quien se la/lo come a quien...- dice Marla por fin-... No todo es sexo en una en una pareja- alega, tapando la boca de su hermana cuando esta hace ademán de ofrecer una réplica.

-¡Madre míiiiiiiiiia! ¡Madre mía!- exclama Montse, llevándose las manos a la cabeza-...¡Tu estas pillada por ese chulito de oficina!

Marla apoya los codos sobre sus rodillas y oculta su rostro entre las manos. Su historia con Pedro Ventura no ha sido para ella un mero roce sexual, como había sucedido para él. Nunca ha compartido momentos de tanta intimidad con nadie por quien no sintiese verdadera atracción.

-¿Por qué te niegas ha darle una oportunidad?- interrumpe Montse con una nueva pregunta-... Te ha llamado varias veces, estando yo delante- señala, atrapando las manos de su hermana para mirarle a la cara-... ¿Y si se ha dado cuenta de que él también está pillado por ti?

-Pedro Ventura solo está pillado por sí mismo- espeta Marla seriamente-... Aunque me duela reconocerlo, Ese cretino solo está interesado en recobrar a la secretaria eficiente que ha perdido con mi dimisión.

Ante tal razonamiento, las dos hermanas vuelven a sumirse en un silencio penetrante. Montse y Marla se funden en un cándido abrazo con el que cada una quiere dar calidez y consuelo a la otra. Hacía mucho tiempo que ambas no compartían sensaciones tan emotivas.

-Te voy a echar de menos- confiesa Marla abrazada aún a su hermana-... Si querías perderte en la Sierra, porque no has elegido la maravillosa Sierra de Guadarrama- comenta, con afán de romper el momento tan ñoño en el que se encontraban.

-Si hubieras visto la posada, y sus vistas, conocerías la respuesta- responde Montse rescatando su teléfono móvil de sobre la cama.

Con la agilidad que la red Wi-fi le permite, Montse escribe en la barra del buscador el nombre de la posada de la que se va a hacer cargo próximamente. Una a una muestra las imágenes de archivo del lugar. Las maravillosas vistas de la Sierra de las Nieves y el Valle de Guadalhorce. La habitación de ladrillo rojo cargada de libros y con sofás blancos situados frente a una chimenea, donde se ubicaba la biblioteca del lugar. Las habitaciones pintadas de cálidos colores y amuebladas con mobiliario rústico. El huerto. El cercado con animales,.....

-Vente conmigo- propone Montse, apartando la mirada de las imágenes que ella ha repasado una y mil veces.

Marla acomoda la espalda sobre el sofá. Sin poder evitarlo, mira a su hermana con asombro y una pizca de escepticismo. Ella es una urbanita pura y dura. No recuerda ni una sola de sus obligadas vacaciones de verano, en el pueblo de su padre, de los que guardase buenos recuerdos. Adora la comodidad. No concibe su vida con la desconexión digital. En su piso no hay ni una sola mascota. Ni macetas. Esa aventura nada tiene que ver con ella.

-Los papis me vas a acompañar. Por si hay que hacer algunos arreglos- insiste Montse-... Diciembre comienza mañana, si os venís los tres, inauguraremos el 2020 juntos.

La expresión de Marla habla por sí sola. ¿Una Navidad perdida en la Sierra? ¿En una Sierra que no fuese Navacerrada! ¿Sin fiestas multitudinaria! Nochebuena en familia siempre ha sido la tónica habitual de las hermanas Picón, pero tras la cena y la hora de rigor para compartir en familia. Nunca han fallado ninguna. Alargar la noche con amigos, tampoco. ¿Y Fin de Año, qué? Si hacía dos semanas atrás se había comprado un espectacular vestido negro con la espalda al aire para esa mágica noche.

-¡Por favor!- implora Montse parpadeando y poniendo morritos.

Un truco que muchas veces le funcionaba.

-Porfi, porfi, porfi. Necesito una cocinera- añade Montse-... y tú un trabajo- añade.

-Yo no estoy tan loca como tú- asevera Marla-... no voy a dejarlo todo para irme a vivir al fin del mundo.

ALLÍ DONDE FUESES, HAZ LO QUE VIESES

Una mañana atípica de Diciembre acompaña a la familia Picón en el trayecto de Madrid hasta la provincia malagueña. Los matices de los diferentes tonos de verdes relucen con los rayos de la soleada mañana.

Los dos coches, una Fiat Dobló blanca de Paco Picón y el Audi A3 negro de Marla, se detienen frente a una fachada marrón de una vivienda de dos plantas, con diversas naves adjuntas. A primera vista aquella entrada da la impresión de ser un cortijo andaluz con la fachada conservada. Fachada marrón. Dos columnas de madera oscura que dan pie a un pequeño porche y una puerta de doble hoja rústica.

-¡Madreeeee mía!- exclama con hastío Marla, apoyada sobre el techo de su coche. Dudando entre seguir a su familia o regresar al interior de su Audi y conducir como una posesa hacia su comfortable pisito en el centro de Madrid-... ¡Dios!, quieres vender esto como un refugio para parejas- espeta con tono irónico.

La visión que tenía delante de sus ojos no cuadra con las fotografías que su hermana menor le había mostrado, y mucho menos con lo que esta contaba. Todo parece una utopía. Imposible de imaginar.

Una réplica ingeniosa, a razón de la mirada que le está dedicando a su hermana mayor, se queda en el olvido cuando las puertas dobles de la posada se abren y un sonriente Manuel les recibe con los brazos abiertos.

-¡Bienvenidos!-

Después de unos minutos de saludos y halagos entre los recién llegados y Manuel y su joven y guapa pareja, todos cruzan el umbral de la posada. En el vestíbulo la expresión de hastío y resignación de Marla muda a sorpresa y fascinación. El estilo rústico y la elegancia dan calidez y modernismo a esa construcción que por fuera conserva el estilo original de cortijo andaluz. Cada sala por la que Manuel les guía parece más comfortable que la anterior. Montse espía furtivamente la expresión de su hermana. El lugar le estaba hechizando, tal y como le pasó a ella cuando visitó la posada meses atrás.

-Alucinada, ¿verdad?- le pregunta a su hermana con sorna, por el mero afán de incordiar.

-El aislamiento predomina sobre lo demás- espeta Marla

-¡Lo que tú digas!- apela Montse a su criterio.

Tras el tour por las zonas comunes en la planta baja: la comfortable biblioteca, una sala de juegos y una sala de estar con chimenea y el amplio comedor que ofrece dos vistas diferentes, una hacia la Sierra de las Nieves y la otra hacia el Valle del Guadalhorce, Manuel continúa la excursión hacia la primera planta, donde están ubicadas las seis habitaciones para huéspedes de la posada. Seis magníficas habitaciones dobles, todas con baño propio, algunas de ellas con jacuzzi privado. Todas con terrazas privadas. Cada una con un letrero en la puerta, en el que reza el nombre de una flor.

-¡Qué maravilla!- comenta Mercedes, la madre de las dos hermanas aventureras.

-Si tía, esto es maravilloso- reconoce Manuel comenzando a descender los escalones.

-¿Y dónde dormimos nosotros?- pregunta Mercedes.

Durante el recorrido ha contado el número de estancias, seis. Pocas para un negocio, especialmente si sus trabajadores/dueñas y suman dos. Si cada una de sus hijas ocupa una de esas habitaciones solo quedarían cuatro para los huéspedes, reduciendo aún más la capacidad de ocupación.

-Para papá y para ti, le pedí a Manu que arreglase una de esas habitaciones- anuncia Montse.

-Lavanda- confirma Manuel.

Lavanda es una de las dos habitaciones más sencillas el lugar. Cama tamaño King. Dosel. Baño privado. Con una pequeña terraza. Sin jacuzzi.

-¡Cariño! Estas habitaciones tienen que estar preparadas por si surgen reservas- expone su madre.

-Las reservas confirmadas son para Enero. Y están ubicadas en las habitaciones que no vais a ocupar- alega Montse caminando con paso firme tras su primo.

De vuelta a la planta baja, el grupo regresa hacia el salón comedor. Cruzando las dos puertas de roble de mecanismo vaivén se adentran en la grandiosa cocina que es esconde tras ellas. Una gran estancia acorde con el resto del local: mobiliario rústico, parte del mismo construida de obra y alicatado hasta media altura.

Por primera vez, desde que cruzaron la puerta principal de la posada, la boca de Marla se abre, asombrada. Aquella rústica estancia, es perfecta. Dotada de doble horno; uno eléctrico y otro de leña. Una cocina con seis fuegos; cuatro de gas y dos de vitrocerámica. Dos cámaras frigoríficas y una vitrina para vinos y otra para postres. Esa cocina no tienen nada que envidiar a su moderna cocina, equipada a la última, super moderna y confortable. A opinión muda de Marla, esa estancia es más que perfecta, está dotada de una espectacular isla central. Un sueño que la ex secretaria siempre ha tenido.

Montse aprecia el gesto de su hermana mayor. No obstante, opta por no ofrecer ningún comentario burlón. Debe controlarse en pos de conservar a su cocinera eventual a su lado el mayor tiempo posible.

La puerta lateral de la cocina lleva a la familia a uno de los patios traseros de la finca, el que comunica con el huerto. Un recinto vallado donde aún quedan vestigios de la última cosecha de los anteriores gerentes: zanahorias, puerros, grandes matas de habas y guisantes, lechuga y acelgas. A ambos lados del huerto se distinguen dos naves, la de la izquierda corresponde a la cuadra donde se guardan los animales: los dos caballos disponibles para los paseos románticos por la Sierra. Dos encantadores burritos. Dos cabras, con las que tanto huéspedes como empleados pueden practicar el arte del ordeño. Y unas diez gallinas. Todos ellos custodiados por dos galgos y una pareja de gatos.

En el flanco derecho del huerto una segunda nave ofrece una fachada alicatada con piedra de pizarra dividida en dos por una puerta de doble puerta y una ventana a cada lado. Tras aquellas cuatro paredes se ocultan dos espaciosas habitaciones con baño privado que comunican con una sala de estar, común para ambas.

Instalados en sus dependencias, la familia Picón emplea los dos semanas previas a la Navidad acondicionando todos los rincones de la posada. Merche, la madre de las dos hermanas, y su hija menor se encargan de las habitaciones para los huéspedes y las salas comunes. Paco, el padre de las muchachas, disfruta del cuidado del huerto y de los animales, tal y como lo hizo en su época de juventud, antes de mudarse a la gran ciudad. La mayor de las hermanas Picón se encarga de darle una pasada a todos los rincones de la amplia cocina, ordenando estantes tanto en la despensa como en el interior de los armarios para así poder confeccionar una extensa lista de la compra, para que no faltase nada cuando su nueva actividad laboral inicie.

Un grito proveniente de la cocina atrapa la atención de las dos mujeres que andan colocando libros y detalles sobre las estanterías de la confortable biblioteca. Madre e hija abandonan bayetas y plumeros para correr hacia la cocina. Cuando cruzan las puertas basculantes se encuentran a Marla histérica, limpiando con celeridad una mancha en su pantalón de pinzas beige y cientos de cristales y resto de tomate esparcidos en el suelo, a su alrededor.

-Espero que esto sea rentable, porque la tintorería te va a salir cara- espeta Marla al ver a su hermana parada delante de la puerta, con gesto guasón.

-Cariño, deberías hacer caso a tu hermana y acercarte al pueblo para comprarte un chándal...

La sugerencia de Mercedes no llega a su fin. Su hija mayor ofrece réplica antes de dar opción a ello.

-¡Un chándal!- espeta Marla-... antes muerta que...

-Antes muerta que sencilla, ay que sencilla...- canturrea Montse, imitando el baile de aquella canción que catorce años atrás tanto les hizo reír y bailar a ambas hermanas.

-¡Chicas!- intenta mediar Mercedes entre sus hijas.

Consideraba excesiva la reacción de su hija mayor ante el pequeño incidente sufrido, e innecesario el cachondeo que la menor de sus hijas usa a todas horas para sacar de quicio a su hermana.

-Lo siento- dice Montse, caminando hacia el mueble donde se guardan los artes de limpieza-... deberías hacer caso a mamá. Si no quieres un pantalón de chándal, por lo menos sopesa la posibilidad de vestir con tejanos o leggings mientras estés aquí- murmura al pasar junto a su hermana.

-O una de tus maravillosas minis- susurra Marla con tono mordaz.

-Comodiiiiisimas que son- responde orgullosa Montse-... y todo uso. Con medias y leggings en invierno y a pelo en verano- agrega con guasa.

-¡Chicas!- insiste Mercedes- dejáros de peleillas de niñas y pensar en que vamos a comer. Yo empiezo a sentir pelusillas en el estómago- apunta, buscando una razón para ocuparse de otros menesteres.

-Papá ha cogido acelgas del huerto- apunta Marla, acercándose a los fogones para levantar la tapa de la olla que estaba sobre uno de los fuegos-... el menú de hoy es garbanzos con acelgas y tomate y huevos fritos. Al gusto de papá- anuncia la cocinera-... podrías traerme los huevos- le pide a su hermana.

Con un rápido vistazo Montse repasa la indumentaria de su hermana y a la zona por donde andan correteando algunas de las gallinas, por las proximidades de las cuadras, para luego añadir:

-¡Huy!, aún nos quedan dos ventanas. Mientras que tú coges los huevos, mamá y yo terminamos de una vez con la biblioteca.

Dicho esto, la joven abandona la escoba y el recogedor en un rincón de la pared para atrapar a su madre por el brazo para asegurarse de que esta le sigue fuera de la cocina. Mercedes conoce la poca simpatía de su hija mayor ante algunos animales, especialmente los de granja, por lo que hace ademán de negarse a seguir a quien la tiene sujeta. Que Montse mandase a su hermana a por los huevos era, como mínimo, un suicidio.

-¡Tiene que adaptarse- cuchichea Montse deteniéndose una vez cruzan de vuelta las puertas que separan la cocina del salón-comedor.

Desde un pequeño resquicio de la puerta vigila los movimientos de su hermana, preguntándose si esta sería capaz de ir a buscar los huevos. Marla lanza un gran suspiro por la conmoción generada por la negativa de la cabezota de su hermana. No piensa caer en su juego. Por lo menos, no tan pronto.

-¡Cabezona1- espeta en voz baja, alcanzando la fuente que ha preparado para los huevos.

Cuando una resignada Marla abandona la cocina para enfrentarse a su aventura con las gallinas, su hermana regresa con paso presuroso hacia la cocina. Ver a su hermana en esa sencilla labor iba a ser un espectáculo digno de ver. Una confundida Mercedes sigue a su hija de cerca, con curiosidad.

La buena disposición con la que Marla ha querido enfrentarse a su cometido se disipa en cuanto las gallinas comienzan a corretear entre sus piernas. Un nuevo grito de hastío escapa de la boca de esta en cuanto nota bajo la suela de sus zapatos algo blando.

-¡Miéeeeeerda! ¡Montse, me cago en.....!- espera histérica al intuir que bajo sus cómodos Manolos había un excremento de cualquiera de los animales que por ahí pululaban.

Escondida tras la puerta acristalada de la cocina Montse se ríe de la estampa cómica que ofrece su hermana mayor. Un manotazo en la cabeza le pilla por sorpresa, haciendo que se olvide por unos segundos del espectáculo que se ofrecía en el patio trasero.

-¡Mamá!

-Ni mamá, ni leches. ¿Así piensas lograr que tu hermana se quede aquí, contigo? Ya es menester que te pongas a buscar rapidito una cocinera. Porque, a este paso, tu hermana se regresa a Madrid antes de que tu padre y yo lo hagamos- pronostica Mercedes, muy segura de su diagnóstico.

Pese a todas las conjeturas que Mercedes ofrece a sus hijas cada día, llegan las Navidades y Marla continúa reacia a cambiar sus habituales ropas por otras más informales, similares a las que su hermana gasta en todo momento. Montse tampoco desperdicia la más mínima ocasión para burlarse de su hermana ante las exageradas reacciones de esta ante cosas tan banales como la de encontrar a uno de los canes tras de sí, una mañana, mientras ella danza entre los fogones.

-Moouooooontseeeeeeee- se escucha un grito desesperado desde la cocina.

-¿Qué pasa, cariño?- pregunta un apurado Paco, entrando a la carrera por la puerta de la cocina que comunica con el patio.

-¡Papá! ¡El perro!- apunta horrorizada, ante la atenta mirada del gran y pasivo can.

Una tenue mueca de sonrisa asoma en el rostro del resignado padre. No entiende como sus hijas pueden ser tan diferentes. Montse ama los animales. Marla no puede con ellos. No los detesta, pero no puede tenerlos cerca.

-¡Vamos Florence! Ven conmigo- dice Paco golpeando con las manos sobre sus piernas, intentando obtener la atención de la perra.

La galga desvía la mirada de la asustada cocinera unos instantes, sin moverse de donde ha tomado asiento.

-¡Papá!- replica Marla, nerviosa y asustada.

-Cariño, creo que tienes a Florence cautivada con tus delicias- comenta Paco, apuntando lo obvio-... esta preciosidad está esperando que le dejes probar ese exquisito pavo con ciruelas-añade, sabedor de la certeza de sus palabras

Habían sido muchas las Navidades en las que Marla había deleitado a su familia con algún succulento plato similar al que estaba preparando en esos momentos.

Sopesando las palabras de su progenitor, la joven ojea la comida que hay en la olla y en la encimera. Por más que su padre sugiera que se quitaría al perro de encima con una porción de su deliciosa comida, Marla no tiene intención de deshuesar uno de los muslos de pavo para ello. Tras unos segundos toma la decisión de bañar un trozo de pan en la salsa que hay en la olla. Un premio que Florence acepta y agradece con el movimiento de su delgada cola.

Las Navidades transcurren en armonía y con una celebración atípica para las hermanas. Estrictamente familiar. Sin grandes celebraciones. Sin grandes fiestas en concurridas discotecas. Sin amigos.

GENIO Y FIGURA HASTA LA SEPULTURA

El primero de Enero marca el inicio para la nueva vida laboral de las dos hermanas. Tras la celebración de la Nochevieja en familia, la actividad de la posada se reanuda.

El viernes 3, pasado el mediodía, las dos primeras parejas con reserva llegan a la recepción de la posada para pasar en largo fin de semana de Reyes de forma romántica. Las habitaciones Jazmín y Orquídea son ocupadas. La primera por un matrimonio celebrando su quinto aniversario y la segunda por una joven pareja.

Durante esos cuatro días de tensión y nerviosismo ante el nuevo reto, las hermanas Picón sobreviven con gloria al trabajo de la posada. La colaboración de Mercedes y Paco es primordial.

Pasada la festividad del día de Reyes los huéspedes regresan a sus lugares de residencia. Tras ellos, Mercedes y Paco conducen de regreso a la capital.

-¡Por fin solas!- espeta Montse cómicamente a su hermana mientras ambas ven alejarse la furgoneta del cabeza de familia.

-Hemos sobrevivido a la primera prueba. ¿Lo haremos igual de bien sin papá y mamá?- cuestiona Marla.

Con la marcha de sus padres, y con ellos la incondicional ayuda que les han estado brindando durante estos días, la labor recaerá íntegramente en las dos hermanas.

-No te preocupes, Manú me seguirá echando una mano con los animales. Y Silvia nos ayudará

sirviendo las comidas y con la limpieza- añade, aludiendo a la pareja de Manu.

Montse lo tiene todo bien planificado. Han sido muchos los meses en los que ha estado planeando este momento.

En el instante en el que el último atisbo de la furgoneta blanca donde viajan sus padres, Montse coge a su hermana de la mano, asegurándole que ambas se han ganado un buen momento en el spa. Tras cerrar la puerta principal y rescatar el teléfono inalámbrico del mostrador que hacen servir de recepción, camina con decisión escaleras arriba.

-Lo que necesitamos es ir a comprar, antes de que lleguen los nuevos huéspedes- alega Marla.

Montse hace caso omiso a la alegación de su hermana. Disponen de cuatro largos días para preparar las habitaciones y llenar nuevamente la despensa. Su plan más inminente le parece más succulento. Cogidas de la mano Montse abre la puerta de la habitación más distante, en el pasillo del piso superior, la correspondiente a la habitación nombrada como Mimosa, una de las habitaciones con jacuzzi privado. Ambas cruzan la espaciosa habitación hasta llegar al pequeño cubículo acristalado por la parte frontal, donde un jacuzzi azul cobalto les da la bienvenida.

-¿En serio?- pregunta escuetamente Marla.

Una pregunta que no necesita respuesta. Montse sonríe irónicamente al tiempo que comienza a quitarse la camiseta que lleva puesta. Hace lo mismo con sus pantalones cortos vaqueros, llevándose las sandalias con las perneras de los pantalones. Ataviada únicamente con un tanga y el sujetador se acerca al jacuzzi. Con una sonrisa burlona presiona el botón de encendido y mete un pie dentro.

-¡Ummmmm!- ronronea plácidamente en cuando hunde una de sus piernas en la burbujeante agua.

Durante unos minutos Marla se limita a observar el baño del que está disfrutando su hermana.

“Vamos a ver,... porque no disfrutas del momento”, se dice a sí misma, mientras contempla la felicidad de su hermana. “Estamos solas”

Tras autoconvencerse, Marla opta por imitar a su hermana. Pausadamente se desprende de la blusa de lunares que lleva puesta. Libera sus piernas de los pantalones de pinzas blancos y se quita las manoleínas que ha usado esa mañana.

-¡Madre mía!- exclama Montse cuando su hermana entra en el agua- ¡Eres Cayetanita hasta con la ropa interior! ¿Quién lleva un conjunto de La Perla para encerrarse en una cocina?- dice con afán de pinchar a su hermana.

-Antes....- comienza a argumentar Marla.

Las dos hermanas corean divertidas la estrofa de aquella canción de su infancia: “antes muerta que sencilla”.

-Me parece inaudito que tú te sorprendas por el hecho de vestir divinamente solo para mí- dice Marla, posando, con guasa, como si fuese una modelo de Victoria Secret-... o es qué quieres hacerme creer que tu llevas esos bonitos tangas solo para que alguien, de improvisto, te los quite.

-Tuche- acepta Montse la derrota.

Desde bien jóvenes las dos hermanas siempre han tenido claro una cosa: ellas no se visten para impresionar a nadie, ni hombre ni mujer, se visten para sí mismas.

Durante media hora las hermanas Picón disfrutaban del relajante baño en silencio, hasta que la mayor de las hermanas lo rompe para expresar el placer que estaba experimentado en esos momentos.

-Puro placer- reconoce su hermana ronroneando-... aunque se podría superar- alega, fijando su mirada sobre la de su hermana-... ¿has tenido alguna vez sexo en un jacuzzi?- pregunta a bocajarro.

-¿No sabes pensar en otra cosa?- esquivo su hermana la respuesta con otra pregunta.

-Un mes a dos velas se hace eterno- reconoce Montse burlona.

Un suspiro por parte de su hermana confirma que ese apunte es común también para ella.

-Por mucho que Lucas me dé las buenas noches, no es lo mismo- señala Montse con una pícaro sonrisa.

-¿Lucas?

-Mi pato Lucas- añade Montse, sabiendo que su hermana ahora siente más curiosidad.

-No me digas que tampoco tienes un vibrador para jugar y darte gustirrinín- dice burlona Montse-... prometo regalarte uno. Ya mismo- espeta cómicamente.

La réplica que espera de su hermana no llega de forma verbal. Marla prefiere responder a las provocaciones de la boba de su hermana con molestas salpicaduras de agua sobre la cara. Algo que sabe que enoja a su simpática hermanita.

Una corta guerrilla de salpicaduras finaliza con el sonido de la melódica de “Una puerta violeta”, de Rozalén, la menor de las hermanas usa como tono de llamada. Una llamada que se corta antes de ser atendida.

-Era Manu- apunta Montse al alcanzar el terminal-... ahora le llamaré- añade dejándolo donde estaba, para alcanzar una toalla en la que envolverse.

Suponiendo que también su hermana abandonaría la burbujeante agua, le tiende una toalla que esta rechaza.

-Me quedaré un poco más. No sé cuando volveré a disfrutar de un ratito relajante cómo este.

-Dejaremos esta habitación vacía siempre que podamos. Así, podremos disfrutar de un bañito siempre que nos apetezca- propone Montse mientras se despoja de la ropa mojada.

Montse seca su cuerpo despreocupadamente, mientras cuenta a su hermana mayor la posibilidad de ofrecer esa habitación como última alternativa, con el propósito de disfrutar ellas mismas del plácido baño de burbujas como recompensa tras un largo día de trabajo.

-¡Estas totalmente depilada! ¿Desde cuándo tienes un tatuaje ahí?- exclama Marla al reparar en la desnudez de su hermana pequeña.

Montse sabe perfectamente a que parte de su cuerpo hace alusión su sorprendida hermana. Hacían varios años que había pasado por la depilación laser, y había elegido una depilación integral. En el lugar donde antaño hubo vello púbico, ahora lucen dos corazones, uno mayor que el otro, solapándose ambos.

-A esto- dice Montse, girando sobre sus talones, orgullosa de su cuidado cuerpo-... se le llama

depilación laser. Y esto- continúa, señalando los tatuajes de su pubis-... son los corazones de los dos grandes amores que lo han disfrutado- concluye guasona.

-¡Sólo dos!- replica Marla burlona.

Si había algo en lo que Montse siempre había sido indiscreta, había sido en sus amoríos. Desde que descubrió su sexualidad, nunca había mantenido una sola relación en la sombra.

-Los dos que realmente importan- reconoce la joven-...este- dice señalando el más pequeño-... de Greta- dice, recordando ligeramente un amor que vivió en su año de Erasmus en París-... y este- dice señalando el de mayor trabajo-... es por mi crush.

-¿Crush? ¿Qué es un crush?

-¡Pero qué antigua!- espeta Montse-... tener un crush es tener un amor platónico.

-¿Y ese crush es....?

- Sol... Marisol.

Marla achina los ojos para hacer un rápido barrido de todas aquellas chicas que habían salido con la loca de su hermana. Por su gesto Montse deduce que su hermana no sabe quién es la mencionada Marisol.

-¿Te acuerdas de Mauro?- le pregunta a su intrigada hermana, mientras continua secando su cuerpo.

-¿Mauro García? ¿Con el que...?

-Ese Mauro. El soso con el que perdí la virginidad- aclara Montse mirando al techo.

La expresión de Marla habla por sí sola. Sigue sin hallar la relación entre Mauro García y esa tal Marisol.

-Marisol es la hermana mayor de Mauro. Ella estaba ya en la Uni por aquel entonces- comienza a contar Montse, concedora de tener toda la atención por parte de su curiosa hermana-... ya

sabes que soy fácil de impresionar. Y aunque Mauro no me hacía tilín del todo, él estaba coladito por mí. Aquel año, en el verano, me convenció para acostarme con él. Aquella experiencia no fue como yo había imaginado. No sabía si era por mi o por él- relata envuelta en la toalla-... yo me fijaba más en la tías que en los tíos. Pensé, entonces, que aquello era porque yo ansiaba las tetas y culos de mis compañeras, esas que tanto tardaron en salirme- matiza, sobando sus adorados pechos de talla noventa con la que terminó después de un tardío desarrollo corporal-... pese a todo, siempre que Mauro se quedaba en su casa solo, allí me iba yo. Después de tres veces de sexo sin placer, una tarde que él tuvo que irse a ayudar a su padre a la tienda, Marisol y yo nos sentamos en el sofá para ver la tele. Empezamos a hablar. Me preguntó por mi relación con su hermano. No sé porque, pero me sentí muy a gusto hablando con ella. Así que le dije que todavía no había sentido el hormigueo que nos hacían creer en la pelis románticas que a ti y a mí nos gustan.

Montse realiza una pequeña pausa para poder ojear el móvil y saber quien estaba interrumpiendo el relato con una nueva llamada entrante. Al ver en la pantalla la palabra mamá, no duda en deslizar el dedo para responder.

-Sí, mamá.

-Cariño, estoy llamando a tu hermana- se escucha por el altavoz del teléfono.

-¿Ya habéis llegado? ¡Tanto le ha pisado papá!- pregunta Montse extrañada.

-Claro que no. Hemos hecho una parada. Necesitaba ir al servicio, ya sabes la meadera que me entra con las pastillas de la tensión- aclara la mujer-... estoy llamando a tu hermana para decirle que papá le ha dejado huevos en la despensa- le aclara- ¿Dónde está tu hermana? ¿Por qué no coge el teléfono?

-Se está dando un baño- responde Montse, sin entrar en detalles.

Tras despedirse de su madre, Montse recoge su lencería mojada del suelo y se viste con la ropa que había dejado tirada en el suelo. Iba siendo hora de ponerse manos a la obra.

-¡Alto!- espeta Marla, al ver las intenciones de su hermana de abandonar el recinto del jacuzzi- ... no pensarás dejarme a medias. ¿Qué pasó con Marisol?

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Montse. Sabe que, pese a fingir ser recatada, su hermana es curiosa a rabiar. Tanto como ella. Acomodándose en el escalón que separa el cubículo del jacuzzi con la habitación, Montse continúa con su relato.

-Marisol me insinuó que quizá me gustaba otra cosa. Que a ella le pasó algo muy parecido años atrás. Antes de descubrir que lo que le gustaba eran las mujeres.

-¿Y?- insiste Marla, recogiendo del suelo la toalla que antes había rechazado.

-Bueno, entonces me dio un beso. Un beso que si me hizo sentir esas mariposas que no había sentido con su hermano- cuenta, observando detenidamente como su hermana se liberaba de su ropa interior mojada, intentado no dejar al descubierto su cuerpo.

-¿Solo un beso?

-Por supuesto que no. Aquella misma tarde, en aquel sofá, Marisol recorrió todo mi cuerpo a besos. Centímetro a centímetro. Acarició mis pechos con tanto deseo que, cuando llegó aquí- dice señalando el corazón oculto bajo su pantalón corto-... estaba tan mojada que no pude más que abrirme de piernas y dejar que disfrutara chupándome y follándome con los dedos- matiza sonriente.

-¿Y por qué lo dejasteis?- quiere saber Marla.

-Ella se fue a estudiar a Italia... y allí se quedó- responde Montse tras un ligero suspiro-... Si dice, respondiendo a la pregunta que sabe pulula por la mente de su hermana-... muy de vez en cuando viene a España a ver a sus padres, y por supuesto, nos vemos. Ella fue mi primer gran amor. Estuvimos juntas siete meses. Siente maravillosos meses.

Marla alza las cejas. Aquella parte de la vida de su hermana es nueva para ella.

-¿Esa Sol es el Sol y Lunita que tenías escrito en todos tus libros?

-Exacto. Yo comencé a escribir Sol y Mon en todas partes. Bromeando, Un día Mauro reparó en el texto y me quiso corregir, indicando que luna se escribía con dos oes. Y añadió que ese Mon podía sonar mas a lunita, por la falta de una o. Sol y yo nos reímos mucho por aquella tonta ocurrencia. Así nos convertimos en Sol y Lunita.

EL QUE NO CORRE, VUELA

Con las primeras tareas de la mañana finalizadas, Marla y Montse Picón montan en el Audi blanco de la primera, rumbo al centro urbano de Gibralgalia. Si algo había organizado bien Montse, cuando sopesó la idea de hacerse cargo de la posada, había sido el lugar de donde abastecerse. Todo iba a ser producto local.

Ante aquellas calles rurales, las hermanas deciden estacionar el coche antes de llegar a la zona del mercado. En esa población, de tan solo 500 habitantes, las dos jóvenes atrapan las miradas de los viandantes. La sofisticada Marla, que ha elegido uno de sus trajes de pantalón y chaqueta de mil rallas para acudir a la compra. La informalidad en la indumentaria de Montse, que ese día ha optado por unas medias de rejilla negras, unos vaqueros cortos y su adorada cazadora de cuero negro y que ha cubierto su corta melena con un turbante confeccionado a crochet por su madre, escapa de lo generalizado para la zona.

-¡Qué sepas que te miran a ti!- espeta Montse burlona, cuando pasar delante de un grupo de vecinas que rondan la tercera edad.

-¿A mí? ¿Tú te has mirado en el espejo?

-Yo no llevo un traje para ir al mercado.

-Sabes perfectamente que mi ropa no es tan sport como la tuya- alega Marla en su defensa-... si hubiera un Corte Inglés por aquí cerca, me compraría unos tejanos- añade resignada.

-Mis caderas son más generosas que las tuyas- dice su hermana, rozando la parte mencionada con sus manos-... aún así, sabes que puedes usar algo de mi ropa mientras tanto. Los leggins se ajustan muy bien a todos los cuerpos.

-Ya veremos.

Marla es reticente, incluso en ese caso tan extremo, en lo referente a usar las modernas ropas de su hermana. Ni un solo tejano de esta se podía lucir decentemente, según su criterio, pues todos tenían alguna que otra raja en las perneras, tal y como marca la moda de la temporada.

Caminando, siguiendo las pautas del GPS del móvil de Montse, las hermanas llegan a una pequeña plazoleta ajardinada. A uno de los lados de dicho jardín un edificio pintado de azul luce en su parte alta el letrero de mercado. A diferencia de lo que las jóvenes esperaban encontrar, rodeando la pequeña plaza, y a las faldas del edificio que se anuncia como mercado, una decena de puestos ambulantes ofrecen sus productos.

Manu había puesto en antecedentes a su prima. Conocía la intención de Montse por querer obtener productos lugareños para abastecer la posada. La fruta y verduras las había pactado con el dueño de uno de los puestos de ese mercado, ya que este se abastecía directamente de diferentes agricultores de la zona. El pescado también iba a ser de uno de los vendedores del mercado, uno que cada mañana se acercaba a la costa malagueña para proveer su venta. Con la carne y huevos había un trato similar y el pan sería pan artesanal, de un pequeño horno local próximo al mercado.

Después de tratar personalmente con cada uno de aquellos lugareños, las dos hermanas, satisfechas con el buen proceder de la mañana, deciden homenajearse con un succulento desayuno en una cafetería-panadería próxima al mercado.

-Curioso nombre- observa Montse al leer el letrero que reza sobre la puerta del establecimiento. “En K la chica”.

Las dos hermanas cruzan la puerta acristalada que les conduce al interior del establecimiento. El calor interior le da la bienvenida. Acomodadas en una de las mesas dispuesta ante el gran ventanal que da a la calle inspeccionan la carta. Una joven rubia, con el pelo recogido a un lado con una trenza de espiga, se acerca a la mesa provista de bolígrafo y libreta en una de sus manos para anotar la comanda.

-¿Qué es un mollete?- pregunta Marla con curiosidad.

En la carta plastificada se repite varias veces la palabra en cuestión.

-Un bollo plano y blanco muy típico por la zona. Delicioso en tostadas o con embutido- le informa la joven sonriendo.

-Pues un mollete tostado con tomate y aceite para mí Y un café con leche calentito- pide Montse, mirando a la guapa camarera con una sonrisa.

La mirada de la camarera recae sobre Marla por unos instantes, en espera de su elección.

-Tomaré lo mismo.

Con los desayunos sobre la mesa, las dos hermanas se centran en la comida. Tras el primer bocado, por parte de la menor de las hermanas, un sonido gutural escapa de su garganta, expresando el delicioso sabor que inunda su boca en esos instantes.

-Tenemos que incluir esta delicia a la carta de desayunos- exclama Montse, con la boca aun llena.

Con comicidad, Marla da un bocado a su tostada. Conoce la faceta cómica y exagerada de su hermana, y como cocinera provisional del negocio no va a aceptar ninguna sugerencia sin antes paladear el producto.

-¡Hummmmmmm!... Tengo que darte la razón- dice tras el primer bocado-... habrá que volver al horno...

-Mejor le preguntamos a ese bellezón rubio- propone Montse, alzando la mano para llamar la atención de la camarera.

Cuando capta la atención de la joven, Montse se esmera en adecuar su pelo. Usando la pantalla del móvil como espejo moja sus labios y comprueba que su suave maquillaje está en condiciones óptimas.

-¡Qué fuerte!- susurra Marla, mirando a su hermana fijamente.

-¿Qué?

-¿Estás coqueteando? ¡En serio!

Una sonrisa pícara asoma entre los labios de su hermana. Ese es su objetivo. La camarera cumple con todos los requisitos que a ella le atraen de una mujer: guapa, rubia, desenfadada, atlética y con una sonrisa blanca y brillante.

-¿Y si ella no es lesbiana?- pregunta Marla entre susurros. Con la camarera muy cerca de la mesa que ellas ocupan.

Haciendo caso omiso a las objeciones de su hermana, Montse despliega sus encantos para conversar con la joven camarera quien les informa de la procedencia de esa delicia que les ha servido.

-Elvira es mi madre- les dice la joven, haciendo alusión a la dueña del horno con quienes las dos hermanas han pactado un pedido diario para la posada-... si no queréis regresar, yo misma le puedo dar el recado.

Anotando algo en su pequeña libreta, la camarera arranca la hoja una vez finaliza la anotación y se la tiende a Montse.

-Este es el teléfono móvil del horno, por si necesitáis añadir o restar algo del pedido habitual- les explica.

-Gracias- dice Montse con tono meloso.

Tan sonriente como llegó, la camarera abandona la mesa que comparten las hermanas para atender a otros clientes que ya la reclamaban. Con la taza de café, aún humeante, entre sus manos, Montse fija su mirada en los movimientos de la camarera.

-¡Madre mía! ¡No seas tan descarada!- le regaña su hermana- ¡Aún no sabes si eterno o no!

-Mi radar me dice que no.

-¡Ja!

Con toda naturalidad, Montse deposita la taza sobre el plato. Da un nuevo mordisco a la tostada y recoge su teléfono de la mesa. Sin perder de vista a la camarera comienza a explorar en una de las aplicaciones que tiene instaladas en su teléfono. Cuando localiza lo que andaba buscando alza la mano hacia la cara de su hermana quien, sorprendida, abre la boca en gesto de asombro. En la pantalla del teléfono luce una fotografía de la camarera con unos lemas en los que rezan las palabras chicas, alegre, atrevida y espontánea.

-E aquí el mundo mágico de Tinder- dice orgullosa Montse.

-¿Tinder?

-Una App para ligar- matiza Montse-... si esa preciosidad acepta mi solicitud, esta noche dejaré descansar a mi anhelado Pato Lucas.

-¡Madre mía!

-Eso digo yo: madre mía- repite Montse burlona-... en pleno siglo XXI y tu ni consolador ni Tinder. ¿En qué siglo vives?

-En uno en el que se conocen a las personas en vivo y en directo.

-Pues eso hay que remediarlo. En cuanto llegemos a la posada te abro un perfil en Tinder.

-Ni se te ocurra- le advierte Marla-... sigo apagada y fuera de cobertura. Mi radar no es tan certero como el tuyo.

-Pues créeme, esto es lo mejor que puedes hacer. El duelo por nuestros respectivos ex ya ha durado demasiado- dice en el mismo instante en el que posa su dedo en el pequeño símbolo con el que manda a Alejandra, la camarera, una cita.

Desde la mesa, las dos hermanas observan como la camarera saca su teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y lo desbloquea. Con una sonrisa atiende la notificación que ha recibido y contesta. Solo un segundo después Montse recibe respuesta. Esa misma noche tendrá una cita con Alejandra, la camarera.

CON EL TIEMPO Y LA PACIENCIA SE ADQUIERE LA CIENCIA

El día a día de la vida en la posada Los Pasos transcurre con armonía. Todos los objetivos que Montse se había fijado van fluyendo, incluso sin la compañía de Raquel.

La añoranza por su ex compañera de vida, la misma que había estado fingiendo no tener, desaparece en el mismo instante en el momento de su primera cita con Alejandra. Tras un par de citas, ambas toman conciencia de la cantidad de cosas que tienen en común. Sus horarios laborales no les permiten demasiadas licencias. El acumulo de trabajo para Montse se centra en los últimos días de cada semana. Alejandra descansa los lunes. Aún así, orquestan la forma de verse. Fuera del horario que tiene en la cafetería, la joven camarera se ofrece para realizar las entregas que su madre tiene para la posada, todos los martes, jueves y sábados.

Con mejores resultados de que esperaron, las dos hermanas capean el mes de Febrero con el bullicioso San Valentín y un carnaval en el que algunas parejas, y no parejas, emplean esos días carnavalescos para pasarlos en intimidad y de forma romántica.

Marzo comienza con las reservas más moderadas. La buena gestión en publicidad de Marla y los contactos de Montse logran obtener reservas como hospedaje rural, más duraderos que una reserva romántica de fin de semana. Para no perder la rutina habitual de la posada, las hermanas deciden reservar las habitaciones con jacuzzi para las escapadas románticas.

-¡Qué Dios nos pille confesadas!- reza Marla en voz baja cuando una pareja de italianos, de unos sesenta años, cruza la puerta principal de la posada.

Los primeros huéspedes de larga temporada acababan de cruzar el umbral.

-Mujer de poca fe- susurra Montse, adelantándose unos pasos de su hermana- Bienvenidos a la Posada Los Pasos. Soy Montse- se presenta la joven, enfundada en una amplia sonrisa.

-Grazie mille- dice la mujer en italiano-... noi sono Fabrizio y Marcela- se presenta usando un español con mucha influencia italiana.

Montse esconde un suspiro entre la forzada sonrisa. Ese acento tan peculiar le lleva a unos recuerdos de los que la llevan a una persona de su pasado de la que siempre estará enamorada.

-Si me permiten,...- dice a joven llevando su mano hacia la maleta que tiene Marcela en sus manos- les acompañaré a su habitación.

-Prego- acepta la mujer cediendo el asa de su maleta.

A los pocos minutos de acomodar al matrimonio italiano en la habitación Lulium, una joven pareja turca cruza el vestíbulo, en busca de una habitación libre.

-En el pueblo nos han dicho que aquí tienen unas maravillosas habitaciones con vistas a la Sierra- dice el hombre en un español casi perfecto.

-Todas con baño privado- se adelanta Montse a la posible explicación que su hermana se disponía a ofrecer... con jacuzzi o sin él- añade, entrando tras la pequeña barra que ejerce de mostrador, obligando a su hermana a situarse frente al guapo recién llegado.

El joven sonríe a las dos hermanas, después mira a la chica morena que le acompaña, pidiendo su opinión con la mirada.

-Jacuzzi.

-Perfecto. Con vistas a la Sierra tenemos la habitación Orquídea y la habitación Magnolia. Ambas con terraza privada.

El joven vuelve a mirar a su pareja, buscando una respuesta que la turca deja caer sobre Montse, preguntándole cual elegiría ella.

-Orquídea, sin duda.

-Orquídea entonces- dice la turca, mirando fijamente a Montse.

-¿Fin de semana?- pregunta Montse para anotar la reserva en el ordenador.

-No. Tres semanas o cuatro. Todo depende de las posibilidades paisajísticas que nos ofrezca el entorno de la Sierra- apunta Mehmet, el joven turco.

Ese apunte hace que las hermanas intercambien una rápida mirada de asombro que disimulan

fingiendo localizar algo en la pantalla del ordenador donde Montse anota los datos de las reservas.

-La periferia es maravillosa- apunta la menor de las hermanas.

Ciertamente, no habían tenido mucho tiempo para inspeccionar los alrededores más allá del pequeño pueblo donde suelen realizar sus compras y el pueblo vecino, Pizarra, donde se acercaron para que Marla comprase algo de ropa un poco más informal de la que había llevado consigo.

Muerta de curiosidad Montse retira de la pequeña estantería en forma de pequeños cuadrados la llave de la habitación en concreto. Tal y como había hecho unos minutos antes con el matrimonio italiano, conduce a las recién llegados hasta la puerta de la habitación que van a ocupar. Confundida, Montse percibe ciertas miradas de la joven turca que no sabe cómo interpretar.

Con cuatro nuevos huéspedes, inesperados, tienen que comenzar a orquestar las variantes para la cena, las comidas y los desayunos para los próximos días.

Cuando Montse regresa a la planta de abajo va en busca de su hermana. Al cruzar las puertas tras las que esta está refugiada la expresión de asombro y excitación que andaba guardando escapa de su garganta.

-¡No me digas que no están todos los astros de nuestra parte! Solo con los turcos tenemos el mes salvado- puntualiza, tomando asiento en la banqueta que está junto a la que ocupa su hermana-... te ha gustazo ese morenazo, ¿verdad? El tío te ha repasado de arriba abajo- musita, dándole un ligero codazo a su ensimismada hermana.

-¡Anda, déjate de tonterías! Esos dos son marido y mujer, ¿no has visto sus alianzas?- le apunta a su hermana-... déjame recordarte que no es buena idea mezclar trabajo con...

-Con el placer del sexo- le interrumpe Montse

-Llámalo como quieras- matiza Marla-... mientras no olvides ese detalle... He visto el repaso que tú le has hecho a ella- señala, regresando a su atención a la pantalla de la pequeña televisión que tienen en la cocina-... Ya ha llegado el bicho de Wujan a España.

-También llegó el Ebola, y no trascendió tanto como se esperaba. Con esto va a pasar lo

mismo- asevera Montse muy segura de sí misma-... ¿Qué estas preparando para comer?- se interesa por el contenido del interior de las dos ollas que hay puestas al fuego.

-Un buen cocido y lentejas. Tienes que traerme huevos para hacer unas buenas tortillas de patatas para la noche- le pide a su hermana, abandonando la butaca para regresar delante de las ollas.

-¡Hummmmmm! Comida tipical Spanish- dice Montse relamiéndose.

-Tendrías que avisar a Alejandra para que acerque más molletes y harina de repostería- le sugiere su hermana.

Han sido muchas las veces en las que han tirado de la amistad de Montse con la camarera de “a K la chica” para obtener pedidos antes del día estipulado para la entrega. Ante tal petición Montse arruga la nariz. Un gesto que no pasa desapercibido para su hermana.

-¿El paraíso ha dejado de existir?- pregunta Marla con tono burlón.

-¿Qué paraíso? ¡Qué cursi eres!- espeta Montse usando el mismo tono de su hermana-... lo que había entre Alejandra y yo era solo sexo.

-¿Y?

-Digamos que, Alejandra quiere algo más que buenos ratos de sexo... Y yo aún no estoy preparada para una relación- reconoce Montse, dándole la espalda a su hermana mientras coge del interior de la nevera una botella de Martini Rosso.

Con la botella sobre la encimera alcanza dos vasos. Sirve un par de dedos en cada uno.

-Por nosotras- brinda Montse alzando su vaso-... y por que le den a quienes nos hicieron llegar hasta aquí- añade.

-Por nosotras- repite Marla, alzando también su vaso.

AL MAL TIEMPO, BUENA CARA

Aquella misma semana, las noticias cuentan que aquel virus que se había apoderado de China se estaba esparciendo a un ritmo frenético por Europa. El anuncio de un cierre perimetral de España tenía fecha.

La buena suerte que las hermanas Picón habían tenido con aquellos nuevos huéspedes inesperados parecía pender de un hilo. El anunciado confinamiento decretado por el Gobierno parece estar esperando a la vuelta de la esquina para jugarles una mala pasada.

-Me niego a regresar a Turquía por un confinamiento de quince días. Nos queda mucho por fotografiar- apunta Esra tras escuchar las noticias que ofrece la televisión.

-Estoy de acuerdo contigo- le apoya su compañero sentimental.

Sin consultar con sus superiores, la pareja turca decide permanecer confinados en la posada. Esos quince días pueden ser útiles para revisar todo lo fotografiado en los días anteriores. Un material que iban recopilando como encargo de una cinematográfica de su país.

Las noticias que se recibían desde Italia no son nada alagadoras. El Covid 19 estaba cebándose con la población italiana con verdadera saña. Fabrizio y Marcela vivían en un complejo residencial para personas de la tercera edad desde que decidieron ceder la que había sido su

vivienda familiar a uno de sus hijos. El virus estaba afectando a muchos de sus convecinos.

-Podéis quedaros con nosotras, como invitados, mientras esto no se controle- les ofrece Montse el hospedaje al matrimonio italiano, con quienes tanto había podido congeniar estos días.

El matrimonio intercambia miradas. Regresar a Italia no es la mejor de las opciones. No tal y como están allí las cosas. Quedarse en la posada, como invitados, puede suponer una carga para las hermanas. Algo a lo que no están dispuestos. Algo que las hermanas deducen ante su mutismo.

-Fabrizzio, si te quedas con nosotras, Manuel no tendrá que venir a cuidar de los animales. Montse sola no puede hacerlo... y yo me niego a hacerlo- dice Marla, ofreciendo una razón por la que aceptar la oferta realizada por su hermana.

Durante esos quince días, los habitantes de la Posada Los Pasos aprovechan el tiempo al máximo. Las dos hermanas se acercan al mercado para abastecerse de los productos frescos que no pueden obtener en la finca. La furgoneta que Manu puso a su disposición, perteneciente a la posada, llega a su plaza de aparcamiento con el maletero repleto. Cervezas. Refrescos. Botellas de vino. Repartidos en varias cestas. Entre ellas viajan harina, levadura, legumbres, pasta. También carne y pescado, fruta fresca y confitada.

-¿No crees qué se te ha ido un poco la pinza con el papel higiénico?- objeta Montse con tono burlón.

Tras las cajas repletas de alimentos, aparecen los tres paquetes, de veinticuatro rollos, de papel higiénico y los cuatro megarrollos de papel de cocina que Marla ha añadido a la lista de la compra.

-Quince días, por seis culos, pueden necesitar mucho papel- responde la aludida con el mismo tono.

El día doce llega. Toda España, toda la que no se dedica a los trabajos esenciales, se confina en sus residencias.

Las veinticuatro horas, en la posada, transcurren como en la mayoría de los hogares españoles. Abandonando la comodidad de las camas a horas avanzadas de la mañana. Cocinando repostería. Realizando ejercicio, tomar el sol en compañía de un buen libro...

Durante las horas nocturnas, las actividades son comunes para todos los habitantes del lugar. Las buenas sesiones de cine y los juegos de mesa les hace unirse como una familia peculiar, concentrados en la calidez del salón con chimenea.

Sin embargo, durante las horas diurnas, entre ellos se dividen en dos grupos. Durante las largas horas de charla nocturna Marla descubre que Marcela es una apasionada de la cocina y que, además, está muy interesada en aprender las deliciosas recetas que está degustando durante esos días en la posada. Por las mañanas, las dos amantes de la cocina se refugian entre los fogones, intercambiando recetas. Fabrizzio permanece siempre cercano a las dos cocineras, pendiente de las necesidades de ellas y de la labor del huerto y cuidado de los animales. Labores que le apasionan desde joven.

Por otro lado, Montse, Memeh y Esra ocupan las primeras horas de las mañanas con ejercicio físico. Usan como gimnasio el cobertizo donde acostumbran dormir los vehículos de la propiedad. Siempre siguiendo la guía y consejo de los videos de YouTube que visualizan mediante la pantalla del portátil del turco. Unas sesiones que dejan a Montse descolocada y confundida.

-Montse, necesito un favorcito- increpa Marla a su hermana, cuando esta regresa de una de esas intensas sesiones de entrenamiento.

-¡Ufffff!, y yo una ducha. ¿No puedes esperar?- pregunta Montse, usando sus dos manos para hacerse aire.

-¿Qué habéis hecho hoy, cardio, zumba o las dos?

-Yoga

-¿¿Yoga?? De verdad quieres hacerme creer que el yoga te hace sudar tanto como para tener que ir corriendo a darte una ducha.

-No- sentencia Montse volviendo a abanicarse con las manos-... pero cuando una mujer como Esra se pega a tu cuerpo, como si fuese una segunda piel, para guiarte en la forma correcta de cada postura... brrrrr- dice, fingiendo sufrir un gran escalofrío.

Ante la comicidad de su hermana, Marla no tiene más remedio que reírse. Montse había heredado la virtud de exagerarlo todo, como su madre.

-Te recuerdo que Esra y Memeh son pareja.

-Y yo te recuerdo que ha sido ella la que me ha sobado con total descaro, con Memeh delante-
apunta Montse

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Tal Y como las noticias auguraban, aquella cuarentena no fue suficiente.

Nuevas medidas de prevención amplían la cuarentena hasta el mes de Junio.

¡¡¡Tres meses!!!

Aquellas personas que no estuviesen en sus residencias reales tenían la opción de regresar a sus

países. Antes de que los vuelos se cancelasen hasta nuevo aviso.

-Cuando esto termine tenemos que seguir con nuestro trabajo aquí, en España. No creo que este estado de alarma se prolongue tanto...- comenta Memeh.

-Pienso como tu cariño. Cuando esto termine, aún nos quedará por visitar el norte de España y el Sur de Francia- amplía Esra.

Regresar atropelladamente a Turquía, para volver a España para finalizar el encargo que tenían de la cinematográfica de su país lo consideraban un sin sentido.

Por esa razón la pareja turca decide permanecer en la posada durante el confinamiento. Tenían mucho trabajo por hacer. Mucho de este tiene que hacerse mediante un ordenador. Lo mismo da España que Turquía. Si el estado de alarma no perdura tanto como estaban anunciando, ellos podían continuar con su trabajo sin tener que volver a viajar.

-Nos quedamos- apunta Esra muy contenta. Mirando a Montse con una mirada chispeante y una sonrisa en los labios.

-¡Madre míiiiiiiiiiiiiia!- susurra Marla acercándose al oído de su hermana.

Ha sido testigo de esa mirada entre Esra y su hermana.

-Te lo dije.

Las señales que Montse había estado creyendo recibir no iban mal encaminadas. Memeh y Esra son pareja, eso no cabe duda. Han sido muchas las ocasiones en los que se les ha visto besándose con adoración y pasión. La pareja no esconde la adoración mutua que siente el uno por el otro. Como tampoco han pasado desapercibidas, para Montse, las veces en que Esra se le ha insinuado.

Desde la distancia, un teléfono suena, reclamando ser atendido.

-¡Arrrrrr! Creo que lo dejé en la cocina- espeta Marla.

El tono de llamada que sonaba es el suyo, sin duda. Es asidua a perder el teléfono móvil por todos los rincones, especialmente desde que se liberó del trabajo que tan atada al susodicho

aparato la tenía.

Antes de que la mayor de las hermanas desaparezca por el salón, camino de la cocina, un tono diferente suena por las proximidades.

-Ese es el mío. Lo dejé cargando en la biblioteca- señala Montse, caminando con paso ligero hacia el lugar al que la música le guiaba.

Cada hermana atiende su llamada. Cada una desde el lugar donde sus terminales habían sido olvidados.

Marla aún charla por teléfono cuando su hermana entra en la cocina.

-Los papis- susurra Marla, sin despegar la oreja del teléfono-... no mami... no te preocupes. Estamos muy bien y no nos vamos a quedar solas. Los huéspedes que han pasado estos últimos quince días en la posada se quedaran con nosotras- explica con tono agotado-... prometemos hacer una video llamada toooodos los días- dice alzando la mano derecha, fingiendo hacer un juramento.

Montse espera apoyada en la encimera a que su hermana termine la conversación con sus padres. Despidiéndose a duo cuando el momento llega.

-Mientras haces la comida voy a arreglar la habitación Lavanda- señala Montse-... Manu acaba de llamar para decir que un hermano de los americanos viene a instalarse con nosotros mientras estemos confinados- amplía.

Marla parpadea en señal de asombro. Deja el teléfono sobre la mesa, para atender al relato de su hermana.

-Al parecer trabaja para Vaughan, en uno de los programas que la compañía realiza con alojamiento e intercambio de idiomas.

Consciente de tener toda la atención por parte de su hermana, Montse continúa relatando lo que su primo le acababa de contar. El nuevo huésped/conviviente es un hombre de treinta y cinco años. Que lleva viviendo a caballo entre España y Carlsbad, San Diego. También cuenta que, ante una situación como la que estaban viviendo, una pandemia sanitaria mundial, el americano ha optado por permanecer en España. Morgan Carrillo está recientemente divorciado y, debido a su trabajo, permitió que su ex esposa ocupase la bonita casa que este posee en Carlsbad hasta

que la eminente venta de la propiedad se haga efectiva.

Durante el relato, una mueca burlona se apodera del rostro de Montse.

-...Sería perfecto para quitarte la espinita del “soso”- puntualiza Montse.

Ante tal comentario, su hermana alza una ceja. ¡Montse y sus descabelladas sugerencias! Es cierto que, la ruptura con Raquel había quedado en un segundo plano, incluso en un tercero, desde que Montse decidió volver a reanudar su vida amorosa. Pero Marla y Montse no están hechas de la misma pasta. O eso cree la primera.

-Vuelve a tu tarea y deja de actuar como una alcahueta- apunta Marla.

Sabe que la única manera de zanjar el tema es echar a su hermana de sus dominios. Por lo que la coge por los hombros y la obliga a caminar hacia la puerta que comunica con el salón.

-Aún no he pasado página- señala Marla.

-Pues deberías hacerlo- insiste Montse, aceptando esa momentánea derrota.

AUNQUE LA MONA SE VISTA DE SEDA, MONA SE QUEDA

La absurda sugerencia de Montse hace cavilar a Marla.

Desde que se mudaron a la posada, sus pensamientos han estado totalmente volcados en su actividad diaria. Menús, sabrosos y tradicionales. Lista de compra. Sus andanzas en la ciudad quedaron escondidas en un rincón de su mente.

Por unos minutos, Pedro Ventura regresa a su mente. “La curiosidad mató al gato”, habría dicho su madre, ante lo que su subconsciente le estaba pidiendo. Marla siempre ha odiado a aquellos que se dedicaban a fisgonear a otros por las redes sociales. Traer a su ex jefe de regreso a su cabeza le hace cruzar esa fina barrera. En silencio, rastrea las últimas imágenes de este en Facebook. También en Instagram. Después de las fotografías en las que se le ve disfrutando de las Navidades con diversidad personas, de ambos sexos, la rutina del espionado se torna hogareña. Quince días de instantáneas junto a su arisco gato. Cocinando. En el sofá, Compartiendo lecho. Disfrutando del jardín... Ningún rastro de vida con fémina alguna.

-¡Para!- se exige a sí misma.

No iba a dejarse vencer por un momento ñoño. ¡De eso nada! Con el afán de desviar sus pensamientos para conducirlos hacia algo más productivo, decide presionar el botón de encendido de la televisión, en posición radio. Cocinar con música siempre le ayuda a concentrarse.

En la planta de arriba, Montse trabaja mientras canturrea al ritmo de la música de los auriculares que ha conectado al teléfono. Una combinación que siempre le ha gustado. Una rutina que se ha enfatizado desde que cantar y bailar en horario de trabajo es posible. Una costumbre de la que no pudo disfrutar de haber seguido en la oficina, en Madrid.

Montse baila al compás de Maluma mientras viste la cama de la habitación Lavanda. Los compases de Hawái le hacen animarse a corear el estribillo. La voz cantarina que sale de la habitación capta la curiosidad de Esra. La joven turca acaba de salir de su habitación. Extrañada, pues sabe que en esa planta solo su habitación y la que ocupan Frabrizio y Marcela están ocupadas. Una sonrisa se instala en el rostro de la turca al ver a la joven empresaria bailando y cantando mientras alisa la colcha de la cama.

Cuando la música finaliza, comienza a sonar una canción, esta vez es las voces de Sakira y Prince Royce, cantando su Deja Vu, marcan el ritmo. Como impulsada por un resorte, Montse lanza el último cojín sobre la cama. Al ritmo de bachata comienza a marcarse un baile. Años atrás había asistido a clases de baile con varias amigas. Fingiendo tener a alguien frente a ella, sigue el ritmo marcado por la canción.

Una sonrisa divertida se adueña de la expresión de Montse cuando, tras dar una vuelta, se topa con Esra. La intención de la joven es clara: unirse al improvisado baile. La joven turca coloca

una de sus manos sobre la mano alzada de la joven española, colocando la otra sobre la cadera de la bailarina.

Divertidas, las dos mujeres bailan la sensual canción, poniendo los cinco sentidos en ello.

Cuando los tres minutos de la pista llegan al fin, las dos jóvenes frenan la danza. Siguiendo la secuencia programada en la lista musical del móvil de Montse, una nueva canción suena. El melódico ritmo de Saturno, de Pablo Alboran, relaja el ambiente. Solo por unos segundos. Unos segundos en los que las dos mujeres permanecen con las manos donde las había tenido durante la danza. Durante ese tiempo, las dos se miran a los ojos sin decir palabra. Sus miradas hablan por ellas.

Esra aproxima su frente hasta la de Montse. Frente contra frente, sus miradas se intensifican. Sus bocas se juntan, hasta fusionarse en un beso tórrido. Un largo beso que ambas paladean. Un beso que ninguna parece querer finalizar.

POR LA BOCA MUERE EL PEZ

Mientras tanto, en la planta baja, con las ollas a fuego lento, Marla se ausenta de la cocina. Una urgencia le hace correr hacia su habitación.

Por la ventana del cuarto de baño, percibe el sonido de un vehículo entrando en la propiedad. Deduce que quien llega es Manu. Lo están esperando. Además de recoger al nuevo e inesperado huésped, su primo se había ofrecido para subirles el pedido semanal que les tenían preparado en el pueblo.

Marla se lava las manos con rapidez. No quiere entretenerse más de lo necesario. La comida está al fuego. No hay peligro. No obstante, no quiere correr riesgos.

Terminando de ajustarse la camisa por dentro de los pantalones, abre la puerta que comunica baños y habitación. Unos movimientos imprevistos le hacen ponerse alerta. Al levantar la vista, descubre a un extraño observando con hastío la decoración de las paredes.

Su instinto de supervivencia le hace palpar la cómoda que hay junto a la puerta, en busca de un objeto que le sirva para defenderse. En milésimas de segundo se maldice a sí misma por ser tan ordenada. Sobre la cómoda solo reposan un par de novelas románticas, que tiene preparadas para comenzar a leer, y el portátil.

Con decisión agarra una de las novelas al tiempo que espeta:

-Esto es propiedad privada.

El hombre, que no la ha visto por hallarse de espaldas, se gira.

-Lo sé- dice él con seguridad.

Marla se olvida momentáneamente de la intrusión. La visión que aquel desconocido ofrece es para eso y más. La camisa blanca que luce, marca todos y cada uno de sus trabajados músculos. Los pantalones vaqueros, parecen hechos a medida para él. La melena suelta y rubia, favorece

esa tez bronceada por el sol. Unos grandes ojos azules brillan, burlones.

-Esta es mi habitación- añade el intruso, con pasmosa seguridad.

-¡¡¡Perdona!!!- gruñe ella, colocando los brazos en jarra.

-Este siempre ha sido mi habitación- señala el desconocido-... cuando mi hermana y mi cuñado regentaban la pasada.

-Tú lo has dicho; CUANDO- apunta Marla, recalcando la palabra- Ahora la posada la regenta mi hermana. Y esta es mi habitación.

-En tú...

El recién llegado no tiene tiempo de réplica. Ella abandona el libro que había cogido para defenderse donde estaba. Termina de acomodar su ropa mientras camina, con paso enérgico, hacia la puerta.

-Tengo la comida al fuego. Si me acompañas, mi hermana te llevará a tu habitación- dice enérgicamente.

Aquel apunte suena más a orden que a sugerencia. Justo lo que Marla ha pretendido.

Agarrando nuevamente el asa de su maleta con ruedas, el chico, con gesto irónico sigue los pasos de esa desagradable mujer.

-¿Y tú hermana, es tan borde como tú?

-Esa cualidad es de mi propiedad- espetta ella-... al igual que esta habitación- puntúa, abriendo la puerta que comunica con la pequeña distribución que separa las dos habitaciones de la puerta de la calle.

Con ese gesto, y una sonrisa sarcástica, invita a ese desconocido, con autoestima elevada y prepotencia, a abandonar sus dominios.

Cuando ambos salen a la calle, Montse y Manu caminaban hacia la zona de la residencia de las

dos hermanas. Las miradas sarcásticas que se estaban regalando Marla y el recién llegado, no pasan desapercibidas.

-Montse, haz el favor de enseñarle a tu huésped su habitación- espeta Marla, aligerando el paso.

Una sonrisa burlona fluye en el rostro de su hermana. ¿Qué podría haber hecho ese apuesto hombre para que su hermana pareciese tan molesta?

Marla se pierde en el interior de la cocina. Tiene mucho que preparar. Cuenta con la ayuda de Marcela, y no quiere perder ni un solo detalle de todo lo que la mujer le puede enseñar.

Cuando el resto del grupo se adentra en la cocina, la cocinera no despegla la vista de las ollas ni de todo lo que se cuece en su interior.

-Qué bien huele, prima- comenta Manu.

El joven siempre ha alabado esa faceta en la mayor de sus primas.

-Estás a punto de probarlo. Comeremos en un rato- le apunta Marla, sin desviar la mirada de su labor.

No quiere volver a toparse con la mirada con el nuevo huésped.

Desde su posición, Marla escucha los pasos alejarse. No sabe que tiene a ese americano, pero desde el minuto uno, le hace sentirse tensa.

Al permanecer de espaldas al resto, no ve como el recién llegado aminorado el paso. Se ha distanciado de sus dos guías y se ha

aproximado, lentamente, a los fogones. A la espalda de la cocinera.

-¿Podré fiarme de tu comida?- le susurra.

Marla no puede evitar dar un respingo al notar el aliento, y la voz, de aquel hombre sobre su nuca. Dispuesta a no parecer sorprendida, ni dejarse llevar por la provocación que cree intuir en

aquellas palabras, contesta:

-Yo de ti, me andaría con pies de plomo...

AL PAN, PAN Y AL VINO, VINO

El largo periodo de cuarentena se vive en la posada como en el resto de España.

El televisor se convierte en el punto de referencia para estar al tanto de las noticias que genera la situación pandémica que es común en todo el planeta. Las llamadas y las videollamadas se vuelven esenciales para comunicarse con los seres queridos a los que no se pueden visitar.

Una oleada de calor predomina durante el mes de abril. Con el buen tiempo, las prendas de abrigo comienzan a quedar relegadas al olvido. Con las primeras luces del alba, Morgan Carrillo, el hermano de los propietarios y antiguos regentes de la posada, comienza a realizar ejercicio fuera de su habitación, en la zona próxima al huerto y alojamiento de las hermanas, frente a los ventanales de la cocina. A simple vista podía saberse que el cuidado de su físico es una función prioritaria.

Parapetada tras los cristales de los ventanales de la cocina, Marla lo observa. La primera impresión no había sido buena. Sin saber por qué, siente cierta antipatía por ese tipo. Para ella él es todo arrogancia y prepotencia. No obstante, sus ojos no pueden desviarse de aquel cuerpo esculpido por las largas horas de deporte. Ese cuerpo musculado no está así por arte de magia. Las jornadas de actividad física habían sido muchas antes de las de esas mañanas.

-¿Por qué todos los prepotentes tienen que estar tan buenos?- susurra para sí Marla.

-Para atraer a las Cayetanitas como tú- se escucha decir en tono burlón a su espalda.

Sobresaltada, porque creía estar sola, Marla se gira hacia donde proviene la voz de su hermana. Para toparse con el rostro y la mirada burlona de esta.

-Hermana, aprende a no pensar en voz alta- le receta burlona Montse, mientras se sirve su desayuno.

-Eso ha sido solo una observación- espeta Marla, a la defensiva.

-Sí, sí.

Entre las dos hermanas se cruzan miradas. Las dos quieren tener la razón.

-Lo que ese guiri tiene de... guapo- califica Marla tras una pequeña pausa- ...lo tiene de gilipollas.

-Justo tu tipo- sentencia Montse, poniendo su vaso de leche, dos magdalenas y un plátano en una bandeja.

Con su desayuno preparado, Montse se dispone a salir a la terraza. Delante de la gran cristalera del salón-comedor, como si se tratase de una temporada hostelera, fuera de la crisis del Covid, hay dispuestas varias mesas para disfrutar del buen tiempo.

Marla chasquea la lengua y arrincona el comentario tonto de su hermana. Responder a sus provocaciones es darle la razón. Y no la tiene.

La música siempre ha sido una buena compañía. Excelente para sus jornadas culinarias. Con el mando a distancia cambia la función del televisor para dejarlo en la emisora de los cuarenta, su

emisora habitual. Entre ritmos y compases, la cocinera comienza con la elaboración del bizcocho de zanahoria que ha decidido hornear para la merienda.

Al compás de la canción “Teléfono” de Aitana, Marla bate huevos y mezcla ingredientes: harina, levadura, zanahoria rallada y azúcar. Con el ritmo de la canción “Yo no quiero na” de Lola Índigo, vierte la mezcla en dos recipientes redondos y los lleva hacia el horno, que ya ha programado y puesto a precalentar. Cuando cierra la puerta del horno, los acordes de “Blinding lights” de The Weekend, comienzan a sonar. Desde el primer momento en el que escuchó esa canción de ese grupo británico, ese ritmo ochentero le daba ganas de bailar. La privacidad de la gran cocina le permite hacerlo.

Unos aplausos interrumpen su apasionado momento. Automáticamente Marla se frena y se gira hacia la puerta que comunica la cocina con el patio interior. Apoyado en el marco de la puerta, un sudado, descamisado y sonriente Morgan Carrillo le mira, divertido.

-Es bueno saber que no solo hay mal genio en ese precioso cuerpo- suelta a bocajarro, caminando hacia la nevera, con una sonrisa sardónica instalada en su rostro.

-Es bueno saber que hay una pizca de inteligencia en ese cuerpo- dice ella con tono hosco y frío.

-¡Woooooo!- espeta él, alzando los brazos en son de paz-... enfrías el ambiente con solo abrir la boca- alega.

Mientras el americano se sirve un vaso de leche fría, se instala en la cocina un silencio sepulcral. El joven se toma el contenido del vaso de un solo trago. Sin retirar la mirada de la seria cocinera que, una vez finalizada su tarea, se dedica a la limpieza de todos los útiles que no tienen cabida en el lavavajillas.

Cuando Morgan finaliza su ingesta, abandona la cocina.

-¡Hasta luego Frozen!- se despide de la cocinera, antes de cruzar la puerta que comunica con el comedor.

-¡Capullo!- susurra Marla molesta por el nombre que ha usado ese engréido para referirse a su persona.

Nuevamente, unos aplausos llaman la atención de una molesta y ensimismada Marla. Estos

proviene del mismo sitio que antes, pero esta vez la autoría le pertenece a su hermana.

-Anda, querida Frozen, prepárate un cafetito y vente a la terraza a desayunar- le dice con voz burlona a su hermana mayor-... que la temperatura, en esta cocina, ha subido ciento veinte grados, por lo menos.- comenta bromeando- Y no es debido al horno- matiza.

CUANDO EL RIO SUENA, PIEDRAS LLEVA

Las sesiones de gimnasia de Montse, Ezra y Memeh se prolongan, al igual que la cuarentena fijada para España. Unas sesiones que caldean el ambiente,... y a Montse

Con la excusa de pasear a los dos canes de la propiedad, Fabrizio y Morgan se aúnan. Cada uno a su ritmo, abandonan la posada con uno de los perros. La vigorosa Florence siguiendo la carrera del americano. El cansado Cole con Fabrizio, disfrutando de un cálido paseo por los alrededores.

Marla se confina desde bien temprano en los confines de la cocina. Su reto para ese día, confeccionar esa riquísima lasaña que Marcela le ha recetado, y una torta caprese. Mientras tanto, Marcela llena las dos lavadoras con las que cuenta la posada con las sábanas que cada uno de los huéspedes ha cambiado.

Con las tareas finalizadas, el trío deportivo acomodan sus ropas para la rutina de la mañana. Memet sonríe plenamente cuando sus dos acompañantes se le unen. Esa mañana ambas parecen haberse puesto de acuerdo. Las dos visten unas mallas cortas y sendos tops de tirante.

-Hoy Fabrizzio y Morgan se sentirán celosos cuando me vean en el cobertizo con estas sexis mujeres- comenta el turco con orgullo-... pronto querrán unirse a nuestras sesiones de gimnasia- dice, con un ápice de orgullo en la voz, mientras se sitúa en el medio de las dos mujeres, cogiéndose a la cintura de ambas hasta llegar al tramo de las escaleras.

Como cada mañana, Esra selecciona una serie de canciones coreografiadas en Youtube para que marquen el ritmo de la sesión. Siempre buscando la aprobación de Montse y Memeh.

-¿Qué tal se te da la danza oriental?- le pregunta a su compañera.

-Nunca la he bailado- reconoce Montse.

-Te gustará- le asegura Esra.

Usando el buscador de Youtube, escribe varios títulos. Canciones que a ella siempre le han gustado. Añade a la lista de reproducción la canción Kiss Kiss, de Tarkan-Simarik. También añade la canción de Hassan Abu El Seoud llamada Shik Shak Shok. Durante unos segundos cavila, buscando en su memoria alguna otra canción de su vida.

-Busca Enta El Ghaly, de Amr Diad- sugiere Memeh.

Realizando esta nueva búsqueda, el teléfono de Memeh suena. Alejándose unos pasos, atiende la llamada.

Un par de minutos más tarde, Memeh se excusa. La llamada es de la empresa cinematográfica de Turquía para la que están trabajando. Necesitan la maqueta terminada para enviarlas lo antes posible al cliente interesado.

La ausencia de Memeh no anula la sesión de gimnasia de ese día. Usando la música seleccionada, las dos mujeres, una ejerciendo de alumna y la otra de maestra, comienzan con la sesión de danza oriental.

-Nunca pensé que estos movimientos fueran tan complicados- refiere Montse.

Se sentía como pez fuera del agua. Algo inédito en ella. Siempre se había manejado bien con todo tipo de danza.

-Flexiona las rodillas levemente- le indica Esra, situándose a su espalda, casi rozando piel con piel.

Montse obedece, intentando no hacer conjeturas que no vayan más lejos de una instrucción.

-Déjate llevar- le susurra Esra, al tiempo que deja caer ambas manos sobre las caderas de su espontánea alumna.

Intentando seguir el ritmo de la canción, Esra comienza a balancear sus caderas, marcando con sus manos el movimiento que Montse debe seguir.

-Muy bien. Ahora vamos a continuar con el movimiento de pelvis- anuncia Esra.

Las manos que tiene sobre las caderas de Montse, se mueven por el cuerpo de esta. Una acaba en la zona lumbar de la española, y la otra, sobre la parte baja del vientre.

Involuntariamente, Montse suelta un leve suspiro. No puede más que morderse el labio para contener las emociones que esa atractiva morena le está generando con esos roces. Aquel contacto tan estrecho, tan implícito, hace que la temperatura del cobertizo suba. Montse se deja guiar. Su respiración se acelera. Intenta capear el momento cerrando los ojos y apretando los labios. La necesidad de volver a besar a esa exótica chica se le hace tan necesario como respirar.

Soportar esa dulce tortura es meramente insoportable. Cansada de controlar sus instintos, Montse se gira hacia Esra. Atrapa la cara de esta entre sus manos y la besa. Ambas se funden en un beso hambriento. Sus lenguas se atrapan enfurecidas. Mientras las manos de Montse siguen fijadas en la cara de la turca, las de Esra recorren, aceleradas, las nalgas de la española. Atropelladamente y con urgencia, intenta colarse entre la ajustada tela de las mallas, hasta que Montse le frena.

-¡Aquí no!- expresa, sofocada.

No hacen falta más palabras. Esra deja que su compañera le coja de la mano. Ambas caminan con paso ligero hasta la habitación privada de Montse. Cuando la puerta de la habitación se cierra tras las dos mujeres, sus bocas vuelven a buscarse. Vuelven a comerse a besos, mientras que caminan hacia la cama aun alborotada de la noche pasada.

Esra hace volcar a la española, dejándose caer sobre ella. Con premura, la turca despoja a Montse de su top, sonriendo al ver aquellos pequeños y erguidos pechos. Sus manos los cubren, los recorren con suavidad, para luego jugar con sus pezones.

Con las pulsaciones a mil, Montse introduce sus impacientes manos bajo el top deportivo de Esra. En el intervalo de un nuevo beso el top de la turca desaparece. Las manos de Esra abandonan los pechos de su compañera para descender ansiosas hacia el sexo de esta. Con celeridad rebasa la cintura del pantalón elástico. Un profundo jadeo escapa de la boca de Montse cuando los dedos juguetones de Esra abordan su clítoris, abandonándose al placer que esta le genera.

Mordiéndose el labio inferior, Montse intenta recobrar el control de su mente. El placer con el que está disfrutando es colosal. Una sensación de la que lleva tiempo sin disfrutar. No obstante, sabe que una sesión de sexo debe ser mutua. Retomando el control dirige sus manos hacia el pantaloncito de Esra, arrastrando la licra por el cuerpo de esta, para dejar la piel morena libre de ataduras y dispuesta para sus caricias.

-¡Shiiiiiiiiiii!- espeta Esra cuando la mano ansiosa de Montse roza su vulva-... ahora es tu turno. Le susurra al oído, sin interrumpir la presión sobre el clítoris de la española.

Montse jadea y obedece. Su carácter es siempre enérgico e impetuoso. Siempre ha sido una mujer de bandera, con ideas claras. Solo la pasión sexual le hace sucumbir a su fuerte fortaleza.

Acurrucadas en la revuelta cama de Montse, las dos mujeres reposan tras la espectacular jornada que han vivido. Esra enreda sus dedos entre los rizos alborotados de Montse.

-Ha sido maravilloso- susurra Montse-... pero esto no puede volver a repetirse- sentencia, girando su cuerpo para enfrentar a su compañera cara a cara-... Memeh es muy buen tío. No quiero hacerle a él lo que me hizo mi ex – confiesa.

En el rostro de Esra se dibuja una amplia sonrisa que deja a Montse muy confundida.

-Memeh y yo tenemos una relación abierta. Practicamos el poliamor- confiesa la turca, acariciando el rostro serio de la española.

-¿Poliamor?

-Mantenemos relaciones con otras personas. Personas que ambos aceptamos. En nuestro caso, personas que nos atraen a ambos.

-Pero...

El dedo de Esra frena la alegación que Montse está dispuesta a ofrecer. Ella siente que han traicionado la confianza del hombre. De un buen hombre.

-Memeh estaría deseoso de unirse a nosotras.

UN GRANO NO HACE EL GRANERO, PERO AYUDA AL COMPAÑERO

Como en muchos establecimientos públicos, la posada se reinventa. Durante los fines de semana, la cocina de la posada elabora ricos manjares tradicionales, tanto de la cocina española como de la italiana.

Algo que también cambia, es la forma de realizar las compras. Los productos perecederos se siguen comprando de los proveedores locales, aún así, las compras por internet se acentúan. Los repartidores de mensajería visitan la posada con frecuencia. Especias, procedentes de Italia. Libros. Prendas y accesorios deportivos...

Montse atiende al joven repartidor de esa mañana. Cargada con todos los paquetes recibidos camina hacia la cocina. Entre sus brazos lleva un paquete mediano, a nombre de Esra. Dos menos voluminosos, uno para ella y otro para Morgan y uno pequeño a nombre de Marla.

-Hermana, tienes un paquete- le dice, irrumpiendo en la cocina con una sonrisa burlona.

Su hermana le mira incrédula. Ella no ha comprado nada por internet. Montse sonrío burlona. Ella conoce el contenido del pequeño paquete. Ella ha sido la artífice de esa compra.

Marla detiene sus manos enharinadas para prestar atención a los comentarios de su hermana.

-Yo no he pedido nada- apunta.

-Pues aquí pone Marla Picón- señala Montse con tono burlón.

-Ábrelo- le pide a su hermana, alzando las manos manchadas para recordarle que está amasando pan con una de las recetas de Marcela.

Una llamada entrante frena la conversación de las hermanas. Incrédula, Montse acepta la llamada de Estefanía, preguntándose si habría problemas con el negocio, después de esos meses fuera.

Despreocupándose de las cajas del repartidor, Monte camina hacia el salón mientras conversa con su antigua compañera de universidad.

Queriendo satisfacer la curiosidad que ese paquetito le ha generado, Marla se limpia las manos con el paño de cocina. Con visible escepticismo, coge el paquete entre sus manos. Lo alza a la altura del oído y lo agita, pero lo que hay en el interior está bien sujeto. Nada se mueve.

Rompe el precinto con la punta de un cuchillo y abre los laterales de la caja marrón. Increíble, descubre una nueva caja en el interior. En esta hay estampado un pintalabios con la barra de color en tono rosáceo.

“¿Un pintalabios rosa?”, se pregunta mentalmente.

Eso ha tenido que ser un error. Nunca ha usado un tono similar para maquillarse. Rojos, granates e incluso marrones. Nunca rosa.

Igual de asombrada abre la caja donde se esconde la barra de labios. Se sorpresa aumenta cuando el objeto del interior está sobre sus manos. Aquello no es una barra de labios. Parece un artículo de broma, de juguete.

-¿Qué carajo es esto?- se pregunta a sí misma, mirando aquel objeto con incompreensión.

-Un vibrador- le susurra una voz masculina al oído.

Sumida en su ensimismamiento, Marla no ha notado que Morgan ha entrado en la cocina en busca del paquete que sabe ha llegado para él. Al verla tan absorta ante ese juguete sexual, ha decidido sacarla de dudas.

Al sentir la voz de este, tan próxima, y más aún al escuchar el nombre de los que tiene entre sus manos, el acto reflejo de Marla es soltarlo. Afortunadamente Morgan lo rescata de un seguro golpe contra la encimera. Manteniéndose a la espalda de ella, pasa sus trabajados brazos hacia la parte delantera de ella. Con el juguete sexual alzado a la altura de la cara de ella, Morgan rota la parte negra del accesorio, para hacerlo vibrar.

-Con este juguetito, y buena compañía, puedes llegar a un fabuloso orgasmo.- Le ronronea al oído.

Sintiéndose ridícula, alterada y turbada, Marla le quita ese artilugio de las manos. Gira el mecanismo para detener el zumbido que desprende y se gira hacia ese hombre que tiene el feo vicio de aparecer en los momentos menos adecuados.

-¿Necesitas alguna cosa de mi cocina? -Espeta ella en modo defensivo.

-Solo los documentos que han enviado desde Carlsbad- alega él, dando un paso hacia atrás para dejar espacio entre ambos.

Sin ganas de enredar, Morgan coge el paquete que va a su nombre y camina hacia la puerta que media cocina y salón. Bajo el quicio de la puerta se detiene, y sin girarse, dice en tono burlón.

-Si necesitas unas clasicitas, ya sabes en que habitación me hospedo.

Sin poder remediarlo, Marla hace una bola con el paño de cocina y lo lanza en dirección a ese tipo tan arrogante y creído.

Montse regresa a la cocina. Al presenciar aquel arrebato por parte de su hermana, alza las cejas.

-¿Qué carajo ha pasado?- pregunta con tono moderado.

-Esto- espeta su hermana recogiendo el vibrador con forma de pintalabios.

La sonrisa pícaro de Montse aclara lo que su hermana sospechaba desde el minuto uno. La autoría de la compra es suya, y solo suya.

-Tenía intención de darte unas instrucciones, pero veo que ya se ha ofrecido el pirata Morgan- dice con tono guasón.

Montse no pretende esperar a una respuesta de su irascible hermana. Recoge los paquetes que había abandonado sobre la mesa de la cocina, con intención de terminar de repartirlos.

-¿Qué quería Estefanía?- pregunta Marla antes de que su hermana desaparezca por la puerta hacia el salón.- ¿Va todo bien?

-Sí. Está muy contenta- responde, volviéndose hacia su hermana-... solo quería decirme que ha

pasado por la oficina una mujer con un bebé, preguntando por mí.

Una mueca burlona sustituye el semblante serio y crispado de Marla, para preguntar:

-¿Y?

-Y nada. Le ha dicho que ya no trabajo allí y le ha pedido un número de teléfono o dirección donde localizarme. Por eso me ha llamado, para saber si quiero que se lo de.

-¿A quién has dejado embarazada, hermana?- acusa burlona Marla.

-Jajaja- espeta Montse volviendo a girarse hacia la puerta-... anda, termina de amasar pan y aprovecha la privacidad del jacuzzi para probar tu nuevo juguete, que se te ve muy estresada-receta, abandonando la cocina.

LA SUERTE DE LA FEA, LA GUAPA LA DESEA

Cargada con el último de los paquetes, Montse camina escaleras arriba.

Las sesiones de gimnasia se han visto mermadas durante los últimos tres días. La pareja con quien comparte esos buenos momentos gasta la mayor parte de las horas enclaustrados en su habitación. El trabajo pendiente les tiene absortos en cuerpo y mente. La interacción con el resto de los convivientes de la posada se ha reducido, durante estos últimos días, a las horas de las comidas. Siempre sumándose los últimos y retirándose los primeros.

No ha habido ninguna señal que haga pensar a Montse que aquella magnífica sesión de sexo con Esra haya generado cualquier tipo de problema entre la pareja. Pese a todo, ella siente un extraño resentimiento.

Tras la puerta de la habitación Orquídea se perciben notas musicales, algo bastante común en la pareja que habita en su interior. Tras sopesar unos segundos que hacer, Montse golpea suavemente la puerta. Sin escuchar un “quien es”, la puerta se entreabre. Por la rendija abierta entre la lámina de madera y el marco, se cuele la luz nublada de esa mañana.

-Ha llegado un paquete...- comunica Montse a la nada, sin atreverse a empujar la puerta... para Esra.

De pronto, de detrás de la puerta asoma la cara sonriente de la dueña del paquete. Por la estrecha abertura, que en esos momentos se ensancha, el brazo desnudo de la joven atrapa el brazo de Montse, arrastrándola hacia el interior de la habitación.

La escasez de ropa, por parte de Esra, que viste con un escueto tanga negro, y el ruido de fondo, que proviene de la ducha, pone nerviosa a Montse. En el mismo instante en el que la impulsiva turca atrapa a la española entres sus brazos, con la clara intención de besarla, Montse se echa un paso para atrás.

Una mirada de incompreensión se refleja en la pasmada Esra.

-¡Memeh”- espeta Montse con los ojos abiertos como platos.

Realmente se muere de ganas por besar esos carnosos y tentadores labios. Ansía volver a revivir aquellos apasionados momentos de sexo con ese exuberante mujer. No con su pareja a solo unos metros de ellas. No en la misma habitación que aquel.

-No te puedes imaginar las ansias que tenemos, los dos, de poder estar contigo- le susurra Esra con seguridad, antes de apoderarse de la boca de la aturdida española.

Por la entrega inmediata de Montse, ante ese apasionado beso, su compañera deduce que ese anhelo había sido mutuo. Tras ese primer beso vienen algunos más. El ambiente se caldea segundo a segundo. Incapaz de ofrecer resistencia, Montse alza los brazos para que Esra le despoje de la camiseta de tirantes que lleva puesta, dejando al descubierto sus pechos. Unos pechos que rápidamente son abordados por una boca hambrienta. Succionando los pezones de la española, la turca desabrocha uno a uno los primeros botones e la falda tejana de su compañera, hasta que esta cae al suelo por inercia.

Desde la puerta del baño, Memeh, cubierto tan solo con una toalla rodeando sus caderas, es testigo de la pasión con la que las dos mujeres recorren el cuerpo de la otra. Durante unos minutos contempla a las dos mujeres. En el mismo instante en el que nota crecer una erección bajo la toalla, sabe que ha llegado su momento. Sin desviar la mirada de la excitante escena se despoja de la toalla y camina hacia ellas.

Esra le recibe con fuego en la mirada y mordiéndose el labio inferior. Memeh marca pequeños círculos con los dedos de las manos, recorriendo en descenso las espaldas de las dos mujeres. Intermitentemente riega el cuello y hombro de una y otra, con sensuales besos.

En bloque, sin detener los apasionados besos y caricias, los tres caminan hacia la cama. Sin interrumpir los ansiosos besos que las dos mujeres se ofrecen, Esra dirige la situación. Tumba a Montse sobre el colchón. Las manos de Memeh arrastran el tanga de la mujer tumbada y le abre las piernas. Su mujer se coloca sobre la española, volviendo a apresar aquellos pezones erectos entre sus labios. Su mano izquierda le sirve de soporte, para no caer sobre el cuerpo de su compañera, mientras que la mano derecha se pierde entre los labios de la vagina de esta, permitiendo el acceso directo a su clítoris.

Los movimientos que Esra realiza en el cuerpo de Montse, se repiten en su cuerpo, siendo Memeh quien la estimula, quien juega con su sexo. Pocos segundos después, las dos mujeres jadean de placer, de excitación.

-Voy a follarte, habibi- susurra Memeh en la nuca de Esra.

Deseosa de ello, la joven abre sus piernas. Aflojando la presión en el clítoris de Montse, atrapa el erecto pene de su pareja, conduciéndolo hacia la apertura de su anhelante vagina. En el instante en el que el pene de Memeh invade su húmedo sexo, Esra introduce su dedo corazón en la húmeda vagina de Montse. Un intenso suspiro escapa de la garganta de la española. Un suspiro que se intensifica al notar como otro dedo, esta vez más grande y vigoroso, se hace sitio en su sexo. Las investidas de Memeh, hace que las dos mujeres jadeen de placer hasta alcanzar sendos orgasmos. Justo después, él se aferra a las caderas de su mujer para bombear dentro de ella con fuerza, hasta alcanzar su propio orgasmo.

HAZ EL BIEN Y NO MIRES A QUIEN

Aprovechando la tranquilidad que parece reinar en la posada, Marla, sorprendentemente, ha seguido el consejo de su hermana. Con los fogones apagados y la comida preparada, poco más tiene previsto para esa mañana.

Marcela y Fabrizzio son los encargados, esa mañana, de acercarse al pueblo. El arrogante americano se ha encerrado en su habitación con esos documentos que estaba esperando desde hacía días y Montse, Esra y Memeh... prefería no pensar en que estarían haciendo esos tres. Para Marla, el tonto que esos tres se traen desde el principio del confinamiento, es algo descarado, arriesgado. Hacía tiempo que había dejado de entrometerse en los romances/relaciones de la alocada de su hermana.

Encerrada en su habitación Marla se comporta como una fiera enjaulada. Las sugerencias de su alocada hermana retumban en su cabeza, instándola a coger aquel regalo y estrenarlo.

Nunca ha utilizado juguetes sexuales. Nunca ha la necesidad de ellos. Siempre se ha sentido satisfecha. No va a engañarse a sí misma, sabe que su hermana pequeña es mucho más experimentada que ella en el ámbito sexual. Montse ha sido una persona curiosa y con inquietudes. No se conformó con su primera relación sexual. De haberlo hecho, nunca hubiera descubierto su atracción por las mujeres.

Tras su ruptura con Pedro Ventura muchas cosas han cambiado en su vida. ¿Quién le iba a decir que acabaría trabajando en las cocinas de una posada? Nadie. Ella siempre se había sentido muy bien trabajando como secretaria. Ha trabajado duro e invertido algunos años en llegar hasta donde había llegado. Sin embargo, ahí estaba, entre fogones y satisfecha. Mucho más que cuando trabajaba tras un ordenador. Conviviendo con su hermana. Rodeada de animales. Probando nuevas experiencias.

“¡Qué más dará probar una nueva experiencia más!”, se dice a sí misma, extrayendo ese juguete sexual de su envoltorio original.

Intentando recordar hacia qué lado girar la parte negra del pequeño juguete, Marla lo manipula. Tan pronto como ese peculiar pintalabios comienza a vibrar, el pequeño aparato vuela de entre sus dedos hacia la cama. Como si quemase.

Horrorizada se tapa los ojos. El leve zumbido le hace morderse el labio inferior. Presurosa vuelve

a rescatar ese trasto infernal para apagarlo, no sea que su zumbido se escuche tras esas paredes. Apagado, lo abandona nuevamente sobre el colchón.

Queriendo sacar de sus pensamientos la posibilidad de estrenar ese pequeño juguete, camina hacia la cómoda. Del cajón más bajo saca un bikini turquesa y camina hacia el lavabo. La única sugerencia que piensa seguir es la de aprovechar la intimidad y tranquilidad del jacuzzi de la habitación Mimosa. Esa es una de las nuevas experiencias de esa nueva etapa de su vida que le ha cautivado desde el minuto uno.

Ataviada con una ligera camisa sobre el bikini, se dispone a regresar al interior de la posada. Al llegar a la altura de la puerta se detiene, Cierra los ojos y aprieta los labios.

-¡De acuerdo!- se dice a sí misma, volviéndose rápidamente para rescatar de sobre la cama ese ridículo regalito.

Al finalizar el tramo de escaleras que lleva al largo pasillo donde se distribuyen las habitaciones, Marla rescata, del pomo de la baranda, una goma de pelo roja. Desde el momento en el que ambas hermanas acordaron disponer de esa habitación para su disfrute, también acordaron usar ese coiletero como señal identificativa para indicar que el jacuzzi está ocupado.

Apretando la toalla que lleva consigo, donde ha ocultado su juguete sexual, la joven desliza el pequeño coiletero por la maneta de la puerta. Entra tan presurosa que no repara en que esa señal acordada se desliza hasta el suelo mientras que ella cierra la puerta a su espalda.

La sensación de nerviosismo se enfatiza al percibir unos acordes dentro de la estancia donde ella se acaba de encerrar. Unas notas musicales tenues, que provienen de la zona donde se esconde el jacuzzi.

¿Quién puede estar disfrutando del burbujeante y relajante baño? ¿Puede Montse haberse olvidado de avisar su presencia! ¿Fue ella quien acordó la señal!

Curiosa y contrariada, Marla asoma la cabeza por el arco de la puerta. La boca se le abre de asombro al descubrir a Morgan sentado en el interior del burbujeante jacuzzi, con los ojos cerrados y los brazos abiertos en cruz, reposando la cabeza sobre el borde redondeado de la pequeña piscina interior.

“Debería estar prohibido ser tan sexy”, se dice Marla mentalmente, al repasar nuevamente a ese musculado y atractivo guiri que la saca de sus casillas con demasiada frecuencia.

La joven sacude la cabeza. No está dispuesta a dejarse guiar por el aspecto de nadie.

“Olvídate”, se regaña mentalmente.

-¿Puede saberse qué haces aquí?- espeta ella, apretando la toalla sobre su pecho.

Pausadamente, ese hombre que tanto la saca de quicio, abre los ojos.

-Adivina- responde él con una sonrisa irónica instalada en su rostro.

-Pero...

-Frozen, no hay peros- le corta él, sentándose más erguido en el interior del jacuzzi- ... la habitación está vacía. No hay previsión de nuevos huéspedes... Y tengo el mismo derecho que vosotras dos- matiza.

Marla no esperaba una respuesta tan tajante. Ni tan segura. Su boca se abre y se cierra mientras su mente busca un alegato que le sirva para sacarlo de ahí.

-Es suficientemente grande para los dos- alega Morgan, instándola a hacer lo que le había llevado hasta esa habitación.

La duda se refleja en el rostro de la mujer. Es cierto que su principal motivo es el de disfrutar de un relajado baño. Ha llevado consigo el pintalabios vibrador creyendo tener privacidad. Mentalmente Marla se autoconvence. Se merece ese fabuloso privilegio. Al encontrarse a ese arrogante hombre haciendo justo lo que ella deseaba no debe de ser más que una señal para dejar de lado ese tonto juguete.

Tras unos segundos de cavilación opta por armarse de valor. Que el pirata Morgan esté disfrutando del maravilloso privilegio del jacuzzi no es razón suficiente para privarse ella de su recompensa.

Con paso seguro camina hacia el borde de la pequeña piscina. En el lado opuesto al de él, se detiene. Se descalza y deposita la toalla sobre el suelo, con sumo cuidado de que no sobresalga lo que lleva escondido en su interior. Sin retirar la mirada de esos ojos azules que la observan con determinación y una chispa de maldad, se despoja de la camisa, dejándola caer a sus pies.

Con pausa moderada se acerca al borde de la piscina y toma asiento. Con los dos pies en remojo, Marla se sujeta al borde para terminar de entrar en el agua, cuando escucha:

-¿Vestida?- pregunta Morgan con tono guasón.

-¡Pues claro!- responde ella tajante. Como si esa fuese la única opción.

La mirada pícaro y el gesto burlón de él le turban. A su mente viene una opción que espera no sea cierta. Dos segundos después sabe que su hipótesis es una verdad como un templo. Desde su posición un descarado Morgan saca su mano derecha del agua para alzar su bañador, tirado en el suelo, junto con el resto de sus pertenencias.

-Pe-perooo...

-Quien me iba a decir que iba a estar acompañado- alega él ante cualquier comentario- ... te aseguro que así sabe mucho mejor.

Durante unos segundos, que a ella se le hacen eternos. Ambos se retan con la mirada. Ninguno quiere dar su brazo a torcer. Morgan no piensa cubrirse. Marla no quiere esa desigualdad.

-Podrías ponerte algo- dice ella, rompiendo el duelo.

-Quitártelo tú- apostilla él, con toda la intención de provocarla.

Nuevamente el duelo de miradas se instala entre ellos. Un silencio que se rompe con una carcajada forzada por parte de él.

-Frozen, ni desnuda puedes caldear estas aguas- le dice, sarcástico.

-¡¡¿Perdoooooona?!!!

-Congelas el ambiente.

Los ojos de Marla se achinan. Con la mirada clavada en ese tipo tan insolente, aprieta los labios. Sin desviar ni un milímetro la mirada de los ojos de él, las manos de ella se pierden bajo el agua. Su cuerpo se mueve sin perder la posición. Instalando una sonrisa, tan irónica y burlona como la

de Morgan, extrae de bajo el agua la mano derecha, portando entre sus dedos la braga de su bikini.

-¡Woooo!- espeta Morgan, entre asombrado y escéptico.

Con una mueca de burla, Marla arruga entre sus dedos la braga de su bikini, hasta convertirla en una bola que rápidamente le lanza a ese impresentable a la cara. Morgan la rescata al vuelo. Acerca la prenda a su cara y le da un leve y rápido beso.

-¿Ya está?- pregunta con picardía.

Volviendo a achinar los ojos, Marla separa su cuerpo unos milímetros de la pared, proporcionando espacio suficiente para que sus brazos tengan acceso a las lazadas de la parte de arriba del bikini. Con decisión tira de las dos puntas y deshace el lazo de la espalda. Seguidamente sube las manos a la altura del cuello, para repetir la misma operación. Tiene la tonta costumbre de anudar esa parte, y el tirar de las cuerdas no le sirve.

Al notar el problema con el que está batallando, él se apresura a romper la distancia entre los dos para ayudarla con el nudo.

Sin poder resistirse Morgan ayuda a caer la pequeña prenda, acompañando el recorrido de las cintas con sus manos, acariciando así los brazos de Marla. Las miradas siguen clavadas en el otro. Sus respiraciones se acentúan.

-Frozen, eres preciosa- susurra él con su cara muy próxima a la cara de ella.

-Serás...- intenta protestar ella.

Pero el dedo índice de Morgan se posa sobre los labios de Marla.

-Voy a derretir ese hielo- susurra él, aproximando su boca a la de ella.

Al notar aquellos sensuales besos sobre sus labios, Marla cierra los ojos. Alza el brazo derecho con la clara intención de apartar a ese engréido de su persona. Morgan profundiza ese beso. Saborea los labios de esa impertinente mujer hasta que le hace caer las barreras. Ella desiste. Acepta ese beso. Se suma al ritual. Se entrega. Profundiza en la boca de él. Este desliza sus manos por el cuerpo de la entregada chica, descendiendo desde sus pechos hasta la cara interna

de sus piernas.

-¿Quieres estrenar tu juguetito?- ronronea Morgan a pocos centímetros de la boca de ella.

-¿Cómo?- logra decir ella.

Al escuchar esa proposición Marla cree que el placer de ese encuentro le está haciendo perder hasta la capacidad de la audición.

Un rápido movimiento de Morgan capta la atención de ella. La joven desvía la mirada hacia la mano de él, que está hurgando entre los pliegues de la toalla que ella ha llevado consigo.

-Deberías aprender a ocultar mejor tus cosas- susurra, plantando delante de la cara de la asombrada Marla el pintalabios vibrador.

Al sentirse descubierta ella aprieta los ojos y se muerde el labio. Por su mente pasa un mar de dudas. Mentalmente se llama tonta. Siente cierto pudor al cuestionarse qué pensará él. Sentirse descubierta le hace perder la fogosidad que ese hombre había desatado en cuestión de segundos, dejando aflorar a la Frozen a la que Morgan tanto apela. Él percibe todas esas emociones al notarla tensa.

-Darling- le susurra al oído- podemos seguir sin el- añade con gesto serio, soltando el pequeño juguete sobre la toalla.

Al descubrir la presencia de ese tono burlón tan característico de ese apuesto hombre, Marla se deja besar una vez más. Con pequeños besos Morgan vuelven a encender esa pasión de la que ambos habían comenzado a disfrutar. Sus ávidas manos vuelven a perderse bajo el agua. Acaricia con ansia los muslos de ella, hasta introducirlas por la cara interna de sus muslos, haciéndose un hueco en el que poder tener mayor movimiento.

La respuesta de Marla es inmediata. Un sonoro suspiro escapa de su garganta. Quiriendo no perder el control, ella sumerge su mano derecha en el agua, en busca del pene de ese hombre que le está haciendo enloquecer. Se muerde el labio al notar el grosor de ese miembro viril entre sus manos. Nada que ver con el insípido Pedro Ventura, por muy bueno que hubiera sido en la cama.

-No tengas tanta prisa, my Darling- le dice él frenando los movimientos energéticos que ella había comenzado a hacer alrededor de su erguido pene.-... me tienes ardiendo desde el primer día que te conocí.

Ella está dispuesta a protestar. Morgan lo lee en su mirada. En su lugar, de su garganta escapa un nuevo gemido, el ocasionado por el placer de sentir como él hunde uno de sus dedos en el interior de su vagina.

-No-no tengas pri-prisa- acierta a decir ella.

Una mueca de incertidumbre se refleja en el rostro de él. Siempre había sido infalible con las mujeres. Ninguna se le había resistido tanto como lo había estado haciendo Marla. A ninguna le había causado un rechazo inicial.

Una mueca burlona se instala esta vez en el rostro de ella. Ahora el descuadrado era él, y le gusta ser ella la causante. Esa situación le hace sentirse bien. Sentirse empoderada. Ampliando su sonrisa, alcanza la mano izquierda hacia el exterior del jacuzzi. Con decisión rescata el vibrador de sobre la toalla, un gesto que a Morgan le devuelve la sonrisa.

-¡Uhhh!, ¿dónde está Frozen, Baby?- pregunta él con tono guasón.

Cogiéndola de las caderas la alza hasta el borde del jacuzzi. Presuroso se sitúa entre las piernas de ella, mientras dice:

-Abre las piernas y disfruta. Pronto estarás pidiéndome que te folle.

-Condón- espeta Marla.

-¿Qué?

-Un preservativo. ¿Tienes preservativos?

Con un rápido movimiento Morgan cruza al extremo del jacuzzi donde había abandonado sus pertenencias. Del bolsillo trasero de su pantalón saca su cartera y de esta extrae un preservativo, el que lleva siempre para casos de emergencia.

-Échate un poco para atrás y abre bien las piernas- le insta él tras rasgar el envoltorio del preservativo y dejarlo preparado, en espera del momento optimo.

Marla obedece sin un atisbo de duda. Lo que hacía una hora le hubiera parecido una estupidez, ahora lo ansía. Cuando a sus oídos llega el primer zumbido del pequeño juguete sexual, ella

entorna los ojos y echa la cabeza hacia atrás, dejándose envolver por las sensaciones que siente en su húmedo sexo.

La temperatura del cubículo, donde se cobija el jacuzzi y la pareja, sube rápidamente.

A lo lejos, fuera de la habitación Mimosa, alguien dice, a voz en grito, el nombre de Marla. Las voces se acercan. Montse sube las escaleras, demandando la presencia de su hermana.

Atropelladamente Marla se incorpora. Morgan intenta sugerir que se relaje, recordándole que ahí disfrutan de intimidad, cuando la puerta de la habitación se abre y la voz de la pequeña de las Picón irrumpe en la supuesta intimidad.

-¡Marla! ¿Estás aquí?- pregunta Montse desde la puerta.

Al detenerse bajo el quicio de la puerta nota que está pisando algo. Levanta el pie y descubre bajo sus deportivas el pequeño coiletero rojo que usan para anunciar su presencia en el jacuzzi dentro de esa habitación.

-¡Marla!- insiste.

Solo ellas dos conocen esa señal. Si el coiletero está en el suelo, quizá su hermana esté dentro.

-¡Voyyyyyyyyy! Voyyyyyyyyy-dice Marla con voz apurada.

Del suelo rescata la camisa con la que había llegado hasta allí. Con gestos le pide a Morgan paciencia, que espere. Sabe que su hermana no se va a ir de allí.

-¡Ya era hora!- exclama Montse alzando las manos, cuando ve aparecer a su hermana por la puerta que separa la habitación de la intimidad del jacuzzi-... ¡Uhhhhhhh! Tu cara me dice que lo estabas pasando muyyyyyyyy bien. ¿Qué tal con tu Iroman?- le pregunta burlona.

-¿Iroman?- repite Marla, abotonando los botones de la camisa para cubrir su desnudez.

Burlona, Montse se limita a imitar el ruidito que produce el consolador que le ha regalado a su hermana. La cara de hastío de Marla responde lo que su boca calla.

-¿Qué requiere tanta urgencia?- pregunta la mayor de las hermanas, dispuesta a no dejarse liar por las provocaciones de su alocada hermana.

-Te has dejado el móvil en la cocina. Te están entrando mensajes por un tubo. Sin contar con la de veces que la pobre Marcela te ha estado llamando-... le informa-... le he pedido que me diera diez minutos para poder localizarte. Hay un problema con el pedido- apunta Montse, comenzando a caminar hacia el pasillo.

Mordiéndose el labio inferior para reprimir el bufido de impotencia que lucha por salir de su interior, Marla asume que lo que su hermana ha interrumpido debe esperar. Muy a su pesar. Sin detenerse a mirar hacia atrás, sigue a su hermana escaleras abajo. El sonido del teléfono móvil de Marla vuelve a sonar. Esta intensifica el paso. No quiere hacer esperar a Marcela.

-Hermana, Marcela te va a llamar al fijo- le apunta Montse-... ese puede que sea el soso de tu ex jefe, que también lleva rato intentando localizarte.

Al escuchar ese último apunte, Marla da un paso en falso. Intenta sujetarse a la baranda. Su mano no alcanza con firmeza suficiente el peldaño. Impotente, Montse ve a su hermana rodar por los últimos escalones. Morgan baja presuroso las escaleras, hasta llegar donde están las dos hermanas. Marla se queja de dolor en la pierna derecha mientras Montse no para de maldecir por sentirse culpable por haber hecho que su hermana acelerase el paso sin haberle dado un respiro para secarse después de un baño relajante.

-¡Joder! ¡Te duele?- dice Montse, agachándose para estar a la altura de su hermana.

-Un poco- responde Marla intentando levantarse.

Un profundo quejido escapa de la garganta de la hermana que está tirada en el suelo. Con calma Morgan se posiciona delante del tobillo dolorido. Las dos hermanas intercambian miradas. Marla, preguntándose si su hermana comenzaría a hacer conjeturas. Montse, asombrada por la rápida capacidad de reacción del fornido americano. Ajeno a las miradas de las dos hermanas, el hombre aplica una exhaustiva palpación de la zona de la que la mayor de las hermanas se queja.

-No hay nada roto- sentencia él.

A pesar del diagnóstico, cuando él posa sus manos en la zona del tobillo, para Marla es imposible contener un alarido de dolor.

-Puede que sea un esguince- añade Morgan con seguridad.

-Hay que llevarte a un hospital- apostilla Montse-... Marcela y Fabrizzio se han llevado la furgoneta. Tendré que coger tu coche- organiza la menor de las hermanas-... Morgan, ¿puedes llevarla hasta el coche?

-Claro- acepta él encantado.

-¡Calmaaaaaa!- pide la lesionada.

Sus dos acompañantes estaban asumiendo unos roles que, si bien agradece, están obviando su opinión. Sus necesidades.

-¡No quieras hacerte la valiente! No es eso lo que tanto me repetías cuando la del esguince era yo- le recuerda su hermana-... Vamos a ir al hospital. Y vas a hacer reposo.

-Necesito un minuto- pide Marla, intentando controlar sus ganas de chillar.

Cuando su hermana pequeña se pone en modo “mami protectora” es insufrible.

-¿Qué necesitas ahora? ¿Ir al lavabo?

-Unas bragasssss- responde Marla, provocando la risa de quienes le acompañan.

DONDE MANDA CAPITÁN, NO MANDA MARINERO

Con la pierna vendada y un obligatorio reposo, Marla se ve obligada a delegar en Marcela todas las labores culinarias.

Durante los primeros días, la joven disfruta de un placer que solo se había podido permitir en su época estival. Levantarse tarde. No tiene ningún sentido madrugar cuando su tarea se reduce a hacer reposo. Postrada en su cama, la convaleciente mujer afina el oído cuando los dos paseadores de perros salen por la mañana temprano. Escuchar la voz de Morgan ya no le parece tan cargante y prepotente como la había tildado hasta dos días antes, antes de aquellos momentos tan íntimos que intercambiaron en el jacuzzi de la habitación Mimosa. Con los ojos cerrados revive aquellas sensaciones que ese hombre logró despertar en ella.

Por su parte, Morgan anda buscando el momento para volver a cruzarse con su Frozen particular. Han dejado encendida una llama que le impide descansar por las noches. Es cerrar los ojos y volver a sentirse en el jacuzzi, con esa maravillosa mujer frente a él, abierta de piernas. Solo de pensarlo su pene se hincha, reclamando su turno. Un turno que se vio interrumpido y aplazado con el accidente de Marla.

Al regresar de su paseo matutino con Florence, como cada mañana, el joven americano se asegura de que el bebedero de los perros esté lleno. Rellena el comedero de su fiel compañero antes de sacar del cobertizo las cuerdas y pesas que usa para sus ejercicios matinales. Al cruzar por la ventana de la habitación de Marla, escucha su voz. La mujer está hablando por teléfono, confesando su aburrimiento a quien le escucha por el otro extremo de la línea.

Al escuchar esa confesión, Morgan detiene su paso, cuando escucha a la mujer despedirse y finalizar la conversación. Sin cavilar, él abandona sus útiles de deporte bajo la ventana. Con paso ligero y presuroso sube hasta su habitación. Sobre la butaca descansa la toalla que ella había llevado al jacuzzi aquella mañana en la que el hielo entre ambos se rompió. Sobre la toalla, el bikini turquesa y el pequeño vibrador. Sonriente coge las pertenencias de la mujer y vuelve sobre sus pasos, guardándose el juguete sexual en el bolsillo del pantalón de deporte.

Con unos golpes seguros anuncia su presencia en la puerta entreabierta de la habitación de Marla. Suponiendo que quien llama es su hermana, con el desayuno, la mujer permite el paso. Al ver a un risueño Morgan cruzar la puerta de su habitación, los ojos de la convaleciente se abren de asombro. No se han visto desde la mañana que el corpulento americano le había llevado al hospital. En la soledad de su habitación había recreado una y mil veces algunos de los momentos que ambos había vivido ante de su tonto accidente: los apasionados momentos en el jacuzzi. Las maravillosas sensaciones bajo el influjo del pequeño vibrador. Y el incómodo episodio vivido para serse provista de ropa interior antes de llegar al hospital.

-He decidido traerte tus cosas- argumenta Morgan, mostrando las pertenencias de ella sobre sus manos.

Él deposita la ropa de Marla sobre la silla que hay cerca de la puerta. Se acerca a la cama y se agacha para situarse a la altura de ella. Mirándola a los ojos, fijamente. Sin desviar la mirada de esos labios que desea volver a besar, pasa su mano derecha por el rostro de ella, rozando sus labios con los dedos.

-Olvidaste esto- dice Morgan, esbozando una sonrisa burlona.

Del bolsillo de su pantalón extrae el pequeño vibrador con forma de pintalabios. Con la palma de la mano abierta, expone el pequeño juguete sexual, delante de la cara de Marla. Una pequeña curvatura aparece en los labios de la chica.

Tras la puerta cerrada de la habitación se escucha la voz cabreada de Montse. Ella ha dejado la puerta entreabierta y ahora está cerrada. Expresa en voz alta la esperanza de que su convaleciente y cabezota hermana no haya desobedecido sus órdenes y no se haya levantado para cerrar la puerta. Haciendo malabares para no volcar parte del contenido de la bandeja del desayuno, la menor de las Picón abre la puerta.

-¡Marlaaaaaa!- entra diciendo, con intención de regañar a su hermana mayor.

Una regañina que se frena en cuanto ve que su hermana no está sola en la habitación, que ese americano, del que no puede desviar la atención cuando este realiza sus ejercicios delante de la cocina, esta junto a la cama de su hermana.

Con la velocidad de un rayo, Marla rescata de la mano de Morgan ese pequeño instrumento sexual y lo esconde bajo los cojines donde está apoyada.

El gesto de mosqueo que se había apoderado de Montse muda a burlón cuando su mirada y la de

su hermana se encuentran,

-Aquí traigo tu desayuno. Marcela está disgustada. Dice que tu tarta de zanahoria no le ha salido como a ti- dice Montse, acercándose a la cama de la que Morgan se levanta.

-Tengo que hacer mis ejercicios antes de probar la tarta de Marcela- dice él a modo de excusa.

Con la presencia de la hermana pequeña, sus intenciones se enfrían. Cuando la puerta se cierra y deja a solas a las dos hermanas, Montse dedica una mirada inquisidora a su hermana mayor. Sin decir palabra coloca la bandeja sobre la cama, en la mesita para desayunar en la cama. Sin cavilar, y pillando a su hermana por sorpresa, hunde la mano derecha bajo el cojín donde ha visto a su hermana esconder algo con mucha urgencia. Solo con el tacto de objeto adivina de que se trata.

-¡Woooo!- espeta, alzando la mano y dejando al descubierto su hallazgo-...¿Ibas a usarlo con el pirata?- añade, más escéptica que sorprendida-...No- se responde a sí misma.-... tú sabías que yo había ido a por tu desayuno. ¿Qué ha pasado que yo no sepa?

Marla pone los ojos en blanco. De un manotazo le quita a su hermana el pequeño vibrador para volver a ponerlo en su escondite.

-¿Cuándo lo has estrenado?- insiste Montse.

-No lo he estrenado.

- Y yo voy y me lo creo.... Si no, a cuenta de qué vas tú a sacar a tu Iroman delante del pirata- insiste Montse.

Conoce a su hermana. Demasiado bien.

-Nos interrumpiste,... el día de mi accidente- responde Marla.

La imaginación de Montse está reviviendo una versión de lo interrumpido aquella mañana,... incluso hace unos minutos.

-Nos interrumpiste en el jacuzzi...

-¿En el jacuzzi? ¿En la habitación Mimosa?- interrumpe Montse.

-Sí. El señor Carrillo es muy despierto y nos había descubierto hace semanas. Las mismas que él lleva disfrutando de los beneficios de esa habitación- aclara Marla- ... yo me fui allí para disfrutar de un baño y...

-¿Y?

Marla hace un gesto, alza las cejas, esperando no necesitar dar más explicaciones.

-¡Woooo! Iba a enseñarte a usarlo tal y como dijo- dice Montse, sin molestarse en esconder su gesto de asombro-... ¡Esto promete! Cuenta, cuenta- añade, fingiendo cruzar los laterales de una bata de estar por casa ficticia.

Montse y sus tonterías. Marla pone los ojos en blanco antes de comenzar a contar a su hermana la corta historia que ha habido entre Morgan Carrillo, ese pequeño Iroman y su persona.

LAS CUENTAS CLARAS Y EL CHOCOLATE ESPESO

Durante dos días Morgan intenta coincidir con la joven convaleciente. Tarea ardua e imposible. La colaboración de Marla se hace indispensable para la mujer italiana. Con la lesión de la joven cocinera, los pedidos que se tienen que fraguar entre fogones sobrepasan a la mujer, quien

todavía no ha perfeccionado su labor en lo referente a la cocina española.

Observadora, Montse es consciente de los intentos de acercamiento por parte del americano hacia su hermana. Por ello, cuando finaliza su sesión matutina de gimnasia con Esra y Memeh, al cruzar el patio y ver a ese fornido hombre hacer sus ejercicios, sin perder de vista la ventana de la habitación de su hermana, se hace la promesa de intervenir.

En el patio, el trío gimnástico se dispersa. Memeh cruza la puerta del salón, rumbo a su habitación y la ducha. Esra y Montse se adentran en la cocina. La joven turca camina directamente hacia la nevera. La sesión de esa mañana ha sido sofocante. El día se presenta caluroso. Necesita reponer fuerzas y sabe que durante estos últimos días, en la nevera puede encontrar un fresco y delicioso gazpacho andaluz, del que se ha enamorado locamente.

-¡Ooooooh! Marcela, no queda de ese delicioso gazpacho que has aprendido a hacer.- comenta desilusionada la joven, al no ver la gran vasija que usan las dos cocineras para su preparación.

-Cuanto lo siento bambina. Yo sono a punto de prepararlo- dice la mujer, señalando la cesta de hortalizas que Fabrizzio ha dejado a su espalda con los ingredientes necesarios para la elaboración del gazpacho.- La limonada está recién hecha. Y está deliciosa- sugiere

- Perfecto- acepta Esra sacando del interior del frigorífico una botella de cristal rellena de ese refrescante líquido transparente, con un ligero matiz del amarillento del limón- me subiré una botella a mi habitación. El resto de la mañana la voy a pasar tomando el sol en la terraza- apunta.

Su cometido en esa estancia de la casa ya está satisfecho. Para salir de la estancia toma el camino más largo. Retrocede su camino inicial hasta llegar a la altura de Montse, quien está preparando un par de tostadas en la tostadora. Acercándose a su espalda, susurra una propuesta:

-Memeh y yo vamos a jugar un ratito- susurra con voz sensual.

Sus palabras se acompañan con caricias no muy disimuladas por el brazo derecho de la española, hasta que separa su mano de la mano de ella para llevarla hacia el bote de mermelada de fresa que la joven tiene preparada para las tostadas que cada mañana prepara para su hermana.

-Yo estoy en esos días- dice Esra, mojado el dedo en la mermelada, para llevarlo hacia la boca de Montse-... y Memeh está ansioso. Esta vez, podría ser tu turno. Dejaremos la puerta entornada por si decides unirme- le dice antes de dejarla a solas con su tarea.

La insinuante proposición deja a la pequeña de las Picón cavilando. Pasar un buen rato, practicando sexo con la adorable y excitante Esra es turbador. Lo desea. Se mentiría a sí misma si lo negase. La insinuación final le hace entender que ese encuentro no se prevé con el final al que ella está acostumbrada. Las palabras de la turca dejan claro que es Memeh quien tendría sexo con ella. ¿Acaso Esra ha olvidado que ella es lesbiana? En los últimos encuentros con la pareja él ha intervenido. Ella se ha entregado por igual a los juegos sexuales de uno y del otro. No obstante, el final siempre ha sido culminado entre las dos mujeres o entre la pareja oficial, el matrimonio turco.

Todas estas cavilaciones se las plantea Montse mientras camina desde la cocina hasta la habitación de su hermana, sin apreciar su gesto pensativo.

-¡Uhhhhhh!, doña sonrisas con ceño fruncido, ¿ha pasado algo que quieras contarme?- dice Marla al ver entrar a su hermana sin su habitual sonrisa.

Ante tales palabras, Montse instala en su rostro esa sonrisa que siempre le acompaña, intentando sacar de su mente esa propuesta sexual.

-Su desayuno, señorita- le dice a su hermana, con ánimo de zanjar ese tema antes de que empiece.

Mientras Montse acomoda la bandeja del desayuno delante de su hermana, esta le observa detenidamente. Aunque haya cambiado su expresión rápidamente, a ella no la engaña.

-¿Problemas en el paraíso?- insiste Marla..

-¡Madre mía, si que estas aburrída!- espeta Montse.

-Muuuuucho. No te lo voy a negar- reconoce la convaleciente-... no te imaginas las ganas que tengo de que llegue mañana y Manu me traiga esas muletas que me ha prometido.

-Si te aburres, te mando al pirata para que siga con la instrucción.

-¡Qué graciosa!

-Sabes tú que sí- observa Montse-... luego me paso para hacerte compañía. Necesito una ducha.

-Tiene que ser algo serio cuando lo eludes- asevera Marla que conoce a su hermana y sus rituales.

La táctica de Montse, ante los conflictos es lineal: se aplaza para más adelante

La menor de las hermanas cierra los ojos y deja escapar el aire guardado en el interior de su garganta. Dos gestos que indican a su hermana que se ha salido con la suya. ¿Quiere relato? Pues ahí va.

-Sabes el rollito que me llevo con Esra y Memeh, ¿verdad?- suelta a bocajarro.

Su hermana mueve la cabeza, asistiendo como respuesta.

-Yo solo tengo sexo con Esra...- apunta- Aunque Memeh participa en nuestros juegos, yo solo tengo sexo con Esra- insiste.

-¿Y?- pregunta Marla, no entendiendo hacía donde quiere llevar su hermana la conversación.

-Esra está en esos días... Ya sabes, menstruando. Por lo tanto, tanto Memeh como yo, estamos a dieta de sexo. Pues al parecer él lo lleva pero que yo y...

Montse hace una pausa. Necesita reorganizar sus palabras. Sus emociones.

-¿Yyyyyy?- insiste su hermana.

-Pues eso, que a él le da igual tener sexo con Esra que conmigo.

-¡No me lo creo!- dice su hermana sorprendida- ¿No me digas que no saben que eres lesbiana?- pregunta sin salir de su asombro.

Su hermana está muy segura de su condición sexual. Ha luchado mucho por ello. No se la imagina callando algo tan importante.

-Créeme, lo saben.- asegura-... Pero para Memeh soy una mujer. Justo lo que a él le gusta.

Durante unos segundos se instala un pequeño silencio en la habitación. Cada una de las

hermanas ordena aquella información. Sus pensamientos.

-¿Y tú qué quieres hacer?- pregunta por fin Marla, rompiendo el silencio.

-Por supuesto, me apetece jugar con ellos. El sexo entre los tres es... mucho mejor de lo que me hubiera imaginado- confiesa-... pero las dos sabemos que mi única experiencia con el sexo opuesto fue con Mauro. Hace mil años luz.

- Una chica inexperta, con un chico inexperto- señala Marla-... tal y como tú me has dicho miles de veces: no me gustan las mujeres porque no las he probado, si lo hiciese quizá, solo quizá, cambiaría de acera- añade, intentado poner un toque de alegría al momento-... pues aplícate el cuento. Quizá si lo pruebas, también te empiecen a gustar los hombres.

Hablar con su hermana del tema otorga a Montse su habitual confianza en sí misma. Aquellos encuentros sexuales se han convertido en una deliciosa rutina que, en los días de la menstruación de cualquiera de las dos, a ella se le hacen eternos.

Cuando sale de la habitación de su hermana, la joven se da la ansiada ducha. Con un minúsculo tanga rojo y un vestido corto y caído en negro, se arma de valor.

Sube las escaleras intentando controlar su nerviosismo. Tal y como Esra había dicho, la puerta de la habitación Orquídea parece cerrada, pero no lo está. Cuando la empuja esta cede, permitiéndole el paso. Frente a la puerta, en la soleada y amplia terraza, Montse contempla a la pareja turca. Los dos están completamente desnudos. Memeh está sentado en la tumbona blanca, con las piernas abiertas, mientras su apasionada mujer le hace una felación con la lengua. Al escuchar el ruido de la puerta al cerrarse, los dos se detienen. Descubrir a la joven española, en la habitación, les hace esbozar una sensual sonrisa.

-Querida, te estábamos esperando- dice Memeh, haciendo un gesto con la mano, invitándola a acercarse a ellos.

Esra se levanta del suelo. Vestida con un tanga negro, camina hacia Montse. Cuando está frente a ella atrapa su nuca con una mano y acerca su boca a su boca. Besa los ansiosos labios de Montse mientras que la mano libre se introduce en el tanga rojo, en busca de otros labios.

La reacción de Montse es inmediata. Lleva días ansiando ese contacto tan directo. Ese dominio y control que la joven turca sabe ejercer sobre ella. Esas manos seguras que la llevan al orgasmo con una rapidez vertiginosa. Está tan entregada que no ha sido consciente de en qué momento Memeh se ha unido a ellas. Sobre excitada, deja que la pareja la guíen hasta quedar tumbada

sobre la cama con dosel. Con las piernas abiertas, permite que Esra juegue con su sexo mientras que él succiona sus pezones. Un primer orgasmo recorre le cuerpo de la joven española solo unos minutos después.

-Memeh se muere por follarte- le susurra Esra al oído, cuando se tumba a su lado.

Montse asiente. Ha entrado en esa habitación con la intención de seguir el juego.

-¿Estás segura?- pregunta Memeh.

La española asiente de nuevo.

-Me correré fuera de ti- apunta el turco.

-Nosotros no usamos preservativos. Si te gusta la experiencia, habrá que añadirlos a la lista de la compra. Es más estimulante cuando hay eyaculación- señala Esra mientras ayuda a Montse a cambiar de posición.

Memeh se tumba en la espalda, dejando su erecto pene clamando por lo que ansia. Esra ayuda a Montse a sentarse sobre el hombre, guiando la entrada de ese hinchado y grueso pene por la vagina de ella, como suele hacer cuando la penetración es llevada a cabo por cualquiera de sus numerosos juguetes sexuales. Cuando el hombre se siente dentro de la española, agarra sus caderas y con un movimiento enérgico, profundiza un poco más.

Los besos en la nuca que Esra le ofrece, hace que Montse cierre los ojos y se deje hacer. La turca coloca sus manos bajo las posaderas de su compañera, instándola a moverse con movimientos ascendentes y descendentes, acompasados a las embestidas de Memeh. Pocos instantes después, es la propia Montse quien se balancea, al ritmo de su excitación. En busca de su placer. Antes de lo que ella hubiese esperado, una oleada de calor recorre todo su cuerpo. Una serie de gemidos escapan de su garganta. Signos claros del maravilloso orgasmo que está experimentando.

Cuando la respiración de Montse se pausa, Memeh, con su fuerza y su seguridad, le hace girar por el colchón para situarse encima de ella. Sin abandonar la penetración en el giro. Cuando tiene a la joven donde él quiere, sus embestidas se tornan más energéticas. Es su momento. Ahora él busca su clímax, mientras su apasionada esposa acaricia los dos cuerpos desnudos de quienes están entregados al acto sexual.

Aquella mañana da más juego del que Montse hubiera imaginado. Tal y como su hermana le

indicó, después de probar aquella nueva experiencia hace que su percepción hacia el sexo opuesto cambie. Aunque su preferencia siguen siendo las mujeres.

CUANDO EL GATO SE VÁ, LOS RATONES HACEN LA FIESTA

Con las nuevas medidas aprobadas por el gobierno, donde se permite el salir de los lugares de confinamiento para hacer ejercicio, Fabrizio y Marcela rescatan dos de las bicicletas que llevan arrinconadas en el cobertizo desde mediado de mayo. La pareja de italianos desayuna y se visten con ropa cómoda para un largo paseo.

Gracias a las muletas que Manu llevó a la posada, Marla puede moverse sin necesidad de ayuda

y así libera a la segunda cocinera y le proporciona un tiempo libre del que no ha gozado desde el día de su accidente.

-Disfrutar por mi- les dice Marla, despidiendo a la pareja con quien tan bien había congeniado, cuando estos abandonan la posada por la puerta de la cocina, la que les permite el paso directamente hacia el antiguo cobertizo que se ha estado usando desde hace años para guardar las bicicletas, coches y útiles para mantener el huerto en perfecta armonía.

-Deberías hacer caso a tu hermana y hacer reposo- le recuerda Marcela con su marcado tono italiano.

-Y lo va a hacer- escucha Marla a su espalda.

Montse está cansada de la terquedad de su hermana mayor. Desde que Marla se había hecho el esguince, su humor no es el mismo. El obligatorio reposo le había estado desesperando. Ella no está hecha para permanecer quieta, tumbada en el sofá o la cama. Ahora, con la movilidad que las muletas le proporcionan, todo va a cambiar.

-Alguien tendrá que meter todo esto en el lavavajillas- espeta Marla, sin girarse hacia su hermana.

De espaldas, puede adivinar la postura de Montse. Parada justo detrás de ella, con los brazos en jarras y con el mismo gesto que usaba su madre cuando regañaba a cualquiera de sus hijas.

-Siéntate. Ya lo hago yo antes de salir a comprar- ordena Montse.

Con un bufido a modo de queja, Marla toma asiento en una de las butacas que hay delante de la isla de la cocina y deja hacer a su hermana menor. Por la ventana observa como la pareja sexagenaria monta en las bicicletas e inician su primer paseo juntos desde que comenzó el confinamiento. La expresión de felicidad se torna nublada cuando la pareja de italianos desaparece de su campo de visión y dejan visible a un descamisado Morgan Carrillo, quien, como rutina diaria, realiza sus ejercicios físicos diarios con los que mantiene su perfecta musculatura al tiempo que broncea su cuerpo.

-Porqué no dejas de comértelo con la mirada y te lo meriendas de una vez- murmura Montse, lo suficientemente alto como para que su hermana escuche el comentario.

-No todas vamos a ser unas obsesas sexuales- responde irónicamente Marla.

-¡Vivan las obsesas que disfrutan del sexo!- se burla Montse.- Mírame, y mírate- añade, volviéndose hacia su hermana-... hasta el confinamiento me parece maravilloso- añade.

Marla pone los ojos en blanco. Su hermana y su mundo fantástico. En cuanto el amor llama a su puerta, se olvida de los llantos que el amor fallido le ha generado. El estado de desazón con el que Montse llegó a la Posada Los Pasos no tiene nada que ver con el alta autoestima con la que se levanta desde primeros de abril, cuando inició su romance/ rollito con Esra y e Memeh, una aventura que jamás pudo imaginar. Nunca.

-No es mi tipo- rebate Marla.

-¡Oh, claro!- se burla su hermana-... se me olvidaba. A doña Cayetanita solo le gustan los tipos trajeados, polígamos y creídos.

-¡Ja!- espeta Marla en el mismo tono-... habló la lesbiana a la que le gustan las tías a las que les va la carne y el pescado. Y que ahora resulta no ser tan lesbiana. Porque me da la impresión que disfrutas con él tanto como con ella.

-Y que se corre de placer toooooooooodos los díiiiiiiiiiiiiias- se regodea Montse mientras se seca las manos.

Con el lavavajillas lleno, y la fregadera recogida, Montse se acerca a su hermana y le da un beso en la mejilla.

-Sé buena, que la bomba sexual que tienes por hermana se va al mercado- le dice-... y a comprar preservativos, que ya no nos quedan.- añade con retintín-... Por lo tanto, si te decides a tirarte al pirata Morgan, que use sus reservas o la marcha atrás- le dice Montse, caminando hacia la puerta de la cocina que comunica con el comedor principal de la posada, donde se escuchan las voces de Memeh y Esra.

-¿Estás lista, habibi?- se escucha decir a la voz de Memeh.

En el rostro de Marla se dibuja una sonrisa. La felicidad de su hermana le hace feliz. A veces, incluso, la envidia.

Cuando se escucha la puerta principal cerrarse, la mirada de Marla regresa al ventanal del la cocina que da a los jardines. Para su desgracia, el sujeto con el que pensaba regalarse la vista, ha desaparecido de su lugar de ejercicio.

El ruido del motor de la furgoneta que usan para las gestiones de la posada anuncia su marcha. En la soledad de la gran cocina Marla se muerde la uñas de la mano izquierda, mientras que hace un escrutinio con la mirada de toda la periferia. Su mente baraja la opción de ponerse manos a la obra con la tarea que ha planeado realizar aprovechando la soledad que todos los miembros de esa nueva familia momentánea le han facilitado. Desatendiendo los consejos de su hermana, y del médico, Marla abandona su asiento y recoge de los diferentes estantes y muebles, dos cuencos, una espumadera, galletas, un cartón con una docena de huevos, levadura, una tableta de chocolate negro, azúcar y una lata de melocotón en almíbar. Con todo reunido sobre la isla de la cocina, apoya su teléfono móvil una taza y pone música. Música y cocinar, sus dos pasiones.

Ausente de todo, Marla se enfrasca en la labor de cocinar. Canturrea mientras remueve el contenido de las dos ollas que tiene al fuego. En una elabora una crema de huevo y en la otra prepara chocolate. Con las dos cremas listas, retira las ollas del fuego en espera de que se enfríen para poder usarlas. Con la misma actitud alegre, sitúa delante de sí un molde alargado donde vierte, primero, una cantidad estimada de chocolate. Acto seguido cubre el chocolate con una tanda de galletas y repite la operación tres veces consecutivas. Con el molde mediado, vierte la crema antes de volver a repetir el proceso con las galletas y chocolate hasta rozar el borde del molde.

-¡Listo!- se dice a sí misma, orgullosa del trabajo realizado-... va a quedar una tarta deliciosa.

-Curiosa manera de hacer reposo- dice una voz masculina que la sobresalta.

Morgan Carrillo lleva un rato apoyado sobre el quicio de la puerta, observándola cocinar.

-Aunque sé que no te gustan los halagos...- comienza a decir él mientras se adentra en la cocina- tengo que decirte que pareces otra, tan desenfada, alegre y con la ropa de tu hermana, que por cierto, te sienta muy bien- añade mientras estira la mano hacia la olla vacía donde minutos atrás había estado el chocolate.

Un manotazo inesperado frena sus intenciones antes de que la mano llegue al interior de la olla.

-¡Podrías preguntar si he terminado! ¡Digo yo!- replica Marla.

-Woooo- se limita a decir Morgan. levantando las manos al aire en señal de rendición- ¿ha terminado con el chocolate, Frozen- pregunta burlón.

-Si- responde escuetamente ella, sin mirarlo siquiera.

Los ojos de Morgan se abren ante la respuesta. Pero que tocapelotas puede ser esa tía cuando se lo propone.

-¿Puedo, Frozen?- pregunta burlón.

-No- responde ella, imitando la pose que su madre usaba con ella y su hermana cuando las regañaba-... apurar la olla del chocolate es un lujo que a los cocineros nos gusta disfrutar- dice , dejándolo aún más descolocado.

La sorpresa se refleja en el rostro de Morgan. Esa chica sabe como descolocarlo. Los desplantes de ella, en lugar de hacerlo alejarse, conseguían el efecto contrario, le arrastra cada vez hacia esa mujer.

Morgan aspira profundamente, asiente con la cabeza e instala una sonrisa en su rostro.

-Coge lo que hayas venido a buscar y desaloja la cocina- ordena Marla, volviendo su atención hacia el molde de la tarta.

Intenta mantenerse serena. No quiere dejar fluir esa gana que tiene de retomar lo que dejaron a medio, aquella mañana en el jacuzzi. Se muere de ganas por besar esa boca insolente. Pero su yo moderado, ese que habita en primera línea de su cabeza, se lo impide.

En contra de lo esperado y ordenado, Morgan esboza una amplia sonrisa. Apoya con chulería la cadera en el borde de la isla centra y agarra con la mano izquierda la olla de la disputa. Ella vuelve la mirada hacia él. Atónita observa como aquel tipo hunde la mano libre en el interior del recipiente. Sin tener tiempo para una réplica, la mano manchada en chocolate de él se posa sobre la boca de ella, restregándole el succulento manjar desde la boca, en descenso hacia el pronunciado escote de la irritante chef.

Superados los primeros segundos de incertidumbre, Marla recupera la capacidad de respuesta.

-¡Serasssssss...

Sin cavilar, agarra la olla donde había cocinado la crema e imita los últimos movimientos de ese guiri descarado, con la diferencia de que ella moja sus dos manos para luego plasmarlas sobre los marcados y depilados pectorales de su contrincante.

Salvo todo pronóstico, ambos estallan en risas. La situación, cuanto menos, es cómica.

Morgan pasa un dedo por la crema que cubre su torso y se lo lleva a la boca.

-¡Hummmm, delicioso!- reconoce.

Marla pasea la lengua por la comisura de sus labios, saboreando el chocolate que los cubre.

-Por supuesto- asevera, orgullosa de su trabajo.

Con gesto triunfal, ella coloca sus brazos en jarras, antes de volver a hablar:

-¡Te quedaste si chocolate!- dice, sintiéndose victoriosa.

-Yo no estaría tan seguro- ronronea él, acortando la distancia entre ambos.

Sin previo aviso, Morgan atrapa la cara de Marla entre sus manos. Acerca su vivaz lengua para recorrer los labios de ella, para acabar fundiéndose en un voraz beso que ambos comparten.

La altura de él, y la lesión de ella, se equiparan en el momento en el que Morgan alzar a Marla para sentarla sobre la isla. Entonces el beso se intensifica. Las manos de ella recorren el torso desnudo de él. Un ligero suspiro escapa de la garganta ella cuando él libera sus labios para conducir sus besos, en descenso, por la barbilla hacia el cuello, siguiendo el reguero de chocolate hasta la frontera de los pechos de ella. La pasión desbordada que comienza a embriagar a Marla le hace echar la cabeza hacia atrás.

Con la experiencia de un buen amante, Morgan rescata uno de los pechos de ella de la prisión del sujetador, para acariciarlo con contenido deseo. Con la mano libre arrastra el tirante de la camiseta y del sujetador hasta la altura del codo, logrando que el pecho quede al descubierto. Como un lobo hambriento aproxima su boca al pezón y empieza a mordisquearlo y succionarlo.

-¡Qué... estamos... haciendo!- se cuestiona torpemente Marla, entre jadeo y jadeo.

-Coger lo que he venido a buscar- le recuerda él, abandonando el pecho de ella.

Marla se agarra al cuello de aquel chuleras para acercarlo a ella y apoderarse de sus labios, como

había hecho él minutos antes.

-¡Continúa!- le ordena, cuando recorre en descenso los pectorales de él.

Las manos de Marla se pierden tras la cintura del pantalón de deporte que él viste.

-¡Humm!, ¿Siempre vas a escape libre?- pregunta al no toparse con una prenda que había esperado encontrar.

Como respuesta recibe una sonrisa pícara, que se acentúa cuando las manos de él recorren los muslos de ella, adentrándose en las profundidades de la pequeña porción de tela que usaba como falda. Cuando los dedos de Morgan apartan el triángulo del tanga y se hunden en el interior de su vagina, los ojos de Marla se cierran y se olvida de todo lo que no sea ese momento.

La mano de ella agarra el pene erecto de él y su vaivén adopta el ritmo con el que él mueve sus dedos dentro de ella, haciendo que la respiración de ambos se intensifique, se acelere.

El calor que emanaba de sus cuerpos pedía a gritos más y más. Morgan rompe la tira del tanga mientras que Marla le baja el pantalón de deporte lo suficiente como para dejar su pene libre de ataduras. Cogido a las caderas de ella, Morgan acerca el cuerpo de ella hasta el filo de la isla. Le abre las piernas y se acopla entre ellas. Con un movimiento presuroso, coge su pene para colocarlo en la expuesta vagina y así hundirse dentro de una receptiva Marla. Las investidas se intensifican poco a poco. Con voracidad, hasta que ella alcanza el clímax. Conteniendo su propia necesidad, retiene ese impulso de correrse dentro de aquella mujer que le hacía volverse loco. Rescata de la encimera de la isla un paño de cocina donde vierte toda su eyaculación.

-Me debes un orgasmo, preciosa- le dice a Marla con la respiración entrecortada.

DONDE HUBO FUEGO, QUEDAN CENIZAS

Feliz, como una perdiz, viaja Marla rumbo a Pizarra. Camino del médico que le dará la libertad total. El día de decir adiós al vendaje del pie ha llegado.

-¿Por qué no has aceptado la oferta de Morgan para acompañarte?- pregunta Montse, sin desviar la mirada de la carretera. Al volante del Audi 3 de su hermana.

-¿Por qué no podías acompañarme tú?- pregunta con ironía su hermana.

Una pregunta que Marla hace por hacer, pues intuye la respuesta. Desde que la relación a tres es completa, su hermana pequeña pasa largas horas encerrada en la habitación de la pareja turca.

-Sencillamente porque hoy no me encuentro muy bien.- confiesa Montse-... al final tengo que darte la razón. Comí demasiada tarta y hoy estoy fatal. Nada más levantarme he vomitado.

-¿Y por qué no lo has dicho?- añade Marla comenzando a preocuparse.

-Pues porque, después de tomarme una manzanilla, mi estómago se ha serenado.- confiesa la conductora.

Marla se siente culpable. En esos momentos se maldice a sí misma por haber sido tan tonta. Ha denegado la compañía de Morgan. Tras de aquel encuentro sexual en la cocina han venido un par más. Es estar a solas con el guapo americano y no poder resistirse.

-Por cierto, hermanita...- dice Montse, rompiendo el silencio que se ha creado tras su confesión-... te informo que esta noche, y el resto de las noches hasta el día anunciado para el final del confinamiento, las voy a pasar en la habitación Orquídea. Voy a aprovechar el tiempo antes de que mis amantes huéspedes retomen sus vidas- anuncia, dejando a su hermana boquiabierta.

-¿Co-como?

-Lo que has oído. En cuanto se levante el confinamiento Memeh y Esra deben retomar el trabajo que les ha traído a España. Aunque me quedaré muy apenada y sola, es algo que sabía que pasaría, porque el trabajo de ellos les lleva a viajar por todo el mundo y el mío es llevar esta maravillosa posada...

Marla hace ademán de pronunciar unas palabras de consuelo para su hermana, pero Montse le interrumpe.

-Estaré bien. Lo prometo. Con Memeh y Esra tengo una buena relación. Sexo del bueno. Pero no estoy enamorada. No para cambiar mi vida y seguirles.

-¿Seguirles?- repite Marla asombrada.

-Me han propuesto ir con ellos.- dice la joven, observando por el rabillo del ojo como la boca de su hermana se abre aun más.-... no te preocupes hermanita. Mi amor por mi trabajo ahora mismo es mayor. Ellos saben dónde encontrarme y yo sé dónde encontrarlos a ellos. Podemos visitarnos con la frecuencia que nuestras lívidos lo pidan- añade, usando un tono sarcástico en el final de la frase.

-¡Serás...!- intenta protestar su hermana.

-Realista- se califica Montse a sí misma-... ¿Sabes que el pirata también se irá? Todos tendremos que retomar nuestras vidas de antes de esta loca pandemia.

-Lo sé. Por eso no quiero implicarme tanto como tú con Memeh y Esra. Yo soy demasiado enamoradiza... y no quiero volver a sufrir por un hombre. No todavía.

-¡Wooo! ¡Tú ya estás colada por el pirata!

-No seas tonta. No estoy enamorada.- se defiende Marla.

-Te gusta. Te da caña constantemente con sus provocaciones...- enumera Montse algunos de los puntos que ella ha podido descubrir por si sola, observando-... Del uno al diez, ¿qué tan bueno es follando?- acaba preguntando.

-¡Montse!

-¿Qué? Esto es una conversación entre hermanas.-alega la más joven-... ya sé que no tienes tanta experiencia como deberías, pero, comparándolo con el soso de tu ex jefe, que nota le podrías- insiste.

Un resoplido escapa de la garganta de Marla. Su hermana y sus preguntas a veces la exasperan.

-Piensa que cinco es tener el mismo sexo monótono y aburrido que adivino tenías con el insípido de Ventura- dice Montse, mirando levemente a su hermana, pues en esos momentos llegan a la zona hospitalaria y quiere echar un vistazo para buscar aparcamiento-... y un diez es orgasmo -barra- orgasmos, todos los días que os habéis liado- matiza.

Marla duda. Le fastidia que su hermana siempre sea tan cotilla.

-Responde. ¿Cinco?, ¿diez?- insiste Montse, colocando sus manos como si fuesen una balanza que está sopesando la puntuación.

En espera de una respuesta, Montse maniobra para aparcar. El confinamiento ha proporcionado el despeje de los aparcamientos de muchos lugares públicos, como esa mañana el del hospital.

-Diez- responde Marla tímidamente.

-¡Guau!- espeta Montse-... como él te califique del mismo modo, esto puede acabar en boda- dice bromeando al tiempo que maniobra.

-Sí, claro- responde la escéptica de la familia.

-No he hablado mucho con él de su vida antes de ahora, pero sea cual sea, hermanita, tu eres libre y no tienes un trabajo que te ate.

-¿Me estás despidiendo?

-Por supuesto que no, pero recuerda que tú misma me dijiste que estarías conmigo hasta que encontrases trabajo de lo tuyo- le recuerda Montse, sacando la llave del contacto.

En ese instante el teléfono de la menor de las hermanas comienza a sonar. Antes de poder sacar el móvil del interior de su mochila el sonido cesa. Al mirarlo, ve que el número que le está llamando no está en su agenda personal. Con un gesto de hombros vuelve a soltarlo donde estaba

y abre la puerta de coche para salir y correr hacia la puerta del acompañante para ayudar a su hermana a salir. El manejo de la puerta y las muletas al mismo tiempo no lo domina con soltura.

Las dos hermanas caminan hacia la puerta de acceso al centro sanitario. Ambas son conocedoras de las normas para este tiempo de pandemia, solo puede entrar el paciente. No obstante, Montse prefiere cobijarse bajo la sombra de la fachada antes que esperar en el Audi. Nuevamente el teléfono de la menor de las hermanas suena. Nuevamente ese número desconocido. Esta vez, ante la poca actividad que hacer ante la espera, Montse decide contestar.

-¡Hola Lunita!

Ese nombre. Esa voz...

Montse se queda paralizada. Sol, su Sol, le está llamando. Hace más de dos años que Sol no ha vuelto a viajar a España para ver a su familia. Dos años en los que el contacto entre ellas ha sido casi inexistente. Raquel siempre fue muy posesiva con la relación que mantenían, y se mostraba celosa en todo lo referente a Sol, el primer amor de Montse. Por otro lado, la situación de quien le llama, había seguido un curso muy similar. Había contraído matrimonio con una atractiva milanesa. Incluso se habían planteado la posibilidad de ser madres, algo que hizo que la española se centrara más en su nueva familia y que realizase sus viajes a España solo en ocasiones especiales.

-¡Lunita! ¡Lunita! ¡Hola!- se escucha decir por el altavoz del teléfono de la petrificada Montse, sacándola de su ensimismamiento.

-¡Sol! Ho-hola. Hola Sol.- dice Montse, luchando por controlar esas mariposas que revolotean por todo su ser para parecer una persona sensata que atiende una llamada telefónica.

Con Sol al habla, y las miles de cosas que se cuentan, el tiempo transcurre sin que Montse lo perciba. Caminando por la acera ameniza la excitación de la llamada. Cuando se despiden, una radiante y enorme sonrisa queda instalada en el rostro de la joven. Solo unos minutos más tarde, una recuperada Marla cruza la puerta principal del centro sanitario.

-¿Y esa sonrisita?- pregunta al ver a su hermana pequeña tan radiante.

-Nunca adivinarías quien llamaba con tanta insistencia.

-¡No me lo digas!- dice con ironía su hermana, imaginando un posible argumento-... déjame

adivinar. Tienes planes tórridos en cuanto lleguemos.

-Ahora mismo no tengo cuerpo para disfrutar de buen sexo- dice, pasándose la mano por la zona de la barriga-... aunque la llamada de Sol me ha arreglado la mañana.

-¿Sol? ¿Tu crush? ¿La de Sol y Luna?

Escuchar ese anglicismo con el que se designa a un amor platónico, pronunciado tan pesimamente por una anglo parlante, ocasiona una sonora carcajada por parte de Montse.

-Sí,- responde entre risas-... mi crush- matiza- Recuerdas que Estefanía me llamó para decirme que alguien le había pedido mi número de teléfono...

Su hermana asiente con la cabeza, mientras abre la puerta del lado del copiloto.

-Sol se mudó a Madrid después de los primeros quince días de confinamiento. Cuando en Italia la cosa comenzaba a ponerse fea- le cuenta Montse cuando ambas están dentro del Audi.

El contacto del utilitario se pone en marcha. A diferencia del viaje de ida, para la vuelta Montse se apresura a poner en marcha la radio.

-Me alegra ver que esa llamada te ha alegrado el día, porque me habías comenzado a preocupar- comenta Marla aliviada.

-El poder del amor, que todo lo cura- bromea la hermana menor.

-¿Qué diría tu amor si supiese de tu aventurilla a dos bandas?- pregunta la hermana mayor.

-Pues que el sexo hay que experimentarlo y vivirlo. Justo lo que voy a hacer esta noche- le responde su hermana, guiñándole un ojo.

Volver a la normalidad, a la rutina de su tarea diaria, entre fogones es reconfortante para Marla. Reunirse en el salón de la televisión juntos al resto, mientras ven las noticias y disfrutar de una copa de vino, es un placer. Aunque no lo confiesa, el vaivén del día, después del reposo forzoso, le hace sentirse fatigada.

Esa noche, a parte del boletín informativo sobre la evolución de la pandemia, tanto en España como en el resto del mundo, se habla de las medidas de confinamiento, que van cediendo, anunciando la llegada del verano y con ello una nueva normalidad. También en el telediario se hace eco de una noticia curiosa, que rompe la monotonía nacional y mundial: en Escocia han sacado en subasta una mansión gótica por el módico precio de un Euro.

-¡Waaala!- espeta Montse, desviando la mirada de la pantalla de su teléfono móvil para mirar directamente a su hermana.

Tal y como había sospechado, la cara de su hermana es todo un poema- Una mansión antigua, en Escocia, por un precio irrisorio. Aquellas tierras lejanas siempre había sido uno de los destinos soñados por la mayor de las hermanas Picón. Siendo estudiante se aventuró a viajar a Edimburgo para participar en un curso de inmersión lingüística. Por aquel entonces, tanto sus padres como su hermana barajaron la posibilidad de que Marla buscara la manera de permanecer allí por más tiempo. Algo que hubiera sucedido de no haber sido seleccionada para su primer puesto de trabajo como secretaria en la misma empresa de la que hacía tan solo unos meses se había despedido.

-¡La casita de tus sueños!- le dice Montse a su hermana, tirándole la servilleta para captar su atención.

Tras escuchar la noticia, Marla parece enfrascada en las Apps de su teléfono más que en la noticia en sí, como había supuesto su hermana. Pero más lejos de las apariencias, la mayor de las hermanas no está visitando sus redes sociales y fingiendo no haber escuchado esa noticia televisiva. Sin perder ni un solo segundo, ha comenzado a navegar por la red, en busca de una mayor información.

-Este tipo de cosas siempre hay gato encerrado- dice Marla, alzando la cabeza de la pantalla de su teléfono-... hay condiciones- señala, levantando el terminal para mostrarle a su hermana la pantalla, donde ella ya estaba leyendo todo lo relacionado con esa propiedad-... hay que pagar unos impuestos, que ascienden a treinta y cinco mil Euros. Y el compromiso de restaurar y habitar el lugar- relata.

Tras esa aclaración, la interesada sigue releendo toda esa información. Sentada en el mismo sofá que ella, Morgan copia el nombre de esa propiedad en el buscador de su página de Google, para buscar también él información sobre la noticia y sus peculiaridades.

-Nosotros nos vamos a la cama, que mañana Fabrizio y yo saldremos temprano con las bicicletas- anuncia Marcela, abandonando su sitio.

-Buenas noches- les desean los más jóvenes, cuando el matrimonio italiano abandona el salón donde todos habían permanecido reunidos después de la cena.

Durante un rato más, los cinco jóvenes permanecen en el salón. La televisión sigue encendida, sonando como sonido de fondo. A esas alturas, nadie le presta atención. Marla y Morgan siguen leyendo distintos artículos publicados desde la misma Escocia y el Reino Unido. Por otro lado, Montse, Esra y Memeh, revisan y muestran, a la primera, los últimos montajes fotográficos que el turco había realizado. El primero de ellos ocupa el proyecto que la pareja debe entregar próximamente. El segundo, recoge una serie de instantáneas en las que los tres son los protagonistas. Donde aparecen besándose, acariciándose. Sus miradas hablan por sí solas. La hora del retiro ha llegado para ellos.

-Hermanita- dice Montse, volviendo a sacar a su hermana de su punto de concentración-... voy a pasar la noche con Esra y Memeh. Tienes nuestras dependencias para ti solita. Si te da miedo dormir solita en aquel ala de la posada, invita a Morgan a que te acompañe- le dice con tono burlón.

A CABALLO REGALADO NO LE MIRES EL DENTADO

Con la fecha del fin del confinamiento señalada en los calendarios, la nueva normalidad llega, empujando fuerte.

Los negocios comienzan a abrir, con horarios marcados, pero con esperanzas. La luz comienza a verse al final del túnel.

-Habría que hacer un pensamiento y volver a publicitar la posada- comenta Monte cuando ella, su hermana y Esra están reunidas en la cocina, preparando sus propios desayunos.

-Sería lo idóneo- comenta su hermana, mientras parte un tomate en dos.

Los desayunos habían dejado de ser algo rápido desde que se instalaron en la posada. Tomar el café de la mañana, pelado y mondado, se había modificado por un café acompañado de una tostada hecha con un mollete y todo el tiempo del mundo.

Marla toma una parte del tomate para untarla en su medio mollete. La otra mitad se la ofrece a su hermana.

-No tengo cuerpo para tostadas- dice Montse, renunciando al ofrecimiento de su hermana.

-Deberías ir al médico- le receta su hermana.

Esas indisposiciones, tan frecuentes, no son presagio de nada bueno.

-¿Y si tengo el Covid?- bromea Montse.

-Que graciosa- espeta su hermana.

-Esra, tu puedes aconsejarnos sobre la mejor manera de publicitar la posada- le dice la menor de las hermanas.

Su estado de salud es algo que no piensa llevar a debate tan de buena mañana. Especialmente porque ese malestar matutino es solo eso, por las mañanas. Después todos esos síntomas desaparecen.

-Podemos hablar con Memeh para que haga una serie de fotos de todos los bonitos rincones de este sitio- propone la turca.

Ese es el punto fuerte de su pareja. ¡Qué mejor manera de promocionar la posada que con un buen reportaje! Una satisfactoria sonrisa se contagia de una hermana a la otra. Las tres toman asiento alrededor de la mesa de la cocina para desayunar y amasar propuestas con las que realizar ese nuevo proyecto.

-Deberías actualizar la página web- comenta Esra.

-Debería- reconoce Montse.

El diseño de la página web había sido uno de sus cometidos en el negocio que ella regentaba y que ha traspasado a su amiga Estefanía, sin embargo, era algo que había estado posponiendo desde que pisó la posada. Su desconexión con su antiguo trabajo ha sido tal que ni siguiera ha vuelto a pensar en ello. Ahora, conociendo la colaboración del fotógrafo turco, todo cambia. Con sus conocimientos y la maestría de Memeh, la tarea valdrá la pena.

Tras el primer trozo de fruta, Montse abandona rápidamente su asiento con las manos taponando su boca. Una mañana más, las nauseas matutinas se apoderan de ella. Sus dos acompañantes la miran preocupadas.

-Estoy cansada de decirle que tiene que ir al médico. Esto no es normal- refiera Marla con preocupación-...podrías hablar tu con ella. A ver si a ti te hace caso.

-Esta misma mañana- asegura su compañera de mesa.

También ella ha notado ese malestar inoportuno en su compañera de cama y juegos.

La tranquilidad de la cocina se rompe con la llegada de los deportistas. Morgan regresa de su carrera mañanera compartida con la energética Florence. Esta mañana irrumpe en la posada conversando, en su lengua natal, por el manos libres de su teléfono. Como cada mañana, se hidrata con un vaso de agua fresca. Como cada mañana, automáticamente, y siempre seguido de la fogosa perra, vuelve al patio para llenar el comedero de las dos perras y los gatos antes de servirse su propio desayuno.

Finalizado su desayuno, Esra sirve en una bandeja para el desayuno de Memeh, que esa mañana se ha tenido que retrasar por motivos laborales.

Actuando como un equipo, Marcela y Fabrizio preparan sus desayunos. Ella se encarga de las tostadas y él de servir el café para ambos.

-Atiendo una videollamada y bajo a desayunar contigo- susurra Morgan al oído de Marla.

Aprovechando la intimidad de la que disfrutan, al encontrarse el matrimonio italiano de espaldas

a la mesa donde ella aún está desayunando, Morgan besa la nuca de ella antes de proseguir con su conversación telefónica y camina hacia la privacidad de su habitación.

Cargada con la bandeja del desayuno Esra entra en su habitación.

-Habibi, ¿te encuentras bien? ¿Por qué no ha bajado a desayunar?- pregunta, sorprendida al no encontrar a su pareja frente al ordenador, como había pensado que estaría.

En el cuarto de baño se escuchan susurros.

Dejando la bandeja del desayuno en un lateral de la mesa de trabajo, la joven turca camina hacia el cuarto de baño. Agazapada y abrazada a la taza del wáter se encuentra a Montse, con claros síntomas de haber vomitado una vez más. Junto a ella, Memeh intenta infundirle ánimo.

-Ya me siento mejor- dice la enferma, aceptando la toalla húmeda que el hombre le estaba ofreciendo.

-Deberías hacer caso a tu hermana e ir al médico- dice Esra irrumpiendo en el concurrido baño.

-Habibi, creo que esto no lo arregla el médico. Por lo menos no hasta dentro de unos nueve meses- conjetura él.

Las dos mujeres vuelcan sus miradas hacia él. ¿Nueve meses? ¿Qué insinúa?

-No recuerdas las malas mañanas que tuvo mi hermana Akasma cuando se quedó embarazada de Omar. – le dice a su pareja.

El gesto ceñudo de Esra, ante la insinuación que Memeh acaba de hacer, desaparece. Regresando a su memoria aquellos momentos puede hacer comparaciones. Durante aquellos días, también Akasma sufrió de náuseas matutinas que desaparecían pasado el mediodía. Solo durante los tres primeros meses de gestación.

-Pero,... pero yo no... no puedo estar embarazada- replica Montse- Usamos preservativo- añade.

-Los preservativos no son efectivos al cien por cien- señala Esra.

-¡No puede ser!- insiste la española.

Se niega a creer que esa opción sea la más lógica y segura.

-Nosotros...- insiste Montse, señalándose a sí misma y al turco-... ¡Si se pueden contar con los dedos de una mano las veces que tú y yo hemos tenido sexo!

Le parece una broma macabra del destino. ¡Cómo puede haberle pasado algo así cuando la gran mayoría de sus encuentros amorosos ella ha tenido sexo con Esra! Lo lógico hubiera sido que la turca hubiese corrido esa suerte. Entre la pareja oficial nunca se han usado preservativos, algo que nunca ha faltado entre Memeh y ella.

-Yo tengo un puesto un DIU- señala Esra, leyendo los pensamientos de su compañera de juegos.

-Tener un bebé no entraba en nuestros planes- dice Memeh, abrazando a las dos mujeres, arrojando a cada una de ellas bajo uno de sus fuertes brazos-... pero entre los tres será fácil- dice con tono alegre.

-No dictemos veredicto tan rápidamente. Puede ser una gastroenteritis- señala Montse, negándose a aceptar esa opción como la única.

Mientras en la habitación Orquídea construyen un castillo en el aire, en la misma planta, en la habitación Lavanda se zanja una compra-venta. Al finalizar la videollamada, Morgan sonríe satisfecho. La venta de su gran casa en Carlsbad ha sido tan productiva como había esperado. Siempre ha sido muy ducho con sus inversiones. Lo fue a la hora de comprar la propiedad que acaba de vender. Espera que su nueva inversión sea igual de fructífera que todas las anteriores. Espera que con ellas se fragüe un nuevo futuro.

Sonriente, y con su teléfono en las manos, abandona su habitación. Ha pasado más de una hora desde que regresó a la posada, tras su paseo matutino con Florence. Cuando llega a la cocina, en busca de su merecido desayuno, las cocineras ya están enfrascadas en su tarea. Con actitud optimista el americano entra en la gran dependencia. Con un cordial “prego” coge a la cocinera española por la cintura y le pide que le acompañe.

Marcela sonríe a ver salir a la pareja al patio trasero de la posada. Le alegra ver que, pese a los roces iniciales, ella siempre ha visto magia entre ellos dos.

Emocionado Morgan se detiene. Guiándola por los hombros, sitúa a la joven frente a él antes de hablar.

-Llámame loco- comienza a decir-... y que conste que esto no es una encerrona. Ni un sin sentido.

Marla arruga el ceño.

“¿Qué no le llame loco?”. Se dice mentalmente. Extrañada. Pues justo lo que le viene a la mente si tiene que valorar sus palabras y sus actos.

-He logrado vender mi casa, en Carisland- continúa diciendo él.

La chica sonríe encantada. Ese era un tema recurrente del que hablaban por las noches. Morgan deseaba que esa venta se hiciese efectiva para poder punto y final a su divorcio y así retomar su vida.

-Mandé a un conocido a investigar sobre las condiciones de compra de The Elms.

Ante sus palabras, Marla parece perdida.

-La mansión escocesa por la que mostraste tanto interés. Se llama The Elms, los olmos- aclara Morgan-... tal y como supusimos, y leímos, la mansión gótica tiene muchas carencias. De hecho está declarada como propiedad de muy malas condiciones. Necesita una gran inversión para volver a hacerla habitable. Pero ahora, todo es posible.

Durante las explicaciones, Morgan desbloquea su teléfono y busca los archivos que desde Escocia le han enviado hace tan solo una hora.

-Siempre me gustó lo que mi hermana y mi cuñado habían construido en esta posada. He pensado mucho y he decidí arriesgarme e intentar seguir sus pasos, en Escocia. Con esa bonita mansión.- dice con efusividad-... y he pensado en quitarle a tu hermana una de sus cocineras.

Las cejas de Marla se alzan en señal de asombro. El ímpetu de ese hombre le gusta. Morgan muestra esa seguridad innata que Montse desprende por todos los poros de su piel y que tanto ella envidia.

-Se que Marcela aceptaría trabajar para tu hermana,... si tú te aventuras a venirte conmigo a uno de tus lugares de ensueño- propone por fin.

Como pocas veces en su vida, Marla se queda muda. Parpadea, dándole un respiro a su mente para procesar toda esa información.

Cuando se despidió de la agencia de publicidad donde había trabajado como secretaria supo que tenía que buscar un nuevo empleo. La posada era una válvula de escape. Nada definitivo. No obstante, ahí, entre fogones, se siente realizada. Totalmente satisfecha.

QUIEN TUVO, RETUVO

El mes de Junio llega con anhelo.

Las restricciones comienzan a relajarse. La llegada de la nueva normalidad se anuncia en

televisión, radio y prensa.

La luz parece verse al final del túnel. Todo lo relegado empieza a florecer. Viajes. Visitar a familiares. Activación del empleo.

El enclave de la posada es relevante. Los más aventurados rápidamente gestionan sus reservas. La tendencia de las primeras escapadas la marcan los destinos rurales. Aprovechando el tirón, Morgan traslada sus pertenencias a la habitación que lleva semanas compartiendo con Marla con la excusa de tener más habitaciones para ofertar.

-Deberías dejarle tu habitación a Marcela y Fabrizzio- comenta la mayor de las hermanas cuando ambas abandonan la habitación de la primera planta con algunas de las pertenencias del americano, a quien están ayudando con la mudanza.

-Tú pirata no va a necesitar su habitación- comenta Montse.

-¿Y tú si vas a necesitar la tuya? – cuestiona su hermana.

-Estoy embarazada- le recuerda esta-... en cualquier momento mi cuerpo me va a pedir tranquilidad.

Durante el trayecto, desde la habitación que está abandonando Morgan hasta donde ahora se va a alojar, las hermanas reflexionan. Durante esos minutos, cada una cavila a cerca de los cambios que sus vidas están sufriendo. Marla se dice a si misma que quizá se está aventurando demasiado al aceptar el traslado del guapo americano a sus dependencias. Aunque sea por el bien del negocio. Como amantes funcionan mejor de lo que ella hubiera supuesto, Con Morgan está descubriendo nuevas maneras de llegar al orgasmo, una sensación que en contadas ocasiones había disfrutados con Pedro Ventura. Pero no todo se centra en el sexo. Disfrutar de una copa de vino bajo las estrellas, con una buena conversación, también se ha convertido en un auténtico placer. Pese a todo, Marla aún es reticente y le sigue dando vueltas a la idea de marcharse con el guapo americano hasta tierras escocesas y convertirse en su socia.

Los pensamientos de Montse no se alejan en demasía de los de su hermana. La falta de transformación de su físico aún le hace creer que esas nauseas matutinas pueden deberse a otros factores que no incluyen un embarazo. Quedarse embarazada le sigue pareciendo un imposible. Con Memeh siempre ha usado protección. Ser madre era algo en lo que nunca, nunca, había pensado. Acompañar a la pareja turca en su vida, llena de idas y venidas por diferentes rincones del mundo es algo a lo que aún le está dando vueltas. Esa posada se ha convertido en su vida. En su forma de vivir. Y le gusta su fruto.

Una llamada entrante, en el móvil de Montse, devuelve a las dos hermanas a la realidad.

El rostro de Montse muda de pensativo a sonriente. Una radiante sonrisa se instala en la comisura de sus labios al leer el nombre que reluce en la pantalla de su teléfono.

-Buenas tardes Soooooo!- dice con tono cantarín.

-¡Madre mía!- susurra su hermana en el oído libre de Montse-... tú solita has acabado con todo el azúcar de la posada- completa con tono burlón.

Ignorando la burla de su hermana, Montse se centra en la llamada telefónica. Desde la primera vez que hablaron, aquella vez en la que Estefanía le facilitó el contacto, eran muchos los días que hablaban. Desde entonces, no pasaba un solo día en el que, mediante chat, se contasen como había sido el día de cada una de ellas.

-No puedes ni imaginarte cuanto tengo que contarte- dice Montse, tomando asiento en uno de los taburetes altos de la cocina-... aunque, no todo es apto para contar por teléfono- reconoce.

-Invítame a un café, y me lo cuentas- le dice Sol a través de la línea.

-Sabes que no necesitas invitación- le insta Montse-... ya no vale la excusa del confinamiento. No te imaginas como tenemos la posada para este fin de semana.

-¡Oh!, entonces, tendría que dejarlo para otro momento- responde Sol, fingiendo decepción-... porque ya sabes que yo no viajo sola. Mi pequeña Luna siempre va conmigo.

-Cuando quieras. Ya te lo he dicho muchas veces. Para ti, y para esa preciosidad, siempre hay sitio- reitera Montse.

De espaldas a la menor de las hermanas Picón, la puerta de la cocina, la que comunica con el salón, se abre. Por las puertas dobles, que sujeta Morgan, mostrándose caballeroso, una mujer con el pelo rojizo, una amplia sonrisa, con un teléfono en una mano y una niña rubia en el otro brazo, entra. Marla detiene su labor. No recuerda mucho de Sol, el primer amor de su hermana, pero ese pelo rojizo siempre había sido una señal indiscutible de ella. Anonadada y boquiabierta, mira a la recién llegada y a su hermana aleatoriamente.

-Luna, dile hola a la tía Lunita- escucha Montse a su espalda.

Tras esas palabras, la que parece quedarse paralizada es Montse. Un parpadeo le hace retomar el control. Lentamente se levanta del taburete y se gira hacia el lugar de donde cree haber escuchado la voz inconfundible de su crush.

-¡Dios mío!- espeta, llevándose las manos a la boca.

Superada la sorpresa inicial, Montse y Sol se funden en un loco abrazo. Como cuando eran más jóvenes, el abrazo incluye pequeños saltitos y grititos que se acentúan cuando Morgan rescata a la niña de los brazos de su madre.

Afortunadamente la pequeña Luna está acostumbrada a lidiar con extraños. Las carantoñas con las que el americano la entretiene hacen reír a la pequeña, y también a Marla.

Ante la algarabía generada en la cocina, Marcela y Esra entran en la cocina. Divertidas observan el espectáculo que la recién llegada y Montse siguen ofreciendo: riendo, hablando, llorando...

-¿Te ha hablado alguna vez de Sol?- pregunta Marla a Esra cuando esta se sitúa a su lado con la incompreensión reflejada en su rostro.

La joven turca asiente. Montse siempre ha sido clara con la pareja. Las ocasiones en la que han hablado de antiguos amores, Sol siempre a estado presente.

-Pues ella es Sol- le cuchichea-... y esta preciosidad es su hija, Luna.

-¿No vivían en Italia?- pregunta Esra.

-Eso creía yo. Por lo menos, antes de que esta dichosa pandemia se interpusiese en nuestras vidas.

EN MARTES, NI TE CASES, NI TE EMBARQUES

El fin de semana, con la posada llena, resulta ser más productivo y apacible de que Montse había esperado.

Cuando se serenó, y fue consciente de la presencia de Sol y su hija Luna, pensó que no iba a poder disfrutar de ellas. Desde el primer momento estuvo equivocada. Sol no se separó de ella. La acompañó en todas y cada una de sus tareas en la posada, con la ventaja de poder contar con unos canguros incondicionales como resultaron ser Fabrizzio y Morgan. Los dos hombres se turnaron en cuidar a la pequeña y atender a las necesidades de las dos cocineras.

El lunes, la posada se queda con sus habitantes habituales en tiempo de pandemia.

-¡Fabrizzio echa de menos a la pequeña Luna!- observa Marcela-... podría haber sido un buen abuelo- observa la mujer con tristeza.

-Pues si aceptáis la oferta de mi hermana de quedaros aquí, con ella, tendrá ocasión de ejercer como tal con el bebé- le recuerda Marla, mientras ambas están amasando un preparado para hacer galletas-...si no os quedáis aquí no seré capaz de irme a Escocia, dejándola sola y esperando una criatura.

-Cariño, Morgan y tú estáis hechos el uno para el otro. Te prohíbo que te eches atrás- le regaña la mujer.

-Escocia está muy lejos.

-Tan lejos como cuando soñabas vivir allí.

-Es verdad- reconoce Marla.

No quiere ser una negacionista, pero tampoco puede evitarlo. Ser extremadamente confiada, en su relación anterior, le había generado un gran dolor. Con Morgan todo es demasiado perfecto. Demasiado bueno. Demasiado diferente a lo acostumbrado. Algo dentro de ella anda esperando el momento en el que salte la liebre y lo estropee todo.

Mientras tanto, en la habitación Orquídea, Memeh trabaja en el último trabajo que le retiene en Málaga mientras que Esra se encarga de llenar una de las maletas que tiene abierta sobre la gran cama.

Desde fuera alguien golpea su puerta.

-Adelante- dice Esra, invitando a pasar a quien llama. Segurísima de que quien está al otro lado de la puerta es Montse, a quien están esperando.

Al abrir la puerta, la joven española irrumpe en la habitación tan sonriente como siempre.

-Habibi, quiero que veas cómo está quedando la página de la posada antes de darla por finalizada- le dice Memeh al verla entrar.

Montse camina hacia dónde él está. Al sentarse junto al turco repara en Esra y en su labor. Entonces su sonrisa se apaga.

-¿Por qué estás haciendo las maletas?- pregunta.

Memeh posa una mano sobre la pierna de Montse antes de responder:

-Habibi, nuestro trabajo aquí ya ha finalizado. Tenemos que viajar a Galicia, y después a Portugal.

-Peroooo...

-Habibi- dice esta vez Esra, abandonando su labor para ir a sentarse junto al resto-... tu lugar está aquí. Has invertido mucho tiempo y dinero en este proyecto. Aquí eres feliz.

-¿Y nuestro bebé?- pregunta la española, llevándose la mano a la pequeña barriga que empieza a formarse.

-Sin duda, vas a ser una madre estupenda. Este fin de semana lo has demostrado con la pequeña Luna- le responde Memeh.

-¿Y vosotros?

-Habibi, nosotros nunca te vamos a dejar sola, Este bebé- dice Esra, llevando su mano al vientre de Montse-... es tan tuyo como nuestro. Pero seamos realistas. Tú has podido ver lo poco paternales que somos Memeh y yo. No sabemos cómo comportarnos con esas criaturas tan monas y pequeñas. Las tratamos como si fuesen una pieza que cristal a punto de romperse.

-Confío en que, cuando nazca nuestro bebé nuestro instinto cambie. Porque ten por seguro que vamos a estar contigo cuando nuestro hijo venga al mundo- añade Memeh.

-No te estamos dejando sola, Habibi. Sabemos que Frabrizio y Marcela se van a quedar contigo- añade Esra-... y si me lo permites, te voy a animar a conquistar a tu verdadero amor. Sol tiene que dejar de ser un amor imposible, porque os seguís queriendo.

-Prométeme que vas a luchar por tenerla a tu lado- interviene el turco.

Con un gesto de cabeza Montse asiente. Luchar por Sol era una promesa que ella misma se había hecho desde que fue conocedora de la nueva residencia de su primer amor, quien tras romper con la madre de su hija, decidió regresar a España. A Madrid.

A BUEN ENTENDEDOR, POCAS PALABRAS BASTAN

La despedida de Memeh y Esra es emotiva.

Después de más de tres meses conviviendo han llegado a convertirse en una auténtica familia.

A Montse y Marcela les resulta imposible contener las lágrimas. Unas lágrimas que vuelven a fluir de los congestionados ojos de la joven posadera en cuanto Memeh le recuerda la promesa que esta les ha hecho: conquistar a su amor verdadero.

Desde la puerta principal de la posada los ven alejarse. Con la nueva normalidad muchas rutinas vuelven a activarse, y para ellos no es una excepción.

El tono de llamada de teléfono de Marla rompe la congoja de la despedida.

-¡Hola mamá!- saluda con tono tristón.

-¡Todo bien por allí?- pregunta sorprendida su madre..

Hacía tan solo dos días que habían hablado por última vez. Entonces todo estaba bien. Mejor que bien, pues sus hijas estaban eufóricas por el mero hecho de que la posada había vuelto a su ritmo casi habitual, restaurando la economía algo dañada de Montse. Como para muchos autónomos, que habían tenido que continuar pagando agua, luz y autónomo sin obtener ingresos en sus negocios.

-Esra y Memeh acaban de iniciar su viaje hacia Galicia.

-Bueno, todos tenemos que retomar nuestras vidas después de esos meses de incertidumbre.

-Cierto, mamá.

-Papá y yo hemos pensado acercarnos unos días para estar con vosotras. No sea que esto

vuelva a descontrolarse y no podamos vernos... otra vez- le expone su madre.

Como muchos españoles, esta pequeña tregua que la pandemia ha ofrecido, la quieren aprovechar para reunirse con sus hijas. Las videollamadas no han faltado a lo largo de este periodo de tiempo tan inusual. Aún así, nada supera a la experiencia de disfrutar de la familia en vivo y en directo.

-¡Perfecto!- dice contenta la mayor de las hermanas.

Ante la noticia, su entristecido tono se muda de nostálgico a alegre.

-No te preocupes mamá, la habitación que ocupaban Esra y Memeh no está reservada. Ahora mismo aviso a Montse para que no la ponga disponible.

Caminando tras su hermana, Montse camina de regreso al interior de la posada, como el resto. Aunque en su cabeza aún predomina la congoja por la marcha de la pareja turca que tan feliz le han hecho sentir en estos días tan difíciles de confinamiento, la conversación de su hermana con su progenitora no le pasa desapercibida. Al escuchar las palabras de su hermana la joven se cuestiona, en su foro interior, si eso no es una señal para comenzar con el recordatorio que el turco le ha hecho antes de subir a su coche.

-No cuelgues- pide a su hermana, frenando la despedida telefónica.

Sin dudarle, Montse quita a su hermana el teléfono de la mano. Con ímpetu saluda a su madre. Con asombro Marcela y Marla la miran, preguntándose donde había quedado esa tristeza que se había apoderado de la joven desde primera hora de la mañana.

-¡Mamá, tengo que pedir un favor!- le dice la joven después del saludo inicial.

Contentos, ante la efusividad de Montse, el resto de los habitantes de la posada entran en el interior del edificio. Las nuevas reservas requieren de la colaboración de todos ellos para dejarlo todo preparado antes de la llegada de los nuevos huéspedes.

Las dos encargadas de la cocina regresan a sus dependencias. La hora de la comida llegará pronto y, pese a haber retomado la normalidad, el servicio de comidas a domicilio que habían iniciado en tiempo de pandemia se sigue ofreciendo bajo demanda.

Con una sonrisa iluminando su rostro, Montse entra en la cocina. Tiene que devolver el teléfono a su hermana antes de volcarse en su tarea.

-Me alegra ver que esa expresión mustia ha desaparecido de tu cara- le dice su hermana, satisfecha ante el cambio.

-He decidido seguir a pies puntillas el consejo de Memeh y Esra. Acabo de invitar a Sol a pasar una temporada con nosotros- expone.

-Buena decisión, amore. El bambino necesita que seas feliz- celebra Marcela abrazando a la joven y dándole un beso en la mejilla.

-¡Dios! Necesito una cuna para Luna- dice Montse entusiasmada-... voy a ponerme ya con las habitaciones y en cuanto termine buscaré una por internet- dice.

-Marcela, puedes apañarte sin mí durante un rato. Ayudaré a mi hermana. No quiero que ella sola se encargue de las habitaciones- pregunta Marla a su compañera de tarea.

-Ve con ella.

Las dos hermanas abandonan la gran cocina camino del piso superior. Excepto la habitación que ocupa el matrimonio italiano, de la cual se ocupan ellos mismos, hay que acondicionar todas las habitaciones del piso superior. En esa misma planta, en una pequeña habitación donde se oculta un armario empotrado para la lencería, también descansa el carro de limpieza y los productos que se usan para ese fin. Marla se encarga de empujar el carrito para llevarlo hacia la habitación más próxima.

-Yo me encargo de los suelos y los baños- señala Marla, quitando a su hermana la fregona de las manos.

Montse está dispuesta a protestar cuando su hermana le pone el dedo índice en los labios para hacerla callar.

-Les he prometido a Esra y Memeh que cuidaría de ti.

- De acuerdo- acepta Montse, levantando las manos en señal de aceptación.

Rápidamente camina hacia la cama para retirar la lencería de la cama.

-¿Puede saberse a que se debe ese careto tan mustio?-pregunta Montse a su hermana, mientras lanza las sábanas usadas a un extremo de la habitación para que no molesten.

-¿Cómo?- finge su hermana no haber entendido la pregunta.

-Chica, desde que los papás han dicho que vienen, te ha cambiado la cara.

-Imaginaciones tuyas- replica Marla.

-¡Si, si!

Durante un rato, cada una se dedica a su labor, amenizadas por la música que la menor acostumbra a usar durante sus horas de trabajo. Cuando la cama está vestida de limpio Montse asoma la cabeza por el cuarto de baño y pregunta:

-No será que te preocupe lo que piensen los papis al verte compartir cama con el pirata, ¿verdad?

El ceño fruncido de su hermana ante su observación ofrece una clara respuesta. Ha dado en el clavo.

-¡Tú estás loca!- señala aun así su hermana.

Al llegar la noche esa misma frase se repite. Marla vivía sola desde hacía muchos años. Años en los que su intimidad en pareja ha sido solo de ella. Que lleguen sus padres y la vean compartiendo habitación, y cama, con un hombre que ha conocido hace tan solo tres meses le preocupa. Ella siempre ha sido muy sensata. Hacer ese tipo de locuras es propio de su hermana, la alocada.

Al pensar en el que dirán sus pares, Marla se aventura a pedirle a Morgan que regrese a su habitación durante los días en los que sus padres les visiten.

-¡Tú estás locas!- espeta el americano incrédulo-... ¿De verdad me estas pidiendo que finjamos mientras que estén aquí tus padres?- pregunta.

-Podemos pasar la noche juntos. Mis padres son de los que se acuestan temprano, como Marcela y Fabrizio- alega Marla, intentando de exponer ciertas ventajas.

-¡No me lo puedo creer!

- Serán solo unos días.

-¡No me lo puedo creer!- insiste Morgan, abandonando la cama donde ya estaban acomodados.

Ofuscado y molesto vuelve a ponerse los bóxer. Con paso enérgico camina hacia la butaca donde había dejado su ropa y se viste.

-¡Morgan!

- No Frozen. Esta noche la voy a pasar en “mi” habitación- dice recalcando el artículo posesivo-... Tengo que adaptarme a mi nueva “normalidad”- añade, matizando con rintintin la última palabra.

-Morgan, espera...- le pide ella, acercándose a él con la intención de suavizar su postura.

-Mañana recojo mis cosas- sentencia el americano sin ocultar su malestar- Que duermas bien, Frozen- se despide de Marla.

Cuando la puerta de la habitación se cierra la española se maldice a si misma por no ser tan atrevida como su hermana.

CREA FAMA Y ECHATE A DORMIR

Los padres de Marla y Montse llegan el jueves de esa misma semana. El coche entra en el aparcamiento privado de la posada. Cuando los recién llegados abandonan la Fiat Doblo que el cabeza de familia conduce, sus hijas se abrazan a ellos. Tres meses habían sido muchos días sin verse. Más de lo acostumbrado.

-¡Chicas, chicas! Dejemos los abrazos para luego. No quiero que se derritan nuestras acompañantes- corta Paco Picón todas esas muestras de afecto para caminar hacia la puerta trasera de su vehículo y coger de la sillita de bebé a la pequeña Luna, quien alza los brazos encantada.

Mientras tanto, por la otra puerta, una sonriente Sol abandona el coche. La sonrisa de Montse se amplía. Sin desviar la mirada de los ojos de la recién llegada, camina hacia ella. Con el ímpetu que le caracteriza, se acerca a Sol y le da un beso en la boca.

-Chicas, creo que hace demasiada calor para tener a esta pequeñaja aquí fuera- dice Paco, rompiendo el momento romántico de su hija menor.

Fabrizio y Morgan salen de la cocina para ayudar con las maletas de los recién llegados. Cuando regresan a la sombra de la cocina, Morgan camina detrás de Montse, quien a su vez hace lo propio cogido de la cintura de la recién llegada, mientras ambas comentan cuanto ha crecido la pequeña en el poco tiempo que llevan sin verse. Cuando el americano paso por el lado de Marla le dice al oído:

-Deberías aprender de tu hermanita. Ella no se avergüenza de mostrar sus sentimientos- susurra burlón.

Marla cierra los ojos. Se lo merece. Lo sabe. Solo espera que Morgan acepte sus disculpas y abandone ese comportamiento hostil que había desaparecido entre ellos hacia meses.

Pero no. Contra todo pronóstico, la actitud del americano hacia ella no cambia. Morgan Carrillo la evita. No vuelve a compartir cama, ni sexo, desde que la joven tuvo la brillante idea de pedirle que regresase a su habitación.

Tal y como las dos hermanas habían supuesto, sus padres y la pareja italiana enseguida confraternizan. El matrimonio Picón estará eternamente agradecidos por el cariño y la ayuda que estos dos desconocidos, ahora ya parte de la familia, le han brindado a sus hijas en estos últimos y difíciles meses.

Tras las presentaciones y un pequeño descanso para sofocar el calor, el matrimonio italiano proporciona unos momentos de intimidad para que las dos hermanas puedan tener unos minutos a solas con sus progenitores y ponerles al día de todo. Arropada por el incondicional apoyo de su hermana, Montse confiesa a sus padres que está embarazada.

-¡Tú! ¿Embarazada?- repite su madre extrañadísima.

Esa era confesión que tarde o temprano esperaban, pero por parte de la mayor de sus hijas. O por lo menos lo esperaron mientras esta tuvo aquella relación a escondidas con el que había sido su jefe. ¡Pero Montse!

-No me digas que en este confinamiento has sentido ganas de embarazarte In Vitro- añade su padre.

Conociendo la sexualidad de su hija menor, esa es la explicación lógica para la noticia que acaban de recibir. Una noticia que, a pesar de todo, es bien recibida. El matrimonio Picón guardaban en secreto las ganas de ser abuelos.

Una mueca divertida en el rostro de Marla deja entre ver que la opción que a ofrecido su padre resulta graciosa.

-Aunque parezca increíble, estoy embarazada... por el método tradicional- confiesa Montse.

-¿Tradicional? ¿Tú y un...?- se queda a medio preguntar su madre.

-Si mamá- responde Montse con gesto burlón-... quién lo iba a decir, eh. Para una vez que me acuesto con un hombre, me quedo embarazada- dice con ironía.

Esperaba que a sus padres no les costase asimilarlo tanto como le costó a ella en su momento.

Y así ha sido. Para sus progenitores resulta fácil entender lo sucedido cuando su hija pequeña, suavizando su romance con la pareja turca, y eliminando a Esra de la ecuación, les cuenta lo

sucedido durante la reclusión forzosa en tiempo de pandemia.

Antes de dar tiempo a posibles preguntas sobre su relación con Memeh, Montse se apresura a relatar los motivos de la ausencia del turco, no solo los laborales. Ante el primer contacto con Sol, tan solo unas semanas atrás, el padre de la criatura fue consciente del verdadero amor de la posadera. Relatando también la decisión del futuro padre, exponiéndola como una resolución conjunta.

-Por eso nos has pedido que traigamos a Sol y a la pequeña Luna con nosotros- acierta a adivinar su padre.

-Para pedirle que se quede conmigo- reconoce Montse con un brillo especial en su mirada... ella tiene experiencia con los niños- apunta... y sería un buen apoyo cuando Marla se vaya.

Ante este último apunte, el matrimonio vuelca sus miradas en la mayor de sus hijas.

“Cuando Marla se vaya” ¿Cuándo ha encontrado trabajo la mayor de sus hijas y no les ha dicho nada?, se preguntan mentalmente.

-No es seguro que me vaya- dice Marla, queriendo quitarle importancia al tema que su hermana se ha dispuesto a lanzar.

Después de todo, tras lo acontecido en los últimos días, no sabe cómo podrá terminar todo ese asunto. Morgan no le ha vuelto a dirigir la palabra, salvo para increparla. La relación entre ellos en estos momentos es tan fría como cuando se conocieron.

-¿Entonces?- quiere saber Merche.

-Morgan, ese tiarrón tan guapo y alto que ha ayudado con el equipaje, es el hermano de los dueños de todo esto- dice Montse a modo de introducción... Pese a lo que pueda parecer, vuestra querida hija y el pirata han conectado de tal modo que, cuando este se ha comprado una mansión en Escocia para convertirla en algo parecido a nuestra posada, le ha propuesto a vuestra hija, mi cocinera, que se vaya con él- suelta del tirón. Soltando más información de lo que aparentemente su hermana estaba dispuesta a ofrecer.

-¿Y por qué me ha dado la impresión de que ese joven está molesto contigo?- pregunta Paco a su hija mayor.

-Porque soy idiota- confiesa Marla cerrando los ojos.

-Reconocerlo es el primer paso para limar asperezas- le suelta su hermana conto burlón.

Pero las intenciones de Marla quedan en eso, intenciones. El americano se muestra cordial con los padres de las muchachas. Para desconcierto de la joven cocinera, este pasa horas entreteniéndola a la pequeña Luna. Todos, incluido él, quieren otorgar tiempo libre para que Montse y la madre de la pequeña hablen sobre todo lo que la primera tiene que proponerle. El resto del tiempo Morgan lo dedica a mantener largas charlas con alguien de su pasado, o de su familia, a juzgar por el idioma en el que este conversa, el inglés. A diferencia de su rutina habitual, el americano pasa todas las tardes de del resto de la semana, y los primeros días de la siguiente, en la ciudad, en Cártama. Algo que a Marla le hace tener la mosca detrás de la oreja.

Cuando Paco y Mercedes regresan a Madrid lo hacen solos, y con la promesa de hacer llegar las pertenencias de Sol y Luna lo antes posible a la posada.

LA CURIOSIDAD MATÓ AL GATO

La frustración de Marla crece más cuando Morgan, cargado con una mochila al hombro, informa a sus compañeros, fingiendo hablar solo con el matrimonio italiano, de su ausencia en la posada durante los dos próximos días. Durante esos dos días necesita disponer de la furgoneta de la posada. Tras mirar a su ofuscada hermana, Montse da la aprobación al americano. Hasta el viernes dicho vehículo no es imprescindible. De todos modos, cuentan con el Audi de la mayor de las Picón.

A través de la ventana de la cocina, Marla ve marchar al americano. Al rebasar su altura, su mirada y la de este se cruzan durante unos segundos

A su espalda, Montse es testigo de este pequeño gesto.

-¿Cuándo piensas disculparte?- le pregunta a su hermana, haciendo que esta de un pequeño respingo, pues no la esperaba a su espalda ni tan cerca.

Está tan absorta en la marcha del americano que ha notado como su hermana se ha acercado a ella.

-No pienso ir detrás de alguien que se niega a escuchar mis motivos- espeta Marla.

-Esas razones en concreto no son fáciles de entender. ¡Joder Marla! ¿Qué tienes, trece años? ¿Por qué te preocupa tanto lo que piensen o digan los papis?... o quien sea. No te das cuenta de que, al obrar como has hecho, le has dejado clarito al pirata que él es el último mono.

La pasividad de su hermana tiene harta a Montse. Por qué se empeña en no luchar por lo quiere. Porque está más que claro que está colada por el americano. Eso es algo que deja patente cada vez que lo busca con la mirada, tal y como ambos acababan de hacer.

Sus gestos y sus formas de proceder no cuadran.

Como respuesta a la parrafada recibida Marla suelta un bufido. Flexionando el cuello hacia atrás intenta liberarse de la tensión que siente acumulada en su cuerpo. Está cansada de ese mono tema con el que su hermana ya la ha avasallado en otras ocasiones. Sabe que sus inseguridades le han jugado una mala pasada. También está convencida de que la reacción de él tampoco ha sido muy madura.

Afortunadamente Fabrizzio entra en la cocina cargado con la cesta de los huevos. Una excusa perfecta para desviar el tema.

-Fabrizzio, que oportuno- le dice la mayor de las hermanas, llevando sus manos hacia la cesta... estaba pensando en hacer flan de huevo para el postre.

Montse capta la indirecta. Ha entendido con claridad que el tema “americano” ha quedado zanjado para este día que acaba de comenzar. Además, este mismo día tiene cita en la ciudad con

el ginecólogo que la llevará durante el embarazo. Una cita que había concertado junto a Memeh y Esra antes de la marcha de estos. Tienen que estar en Cártama a las cuatro de la tarde. El día anterior, Sol y ella, habían tomado la decisión de viajar a la ciudad después de las tareas en la posada y comer allí.

Con las nuevas expectativas, y con los nervios por la consulta médica, la tarea en la posada avanza más rápidamente que en otras ocasiones. Cuando Sol concluye con la limpieza del baño de esa última habitación sale a la terraza, donde su compañera está dando los últimos retoques a las tumbonas y a la pequeña mesita que media entre ambas. A diferencia de lo que esperaba encontrar, Montse está apoyada en el pequeño muro de celosía que marca la periferia de la terraza privada de esa habitación, con la vista clavada en un punto en el patio interior.

Al situarse junto a Montse puede ver que tiene a la joven tan concentrada. Bajo el cobijo de la buganvilla que hay plantada junto a la construcción que sirve de alojamiento a las hermanas, Marla habla y acaricia a una atenta Florence, la perra de la que Morgan se encarga de pasear todas las mañanas y de la que Marla por fin se ha encariñado.

-Me joroba verla así- comenta Montse, sin necesidad de que su compañera pregunte- ... está pilladísima por el buenorro del pirata americano. Pero los dos gilipollas con los que salió anteriormente la engañaron. Sé que se quiere mantener a distancia para no volver a vivir esa mierda otra vez- añade.

-Por qué no le dices que se venga con nosotras a Cártama- propone Sol mirando a su chica.

Ver a Montse entristecida por la actitud de su hermana le conmueve.

-Salir de la posada le puede despejar un poco- añade Sol- así, también nos podemos llevar a Luna y dejar un poco de paz y tranquilidad para Marcela y Frabrizio.

-Buena idea- acepta Montse sonriente la propuesta de Sol-... después de la consulta podemos tener una tarde de chicas- aplaude ilusionada.

Convencer a Marla no resulta costoso. Al igual que pensó Sol, la aludida cree que acompañarlas puede ser una buena manera de desviar sus pensamientos de quien se los tiene absorbidos. Necesita distraerse.

A las doce y media la cocinera saca su Audi del cobertizo donde duermen los vehículos de la posada y tras colocar la sillita para la pequeña Luna, las cuatro se ponen rumbo a la ciudad. Siguiendo los antojos de la embarazada, las tres mujeres toman asiento en una de las mesas de un

establecimiento de comida rápida, bajo la carpa refrigerada donde otras familias con niños disfrutaban de sus hamburguesas. Sol y Marla se encargan de las bandejas de los pedidos mientras Montse y la pequeña Luna disfrutaban de la sombra, el aire acondicionado y la pequeña construcción de PVC donde la niña intenta imitar a otros niños más mayores.

Sin prisas, degustan sus menús, mientras Sol compagina su comida con el potito que ha llevado para su hija.

Llegan media hora antes de la cita en la consulta de la clínica privada que Memeh había escogido antes de su marcha. Marla ameniza la espera mostrándole a la pequeña unos videos de dibujos animados mientras la niña se acomoda entre sus brazos.

El nerviosismo de Montse, subida en el potro de la consulta, es latente. Esta vez el estrés es mayor que cuando ha tenido que ir a cualquier revisión periódica. Si todo va como Sol le ha contado, este día verá a su bebé por primera vez.

-Muy bien mamá- dice la joven ginecóloga tras finalizar el tacto vaginal de la primera parte de la exploración-... por aquí todo bien. Ahora vamos a escuchar el latido del bebé- anuncia, acercando el carro del ecografo hacia la paciente.

Montse, emocionada, se muerde el labio inferior. Nunca hubiera imaginado que vivir un momento así fuese tan emotivo.

-¿Puedo grabarlo?- pregunta de repente.

Con Sol está en la mejor compañía, pese a todo, le es imposible no pensar en Memeh y Esra. También ellos se merecen vivir este momento tan especial. Con el permiso de la ginecóloga, Sol saca el teléfono del bolso de la paciente. Primero enfoca la feliz expresión de Montse para guiar después el terminal hacia la pequeña curvatura del vientre de esta, por donde la doctora desliza el brazo del ecografo. Finalmente fija el objetivo en la pantalla del monitor, donde la silueta de un feto, en blanco y negro, se mueve.

Tras intercambiar miradas y sonrisas, la pareja se fija en el rostro de la doctora. De pronto ven en la mujer un ligero toque de seriedad.

-¿Va todo bien?- acierta a pregunta Montse.

-El bebé se está formando correctamente- apunta la ginecóloga- ... no obstante, su ritmo

cardiaco no suena tal y como debería- añade seriamente.

La mano de Sol rápidamente aprieta la de Montse para infundirle ánimos.

-No te quiero asustar. No hay porque ponerse en lo peor, pero a partir de hoy quiero que hagas reposo- dice la doctora retirando el gel de la barriga de su paciente y recogiendo las imágenes que ha seleccionado para imprimirle-... Te voy a dar cita para dentro de dos semanas. No te asustes. Son muchos los embarazos que requieren reposo- dice, intentando infundirle un poco de consuelo, el mismo que parece haberse perdido en el rostro de Montse.

Intentando que su positividad, y no hacer que su preocupación se extienda a su hermana, Montse intenta forzar una sonrisa al cruzar la puerta que separa la consulta de la sala de espera.

-¿Reposo?- repite Marla, marcando una pequeña mueca de preocupación entre sus labios.

-Mamá siempre nos ha contado que tuvo que guardar reposo cuando estuvo embarazada de ti- le recuerda a su hermana, con afán de borrar la preocupación del rostro de esta.

- En tal caso, declaro finalizada la tarde de chicas- proclama Marla- ... Cuanto antes comiences con el merecido descanso, mejor.

-Me muero por un helado. Por favor, por favor, por favor- suplica Montse.

Justo, en la planta baja de ese edificio, ha visto una heladería. Al entrar sintió un incontrolable deseo de comerse un helado de leche merengada. Conocedora de cual iba a ser su estado una vez llegasen a la posada, no quería marcharse sin probarlo.

-Un helado y para casa- accede Sol con tono autoritario.

No piensa dejar que su compañera se pase a la torera algo tan importante como la prescripción médica. Va a hacer reposo, si o si.

Con una sonrisa triunfal y de oreja a oreja, Montse abre la puerta de la heladería. Ese helado le viene muy bien a las tres mujeres. La tarde es verdaderamente sofocante. Con toda la calma del mundo, la embarazada disfruta de su copa de helado de tres sabores, pues a la leche merengada le ha añadido una bola de chocolate y otra de fresa. La pequeña Luna da palmas de alegría cada vez que la posadera comparte con ella una cucharadita del delicioso delicatessen. Pese a la

reticencia de Marla y Sol por emplear el tiempo de reposo en la heladería, ninguna sucumbe a la tentación y ambas degustan unas pequeñas tarrinas con una bola de helado. La primera se declina por el helado de menta con chocolate, su favorito. La segunda elige el helado de limón, un sabor refrescante donde los haya.

Una hora después, ya sin excusas plausibles, las tres caminan bajo el sol en busca del Audi. Al llegar al coche, Marla acciona el mando para que las puertas se abran. Mientras sus acompañantes toman un trago de agua para hidratarse antes de entrar en el coche, ella retira el parasol y encienden el aire acondicionado. Al igual que sus acompañantes, y mientras Sol asegura a su pequeña a la silla, la conductora camina hacia donde se ha cobijado su hermana para tomar un trago de agua.

Cuando termina con el agua, el poner la vista al frente, algo llama su atención. Con un simple “ahora vengo”. Le entrega a su hermana la botella del agua. Sol y Montse la miran asombradas. Como una camicace cruza la carretera, casi sin mirar a los lados antes de cruzar. Cuando llega a la acera de enfrente ambas pueden reconocer la furgoneta de la posada.

Desde su posición pueden ver como Marla se acerca al ventanal de un restaurante y como, usando sus manos como parapeto para evitar que el sol la deslumbre, esta pega su nariz a los cristales. Lo que no pueden ver es como se le desencaja la mandíbula al localizar a Morgan Carrillo delante de la barra del bar, con una pelirroja a su lado. Le molesta la sonrisa que se refleja en su rostro cuando él mira a esa mujer. Se le hiela la sangre cuando este abandona su butaca con una infinita alegría en la cara y si más hace que la pelirroja abandone su asiento para alzarla entre sus fuertes brazos.

DE LOS ESCARMENTADOS NACEN LOS AVISPADOS

Esa tarde, ante la prescripción médica, las tareas de la posada se reubican y reparten para todos, librando a Montse de ellas durante un tiempo indefinido.

Morgan regresa el viernes por la mañana. Sabe que la posada tiene reservadas todas las habitaciones y no quiere dejar a las hermanas sin su colaboración. Cuando llega Fabrizzio le pone al corriente del estado de Montse. El americano intenta un acercamiento con Marla para intentar liberarla de alguna carga laboral, pero esta, más seria que nunca, lo esquivo sin disimulo.

-No necesito tu ayuda- dice ella tajante y seca, antes de cerrarle la puerta de la habitación Jazmín en las narices.

Anonadado ante tal comportamiento, Morgan se gira. Al volverse, se topa con Sol, quien sale de la habitación contigua, empujando el carro de la limpieza.

-¡Esta mujer está dispuesta a volverme loco!- espeta.

Sol lo mira apenada. Conoce los motivos por los que Marla está tan irascible. No obstante, hasta el día de hoy, ella ha sido testigo de cómo ambos se han buscado con la mirada. Quizá lo que vio y contó la cocinera tiene una explicación que al parecer no tiene intención de conocer. Es obvio que las malas experiencias de su compañera han dictado un veredicto anticipado.

-Te vio en Cártama...- le susurra Sol cuando pasa por el lado del ofuscado americano.

La expresión de Morgan le dice con claridad que no sabe de qué le habla.

-...abrazado a la pelirroja.

-¡Fuck duck!- maldice el americano en su lengua.

Los primeros huéspedes de este nuevo fin de semana llegan, Con la incapacidad de la posadera embarazada, Marla abandona su acostumbrado refugio en la cocina para sustituir a su hermana. Este nuevo cargo la mantiene ocupada y alejada de los intentos en los que Morgan intenta interceptarla para poder hablar con ella.

Al caer la noche, con la excusa de visitar a su hermana y llevarle agua fresca y fruta, Marla desaparece de las dependencias comunes de la posada.

Refugiado en la tranquilidad de la cocina, Morgan degusta una cerveza fría mientras que espera a que su objetivo regrese. Sabe que, si la intercepta en la intimidad de esa dependencia, puede tener la oportunidad que anda buscando.

Una nueva luz destellante capta la atención del americano. Fijando sus cinco sentidos descubre que esa luz proviene de la habitación de quien él anda esperando.

-¡Será...!- espeta sin saber cómo calificarla.

La opción de que Marla se retirase a su habitación tan temprano no la había contemplado. Bajo ningún pretexto piensa dejar esa conversación para otro día. Con paso seguro abandona el botellín sobre la encimera y abandona la cocina para cruzar el patio. El tiempo vivido en la posada le ha enseñado que la puerta que franquea las dependencias donde conviven las dos hermanas siempre está abierta. Muy seguro de sí mismo cruza el umbral. Con decisión golpea la puerta tras la que se oculta la habitación que años atrás había sido suya y la que hasta hace una semana compartía con Frozen.

Sin sospechar quien se encuentra tras esa llamada, Marla abre, ataviada con la camiseta que usa para dormir.

-¡Tú!- espeta al descubrir que es Morgan quien llama a la puerta.

El americano es rápido. Antes de que ella cierre la puerta en sus narices, como pretende, introduce uno de sus pies entre la lámina de madera y el marco.

-Quiero hablar contigo- dice él con decisión.

-Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

-¡Marla!

-Ni Marla, ni leches- grita ella.

En el tiempo en el que ha estado en la posada, pese a la tensión habida entre ellos durante las

primeras semanas, ella nunca ha perdido los papeles. Marla no es de ese tipo de personas. Pero al verlo en aquel restaurante, abrazando a aquella mujer de pelo rojizo, hizo que todas sus inseguridades se apoderaran de ella. ¿Es qué era una presa fácil para todos los infieles del mundo?

Desde la habitación de en frente Montse puede escuchar las voces de su hermana y la paciencia que intenta mantener el americano. Cansado del forcejeo, y también porque la fuerza que ejerce Marla sobre la puerta le está causando cierto dolor en los dedos del pie encajado, Morgan se retira. Al no encontrar resistencia ella consigue cerrar la puerta, dando un portazo.

Cuando la puerta de la derecha se cierra, la de la izquierda se abre. Morgan suelta un profundo suspiro frustrado.

-Tu hermana se ha propuesto volverme loco- apunta el americano, pasándose las manos por el cabello.

-Te vio con una pelirroja en Cártama- señala Montse con las manos apoyadas en sus caderas.

La forma de actuar de su hermana, cuando supo que sus padres se alojarían en la posada no fue acertada. Así se lo hizo saber en su momento, tal y como ahora le recrimina a Morgan su... ¿infidelidad? Porque entre ellos no se habían pronunciado la palabra amor o pareja, aun así, su día a día, hasta hacía una semana, la relación de ambos había sido un símil de esas dos palabras.

-Esa pelirroja es Eve. Mi hermana pequeña- apunta él.

El gesto de Montse cambia de enfado a sorpresa.

-Anda, pasa- invita la posadera al americano para que entrase a su habitación- Marla necesita serenarse y tu conocer el por qué de su reacción.

Ofuscado Morgan acepta la invitación de la joven. Durante más de una hora esta le cuenta lo mal que han acabado las escasas relaciones de su hermana. Los motivos que hicieron que el mundo se le cayera a los pies cuando lo vio abrazada a aquella mujer.

A su vez él le relata las razones de aquellos emotivos abrazos. Su hermana pequeña, hermana solo de madre es escocesa, como el padre de ella. Entre ellos hay muchos kilómetros de distancia. Sus visitas se habían reducido a esos escasos días en los que ella y su pareja, un joven de Cártama y afincado en Escocia, pasan en España visitando a la familia de su pareja. Aquella

tarde su hermana le acababa de comunicar que iba a ser tío.

Más calmado, y con conocimiento de causa, Morgan regresa a su habitación. Sabe que debe darle a Marla unos días para que se apacigüe y poder aclarar este mal entendido de una vez.

AL QUE NO QUIERE CALDO, DOS TAZAS

Pero como los problemas nunca vienen solos, esa misma noche las cosas se tuercen un poco más.

A las dos de la madrugada Montse se despierta sobresaltada. Sol, al notar la agitación de su compañera enciende la luz de su mesita de noche.

-Cariño, ¿qué te pasa?- le pregunta adormilada.

-No lo sé- responde Montse agobiada- ...me dan pinchazos y me noto mojada- dice esta al notar algo húmedo en sus bragas.

Extrañada por esa sensación lleva una mano hacia la humedad mientras que con la mano libre enciende la lámpara de su lado. Entonces ambas ven la mano de Montse manchada de algo muy parecido a la sangre.

-¡Ay, Sol!- gime Montse al terminar de destapar su cuerpo y ver la mancha de sangre en su ropa interior y en la sábana.

-No te asustes, cariño-le pide Sol, intentando ocultar que ella está igual de alterada.

Antes el aumento de dolor abdominal y que, con el alboroto de las dos mujeres, la pequeña Luna se despierta, Sol abandona la habitación en busca de la ayuda de Marla. Rápidamente esta toma el control de la situación con una entereza que ni ella misma sabe de dónde la está sacando. Porque Marla está aterrada. Muy alarmada. Pero sabe que no es el momento de ponerse histérica.

-Sol, llévate a la niña a mi habitación y acostaos- le pide a la madre que intenta acurrucar a la pequeña entre sus brazos-... Voy a ayudar a mi hermana a vestirse y ella y yo nos vamos a urgencias- continúa diciendo, llevando a su hermana hacia el baño mientras coge ropa limpia de sus cajones.

-Pe-pero- intenta replicar la joven.

No quiere dejar a Montse en un momento así.

-Es muy tarde para despertar a Marcela para que se quede con la niña. Prometo tenerte al corriente de todo. Sea a la hora que sea- promete Marla.

Media hora después las hermanas Picón abandonan la posada en el Audi que conduce Marla, llevando las dos el corazón en un puño.

Tras someter a la embarazada a una serie de pruebas rutinarias para una gestante: analíticas de sangre, una ecografía y un tacto vaginal, los resultados llegan. El corazón del feto ha dejado de latir. El sangrado viene debido a que su organismo, sabio en estas lindes, está comenzando a rechazar el feto. La esperanza de los facultativos es que el aborto siga su cauce en las siguientes horas, ayudado por la oxitocina y así evitar pasar por quirófano.

A las siete de la mañana el teléfono de Morgan suena. Sorprendido por lo temprano que es, el americano responde.

-Siento llamarte tan pronto. Sé que vas a salir a correr y cuando tú regreses Joserra y yo estaremos viajando... y no quiero que se me olvide- suelta de una tirada Eve.- Me acaban de llamar de The Elms. Han surgido problemas con los permisos de la mansión y si no firmas, ya, la obra se demorará unos meses- le termina de contar.

-¿Cuánto tiempo?- quiere saber Morgan.

Quizá el tiempo de espera merezca la pena. Había barajado la opción de ponerse manos a la obra con The Elms sin demora. Su hermana y su cuñado iban a hacerse cargo de la supervisión

mientras él estuviese en España. No contó con el periodo vacacional dado que cuando compró la propiedad aun existía el confinamiento global que no parecía dar alas para unas vacaciones estivales. Este imprevisto sitúa a Morgan entre la espada y la pared. No ve justo fastidiar a su hermana de su tiempo con su familia política. Por otro lado, las cosas con Marla no están en su mejor momento. Sus planes iniciales incluían a la española con él desde el minuto uno.

-Tienes hasta el miércoles para arreglarlo o comenzaran otro proyecto- responde Eve.

-¿Cuánto les llevaría el otro proyecto?

-Seis meses.

¿Seis meses? Mucho tiempo. Morfan había invertido el dinero de la venta de su propiedad en Carlsbad con la intención de restaurar esa preciosa mansión lo antes posible para así comenzar con su nueva vida. Su nuevo negocio.

-De acuerdo. Pásame el contacto y hablo con ellos ahora mismo. Mañana estaré en Escocia- acepta Morgan esta alteración en sus planes.

El ejercicio físico de esa mañana es más corto de lo habitual. No ha podido dejar de darle vueltas a la situación. Tiene que viajar a Escocia. ¿Cómo hacerlo sin arreglar sus problemillas con la terca española?

Como cada mañana, después de su paseo con Florence, y de abastecer al can de su comida y agua diaria, entra en la cocina para hidratarse. A esas horas suele encontrarse a todas las mujeres de la posada desayunando. Al entrar en la cocina le sorprende la tristeza que aprecia en el rostro de Marcela y Sol. Esta última tiene los ojos hinchados y rojos e intenta ocultar su rostro tras el cuerpo de su pequeña.

-¿Sucede algo?- pregunta, convencido de no equivocarse, a juzgar por el semblante de las mujeres.

Sol rompe a llorar. Marcela deja de vigilar las tostadas para acudir a consolar a la joven.

-Montse está en el hospital- le dice la italiana-...Bambina, no llores más- le dice a Sol, quitándole a la pequeña de los brazos para poder envolverla a ella en un necesario abrazo.

-¿Cuándo? ¿Qué ha pasado?- quiere saber Morgan, agachándose para estar a la altura de Sol.

-El corazón del bebé no late- murmura ella entre sollozos.

Morgan la envuelve en un tierno abrazo. No es momento de someter a Sol a un tercer grado para informarse de todo lo acontecido. Necesita su apoyo.

Con la joven calmada, ante una taza de tila y una tostada que no llega a probar, la joven relata al resto de los habitantes de la pensión como sucedió todo. El sangrado de Montse. Que las dos hermanas se marcharon al hospital. Les lee los mensajes que Marla le ha ido enviando.

-Tenemos que atender a los huéspedes- dice Marcela al escuchar a los primeros comensales que se acercan por el salón en busca de sus desayunos.

-Yo serviré los desayunos- se ofrece Morgan para realizar esa tarea que acostumbran a realizar Montse o Sol-... Hay que llamar a Manu y Silvia para que vengan ayudar mientras Montse y Marla estén en el hospital- añade, sacando su teléfono del bolsillo del pantalón-...¡Fuck duck!- maldice en su lengua natal-... tengo que llamar a Escocia y posponer mi viaje hasta el lunes- espeta, preguntándose porque los problemas nunca vienen solos.

EL QUE TIENE BOCA, SE EQUIVOCA

Gracias a la colaboración de Manu y Silvia, el fin de semana se capea si más incidencias que la ausencia de las dos hermanas.

Cuando llega el lunes y los últimos huéspedes se marchan, Marcela y Sol se disponen a acompañar a Manu al hospital. El legrado al que van a someter a Montse está programado para esa misma mañana y quieren estar con las dos hermanas. Fabrizio y Silvia se quedan en la posada cuidando de la pequeña Luna y de las posibles llamadas que puedan realizar futuros clientes. Bajo la dirección de Morgan, han acordado no ofrecer ninguna habitación para la semana próxima. Con las dos reservas que ya tenían concertadas de semanas anteriores sería más que suficiente. Cuando Montse regresase del hospital necesitará descansar.

A Morgan le hubiera gustado quedarse en la posada, especialmente ahora que le van a necesitar, pero tiene problemas que solventar en la propiedad que ha adquirido hace poco en Escocia y nadie en quien delegar esa responsabilidad. También le hubiera gustado partir teniendo solventadas esas pequeñas rencillas generadas entre Marla y él, algo que mientras Montse esté ingresada tiene que quedar en un segundo plano. La salud de la posadera es mucho más importante. El americano recurre a un medio de comunicación casi obsoleto para comunicarse con Marla. Mediante una carta que entrega a Sol, le cuenta a la española los motivos de su repentina marcha. Le aclara la identidad de la mujer pelirroja a quien le vio abrazado y los motivos de ese emotivo gesto. También le recuerda la oferta que en su día le hizo, la que sigue deseando que ella quiera compartir.

Esa misma mañana, mientras un taciturno Morgan embarca rumbo a Escocia, hacia su nuevo futuro, Montse entra al quirófano de paritorios con lágrimas en los ojos. Marla y Sol aguardan en la sala de espera, abrazadas, compungidas. Las lágrimas de Marla esconden dos razones: la pérdida del bebé de su hermana y la marcha del americano.

MÁS SABE EL DIABLO POR VIEJO QUE POR DIABLO

Montse recibe el alta médica, dos días después de pasar por quirófano. Cuando llega a la posada todos la reciben con los brazos abiertos y un enorme cariño. Al rebasar el mostrador que usan como recepción la joven observa unas maletas aparcadas junto a la baranda de las escaleras. Está todavía tan aturdida que, aunque ese equipaje ha llamado su atención, no llega a reconocerlo.

Sol camina junto a la convaleciente, cogía a su cintura. Junto con Marla, quien no se ha movido de su lado en todos estos días, entran en la cocina, lugar de culto para los habitantes de la posada cuando las cocineras trabajan. En esos momentos Montse reconoce a los dueños de las maletas. Mercedes y Paco Picón han viajado desde Madrid para estar con sus hijas en estos momentos tan delicados.

Mercedes, con la pequeña Luna en brazos, camina hacia su hija pequeña. Sol acoge a su hija entre sus brazos para facilitar el abrazo de madre e hija. Montse rompe a llorar cuando su madre a envuelve en un cálido abrazo, al que también se une Paco Picón.

-¡Ya está, mi niña!- le susurra su madre-... se lo duro que es perder a un hijo- le susurra, trayendo a su memoria su primer embarazo, fallido como el de su hija-... cuando estés recuperada podrás volver a intentarlo- añade.

-Mamá, ahora estoy con Sol,... sería un milagro- replica Montse, riendo mientras llora, por la ironía de su madre.

Si algo siempre había tenido claro Montse es que ella es una persona fiel a su pareja. La relación a dos bandas vivida durante la pandemia había sido fruto de una atracción hacia Esra, quien había deseado compartirla con su pareja sentimental. Aquello no había sido un trío cualquiera. Aquello fue una relación entre y exclusivamente para los tres. Algo de lo que jamás hubiese imaginado que sabría disfrutar... Pero ahora su relación con Sol está afianzada y no la va a poner en peligro.

-Cariño, Sol estuvo casada con una mujer cuando se quedó embarazada de Luna- añade su padre.

La esperanza es lo último que se debe perder, especialmente cuando el instinto maternal se ha despertado.

-¿Has hablado ya con el padre? -Quiere saber Paco.

A pesar de esa extraña relación a distancia de su hija pequeña, el hombre entiende que lo ocurrido es algo que la otra parte también debe conocer.

-Marla habló con Memeh cuando me trasladaron de urgencia a planta- le dice su hija pequeña.

-En cuanto sus asuntos laborales le permitan un hueco vienen a vernos- informa Marla.

Desde la mañana del ingreso, Memeh y Esra han telefoneado dos veces al día. Siempre ha sido Marla quien ha hablado con ellos.

-Les prometí que en cuanto estuvieses en casa, y te encontraras mejor, les harías una videollamada- le recuerda a su hermana.

Tres horas más tarde, en la intimidad de la habitación que comparten Montse y Sol, una conversación en remoto se lleva a cabo.

-Habibi, no me gusta verte tan triste- vuelve a señalar Memeh.

Si había algo que les había cautivado, a él y a Esra, había sido la eterna sonrisa de la española. Un gesto ausente durante la charla que les ocupa.

-Sabéis lo que me costó aceptar que estaba embarazada...- señala Montse-... ahora me parece surrealista no tenerlo en mi vientre- asegura tocando su vientre vacío.

-Tienes que ser positiva y volver a sonreír- le dice el turco queriendo que su sugerencia suene más a orden que a otra cosa-... si cuando estés repuesta sigues queriendo ser madre, yo estoy dispuesto a seguir siendo el padre de nuestro hijo- añade, cogido a la mano de su compañera sentimental.

Esra lo mira con una sonrisa amable. Ellos dos nunca habían barajado la opción de ser padres. Ellos dos, como familiar, se bastaban. Sus trabajos, sus viajes en busca de los mejores lugares para rodar películas o videos no eran compatibles con un hogar estable y sedentario. Pero algo cambió en ellos con aquella paternidad imprevista y con la estabilidad que la española estaba dispuesta a ofrecerle al bebé sin la necesidad de atar en corto al padre. Esa oportunidad le dio un carisma y unas expectativas en la que jamás habían pensado. Memeh sentía la pérdida de esa criatura casi con la misma intensidad que lo hacía la madre, aunque delante de la cámara quería parecer sereno para poder infundirle a Montse los ánimos que sin duda necesita de todos sus seres queridos.

La conversación vía Zoom se prolonga durante casi una hora. No queriendo ahondar en la dolorosa llaga, y con el afán de alegrar el rostro de la convaleciente, la pareja turca relatan sus días en el norte de España. El sofocante calor ha sido cambiado por la lluvia persistente, la cual no les ha impedido realizar su trabajo.

Mientras tanto, en la cocina, Marcela y Mercedes intercambian trucos y recetas mientras que sus maridos degustan unas cervezas. La amena compañía de Fabrizzio y los chascarrillos de las dos mujeres no hacen que Paco pierda de vista a su hija mayor. Esta ha abandonado la cocina con el pretexto de buscar el cargador de su teléfono. Pasado un rato, en lugar de regresar a la concurrida cocina, decide tomar asiento bajo la bugambilla en compañía de Florence.

-Me alegra ver que por fin has perdido el miedo a esta presociedad- dice Paco junto a su hija mayor, sobresaltándola y sacándola de su ensimismamiento.

Con una cálida sonrisa toma asiento junto a Marla.

-Creí entender que Morgan y tú os iríais juntos a Escocia- comenta el hombre, sin rodeos.

-Han pasado muchas cosas desde aquello- reconoce ella sin dejar de acariciar a la perra acurrucada a sus pies.

- Cosas tan graves como para que te quedes aquí- insiste su progenitor.

-No- reconoce Marla cerrado los ojos.

Ahora lo sabe. Ha leído y releído la carta que Sol se apresuró a entregarle el día de la marcha del americano. Ha llorado de impotencia después de leerla, por haberse comportado como lo hizo. Por sus inseguridades.

-¿Va a regresar?- pregunta su padre.

-No- responde Marla sonando tajante. Tan claro como él le ha asegurado en la carta.

Del bolsillo trasero del pantalón tejano saca la cuartilla de papel doblada. Paco lee atentamente las líneas escritas por el americano. Cuando finaliza devuelve la nota a su hija, quien la vuelve a doblar antes de guardarla donde ha tenido todo este tiempo.

-¿Has sabido leer entre líneas?- le pregunta su madre.

-Mi conclusión no es tan optimista como la tuya- reconoce ella.

-Si te quedas aquí nunca lo sabrás.

MÁS VALE PÁJARO EN MANO QUE CIENTO VOLANDO

Cuatro días después del alta hospitalaria de Montse, sus padres regresan a Madrid con la promesa de regresar en cuanto el cabeza de familia cogiese las vacaciones.

Montse se reincorpora a sus tareas en la posada. Mantener la mente ocupado le ayuda a reponerse de esa inmensa tristeza que se ha apoderado de su ser tras el aborto. Pero no solo el corazón de la joven posadera se rompió tras aquel lamentable suceso. El corazón de Sol también sufre. Ver apagada a un ser de luz como Montse es doloroso. Verla dejar escapar alguna lágrima cuando cree que nadie la ve, mientras acuna a Luna para dormirla es desolador.

-¡Shhhhhh! Acaba de dormirse- susurra Montse en el momento en el que Sol abre la puerta de su habitación para entrar

Con una sonrisa Sol se acerca a la cuna. Con ternura besa a su hija. Un dulce beso en la frente. Acto seguido paso el brazo derecho por la cintura de Montse para aconsejarla:

-Tu deberías hacer lo mismo. Hoy has trabajado duro. Demasiado.

-Primero voy a darme una ducha- apunta Montse.

-De acuerdo. Creo que yo también me voy a estirar un poquito, aprovechando que el terremoto está dormidita- reconoce Sol.

Y es que, la pequeña Luna ya está comenzando a dar sus primeros pasos y esto hace que todo el que la cuida esté molido.

Tras un rápido beso en los labios Montse recoge ropa de sus cojones de la cómoda para acto seguido encerrarse en el cuarto de baño. Desde la cama Sol observa el teléfono de su compañera, descansando sobre la mesita de noche del lado donde esta acostumbra a dormir. Lleva todo el día con una loca idea rondando su cabeza. En el mismo instante en el que el ruido del agua de a ducha suena, la madrileña se lanza a por el teléfono de Montse.

Con los ojos puestos sobre la puerta que encierra el baño, Sol desbloquea el teléfono de su compañera. Busca entre los contactos de WhatsApp de esta y en cuanto lee el nombre que anda

buscando lo selecciona. Con decisión escribe el siguiente texto:

“Hola Memeh, soy Sol. Montse no sabe lo que estoy haciendo. Quizá me retire la palabra cuando lo sepa, pero no puedo quedarme impasible ante tanta tristeza. Nunca pensó en la posibilidad de ser madre, no obstante, tras la pérdida de vuestro bebé se que algo se ha roto dentro de ella.”

“Le he pedido que acepte tu propuesta. La de volver a concebir una nueva criatura. Sé que tú también has sufrido esa pérdida. Lo vi en tu mirada. Sé que aquellas palabras que le dijiste fueron sinceras. Yo te pido que me ayudes a convencerla para que acepte nuestro regalo. Tu pones el esperma y yo pago la In Vitro.”

Acto seguido presiona el botón de enviar. Como se ha dejado llevar por un impulso y no quiere que Montse se entere de nada hasta que el turco acepte, o no, su propuesta, busca la opción de eliminar mensaje en la variante de “eliminar para mí” y deja el chat de Memeh tal y como lo encontró.

Antes de alcanzar la mesilla de noche para devolver el teléfono a su sitio un zumbido anuncia la entrada de un mensaje. Incrédula Sol lo revisa. Asombrada puede ver que el mensaje que acaba de entrar es la rápida respuesta de Memeh.

“Buenas tardes Sol. Nada me haría más feliz que ser padre. Ni Esra ni yo habíamos pensado en esta posibilidad hasta que la situación se materializó gracias a Montse. Ese bebé no nato ha cambiado todas nuestras expectativas.”

“ Acepto encantado la nueva posibilidad de ser padre, pero permíteme una corrección: yo pongo el esperma y me encargo de sufragar la inseminación. Que menos, especialmente sabiendo que tu serás quien, junto con la madre, vas a estar ahí en su día a día”.

Rápidamente Sol teclea una respuesta:

“Gracias, gracias, gracias”, teclea. “En ti recae el peso de convencerla. Es más, este mensaje se autodestruirá en tres, dos, uno...” “No quiero que Montse me mate por haber intercedido ù ù XXX” escribe Sol.

Con el pulso acelerado, y no solo por los resultados positivos de su locura, sino porque el ruido del agua ha cesado, Sol se apresura a borrar también esos últimos mensajes.

Cuando Montse regresa a la habitación, vestida tan solo con un tanga y un top deportivo, sonrío a ver a su compañera tumbada en la cama, más sonriente que cuando entró en la habitación. Con una palmada sobre la colcha Sol le pide que se acueste a su lado. La posadera obedece. Se tumba su lado, de costado, para quedar ambas cara a cara.

-¿A qué se debe esa sonrisilla?- pregunta Montse en un susurro.

-Por un momento he sentido celos de Memeh.

-¿De Memeh?- pregunta Montse extrañada.

-Si yo fuera un hombre, ahora mismo podría darte el regalo máspreciado para ti- dice Sol, pasando el dorso de su mano por la mejilla de su compañera.

-Mi regalo máspreciado es tenerte a mi lado- asegura Montse.

-No lo dudo. Pero después de medio experimentar la maravillosa sensación de ser madre...

Montse posa su dedo índice sobre los labios de Sol para impedir que continúe hablado.

-Tenemos a Luna- susurra la posadera.

-Me gustaría que no fuese hija única. Sabes tan bien como yo que los hermanos son una bendición- añade Sol.

- Cuando me reponga, emocional y económicamente, iremos a por la parejita- le asegura Montse.

-El mejor momento es ahora. A mi madre se le hizo un mundo volver a empezar a cambiar pañales cuando nació Mauro- le recuerda. Sin relatar que la diferencia de edad entre ella y su hermano les ha hecho estar más distantes, si se comparan con la estrecha relación que tienen las dos hermanas Picón, las cuales se llevan menos de dos años de diferencia en contraste con los cinco años que distan entre ella y su hermano.

Una llamada entrante, en el teléfono de Montse, les interrumpe.

-¡Memeh!- susurra Montse al alcanzar su teléfono para ver quien podía llamar a esas horas de la tarde.

-Contesta... El destino te llama- le susurra Sol con aire cómico.

-¡Memeh!, que alegría escucharte- dice Montse al coger la llamada.

-Hola Habibi.... Tenemos que hablar.

HACIA DONDE EL CORAZÓN SE INCLINA, EL PIE CAMINA

Mientras Montse y Memeh conversar, en la cocina, la mayor de las Picón busca con que distraerse.

Aunque los motivos que le hacen tener la necesidad de estar constantemente ocupada son diferentes a los de su hermana, ambas necesitan emplear todo su tiempo. Marla se maldice a sí misma cada noche, en la soledad de su habitación. Echa de menos a Morgan. Más de lo que jamás hubiera imaginado. No cruzarse con él por cualquier rincón de la posada es una tortura.

-¿Qué te apetece merendar?- le pregunta a los dos galgos, a los que en escasas ocasiones, como la de esa tarde, deja entrar en la cocina-.. ¿Muffis? ¿Pastel de manzana? ¡Hummmm! Mejor tarta de queso- se responde a si misma mientras que los canes giran sus cabezas de un lado a otro.

-Pretendes engordarlos- le dice Marcela divertida.

Al bajar a la cocina a por agua fresca no esperaba encontrarse con la divertida estampa que la joven cocinera ofrece, dialogando con los canes a los que tiempo atrás temía tanto.

-Son unos pésimos consejeros- reconoce Marla sonriente-... Pensé hacer algo delicioso para la merienda, pero no sé por qué declinarme.

- Por descansar, quizá- le aconseja Marcela.

-Hace mucho calor para echarme. No podría descansar- se excusa la joven.

-Podrías usar este tiempo de relax para hablar con él, por ejemplo- le dice, mirando a Marla.

-Por inaudito que parezca, tengo que decirte que no tengo forma de hablar con él- reconoce la joven suspirando-... estando aquí no hemos necesitado intercambiar nuestros teléfonos. No tengo su número, ni su email,... solo la dirección de la mansión- añade.

-Suficiente- alega Marcela.

Una mueca de inseguridad se refleja en el rostro de Marla. “Los toros se ven muy bien desde la barrera”, piensa. La situación no es tan sencilla como Marcela le quiere hacer creer. No solo ronda el malentendido entre Morgan y ella, al verlo abrazada a la que resultó ser la hermana del americano. Su comportamiento infantil y irracional cuando lo echó de su habitación por el que dirán.. Y si por si eso no fuese suficiente, ahora que Montse estaba tan vulnerable, no cree que sea un buen momento para ausentarse y dejarla sola.

-Bambina, tu hermana no va a estar sola. Sol, Fabrizio y yo la vamos a cuidar- le dice la mujer, como si le hubiera leído el pensamiento.

Marla no duda de la veracidad de las palabras de la italiana. Quizá la situación de su hermana sea solo la excusa perfecta para quedarse allí.

-Tú tienes que hacer tu vida. Y si esta está en Escocia, con Morgan, pues así será- insiste la mujer con tono maternal, cogiéndole de las manos-... si no lo intentas, quizá, en un futuro no muy lejano, te arrepentirás de no haberlo hecho.

Un nuevo suspiro escapa de la garganta de la joven cocinera. Ese futuro del que habla Marcela ya ha llegado. Desde el mismo momento en el que supo de la ausencia del americano empezó a

echarlo de menos.

-Tienes que pensar en ti- insiste la italiana.

Con las sabias palabras de Marcela rondando por la cabeza de Marla, la joven cocinera amasa y hornea una deliciosa tarta de queso. Cuando Sol entra en la cocina, con la pequeña Luna en brazos, dispuesta a darla a la niña su merienda, la cocinera corta una porción de tarta y sirve un vaso de leche fría.

-Voy a llevarle a mi hermana la merienda- señala cogiendo lo bandeja donde ha dispuesto todo.

Cuando entra en la habitación de su hermana encuentra a esta mirando el techo, pensativa.

-Te cambio tus pensamientos por esta deliciosa porción de tarta de queso- le dice, esbozando una sonrisa.

-¡Uhhhhh! ¿Cocinando a media tarde?- le cuestiona su hermana con tono burlón-... hasta estando en Escocia el pirata no te deja descansar- añade, sabiéndose en lo cierto.

Si algo caracteriza a su hermana es el hecho de que cuando esta se encuentra agobiada por algo solo encuentra consuelo entre fogones.

-¡No me cambies de tema! Listilla- replica Marla tomando asiento sobre el colchón y colocando la bandeja sobre las piernas de su hermana.

-Memeh quiere ser padre- suelta Montse a bocajarro.

Su hermana la mira con una expresión, entre la sorpresa y el asombro.

-¿Y tú? ¿Te sientes preparada? ¿Serás capaz de acostarte con él estando con Sol?

-Sería una fecundación In vitro. Ahora estoy con Sol y no voy a serle infiel. Ni siquiera por un embarazo deseado- apunta Montse-... Sol está de acuerdo. Ha sido ella quien me ha hecho aceptar la propuesta de Memeh.

Llevando cuidado de no volcar la bandeja de la merienda, Marla se aproxima a su hermana para

abrazarla.

-¡Voy a ser tía!- murmura ilusionada.

De haber sido ella quien hubiera vivido la fatídica experiencia de un aborto, quizá hubiera necesitado más tiempo para volver a quedar embarazada.

-Saber que vas a cumplir tu deseo me hace inmensamente feliz- reconoce Marla aun abrazando a su hermana.

-¿Sabes qué me haría feliz a mí?- le pregunta Montse, separándose lo justo de su hermana como para poder mirarle a los ojos-... que también tú seas valiente y cumplas tu sueño.

La sonrisa de felicidad se nubla en el rostro de Marla, solo el tiempo que dura un parpadeo.

-Tu pirata te espera- apostilla Montse.

-¿Y dejarte? Ahora que me vas a hacer tía.

- Seguirás siendo tía desde Escocia. Tienes que vivir tu vida.

-¿Y si Morgan ha cambiado de idea? ¿Y si estar conmigo ya no es su meta? Después de...

Esas y otras son las preguntas que Marla se hace a sí misma todas las noches. Especialmente desde el día en el que el americano se marchó para no volver.

-Solo lo sabrás si te presentas allí- asegura su hermana, cogiéndola de las manos-... Morgan intentó acercarse a ti muchas veces. Mas de las que yo, personalmente, hubiera hecho. Ahora es tu turno. Tienes que mover ficha.

EL QUE BUSCA, ENCUENTRA

Una semana después de la charla telefónica con Memeh, este y Esra regresan a la posada. Su trabajo en España ha finalizado. Tienen que regresar a Turquía para exponer su trabajo y ultimar los detalles del próximo proyecto, una labor que los hará trasladarse hasta Italia.

Fiel a su promesa, y a su deseo, el turco a ultimado una cita para la fecundación In vitro en la capital malagueña. Los caminos del destino hacen que el día de la cita en la clínica de fertilidad coincida con la fecha del vuelo que Marla compró para viajar a Escocia.

-Gracias Manu, por acercarme al aeropuerto- le dice Marla a su primo.

-Para eso estamos prima- le dice él, sonriente, mientras saca del maletero una de las dos maleas con ruedas que su prima ha preparado para su viaje.

-Dime que lo que voy a hacer no es una locura- dice ella, tras un profundo suspiro, cuando se coge al asa de la maleta más pequeña.

A esas alturas del viaje la duda todavía ronda por su mente.

-Una locura sería no hacerlo. Imagínate si yo me hubiera quedado en Madrid estudiando por miedo o para que mi madre se quedase más tranquila- le cuenta él. En un pasado no muy lejano,

un viaje parecido al que ella iba a emprender cambió su vida de pies a cabeza-... Prima, el amor mueve montañas- le asegura el joven, echando su brazo libre por los hombros de Marla mientras los dos se adentran por la terminal cuatro, en busca del vuelo que le llevará a ella hacia su nuevo destino.

A pocos kilómetros de allí Montse se muerde las uñas. La espera le desespera. No puede evitarlo. Como si estuvieran sincronizados, Memeh y Sol cogen la mano de la joven posadera, cada una la que tiene más cerca.

-Habibi, todo va a ir bien- le susurra Memeh al oído.

Montse aprieta la mano de ambos. Desea de corazón que las palabras de él sean certeras.

-Montserrat Picón- llama una enfermera, con carpeta en mano, al entrar en la sala de espera.

Montse y sus tres acompañantes se ponen de pie ante la llamada.

-¿Podemos entrar con ella?- pregunta Sol.

-Acostumbra a entrar el padre- apunta la enfermera.

Montse mira a Memeh, Sol y Esra por turnos. Sabe que son muchos. Sabe que quizá esa multitud no es lo habitual, pero no quiere excluir a ninguno de los presentes. Este es un momento especial para los cuatro.

Acomodada en la camilla donde va a llevarse a cabo la fecundación Montse controla su nerviosismo, cogida de la mano de Memeh.

-¿Estás nervioso?- pregunta ella.

La mano del turco parece tensa en el tacto, algo nada habitual en él.

-¡Quién me lo iba a decir, Habibi!- reconoce él.

Una amplia sonrisa se instala en el rostro de ambos cuando al abrirse la puerta de la consulta el médico encargado del tratamiento entra, acompañado por Esra y Sol.

-Hoy haremos una excepción- anuncia el médico.

-La tía Esra se perderá el proceso de gestación. Pero podrá decirle a mi sobrino que estuve durante el milagro de su gestación... y alumbramiento- dice la turca guiñándole un ojo a los futuros padres.

Estos intercambian unas miradas y unas sonrisas. Esra y su poder de convicción. No existe nadie que se resista a su labia.

El destino de las hermanas Picón se encauza en paralelo. En el mismo momento en el que Marla cruza la puerta de embarque, los óvulos fecundados, cinco en concreto, llegan al útero de Montse, en una carrera a contrarreloj por la supervivencia del más fuerte. El que acabará formándose para dar paso a esa nueva vida tan deseada.

EPÍLOGO

EL TIEMPO TODO LO CURA, MENOS LA VEJEZ Y LA LOCURA

18 meses más tarde.

Orgullosa, tras la buena temporada de la Semana Santa, donde las reservas se han cubierto en el noventa por ciento, Montse cuelga un cartel en la puerta principal de la posada con el lema “cerrado por vacaciones”.

Cuando está cerrando la puerta ve como un taxi se acerca. La joven aguarda unos minutos. Su sonrisa se vuelve más amplia al ver que el vehículo se detiene frente a la puerta.

-¡Habibi!- grita emocionada.

Del taxi se apean Memeh y Esra. Ambos caminan hacia la posadera, fundiéndose los tres en un emotivo abrazo.

Desde el interior de la posada, las risas infantiles captan la atención de los recién llegados. A la carrera, una preciosa niña de tres años y cabello castaño rojizo llega hasta ellos.

-¡Tía Esra!- grita la niña, lanzándose a los brazos de la susodicha, quien la espera con una gran sonrisa.

-Pero que grande está mi preciosa Luna- observa la turca, alzando a la niña entre sus brazos mientras le riega la carita a besos.

Por el portón principal aparecen dos niñas de pelo azabache, caminando con torpeza y decisión. La boca de Memeh se abre y se cierra, sorprendido.

-Comenzaron a caminar hace una semana- le susurra Montse-... nos tienen a todos molidos-matiza.

Tras las dos pequeñas, aparece Sol.

-Bienvenidos sean los refuerzos- dice alegremente al ver a los recién llegados.

Los mayores se agachan para jugar y abrazar a las mellizas que caminan hasta abrazarse a Luna.

-Adoran a Luna- comenta Montse con la mirada iluminada ante la estampa que ofrecen las tres niñas.

- A una hermana mayor siempre hay que adorarla- apunta el turco emocionado. Ese matiz no era cierto del todo, pues para él todas sus hermanas eran igual de importantes.

La verdad es que Memeh llevaba meses ansiando volver a ver a las niñas. Su sentido paternal despertó cuando Montse perdió aquel primer bebé, y se acentuó cuando aquella experiencia se volvió a repetir y gracias a la fecundación In vitro, fueron bendecidos con las dos preciosas pequeñas que tanto se parecen a él. Desde entonces las visitas a España son más frecuentes, haciendo que los cuatro, Memeh, Esra, Sol y Montse, formen una gran familia junto con las tres pequeñas a las que todos y cada uno de ellos adoran.

-Hablando de hermana mayor- dice Esra con una de las pequeñas entre sus brazos-... dijiste que Marla estaría aquí para el cumpleaños de las niñas- apunta

-Llegará de un momento a otro. Está pasando unos días en Madrid, con mis padres- señala Montse comenzando a caminar hacia el interior de la posada, buscando el refugio del calor.

Las lonas que Fabrizzio y Manu habían instalado el día anterior, con la intención de paliar el calor sofocante poco habitual del mes de Mayo, sirven para refugio de la comida familiar. La primera del día.

La terraza está preparada para una fiesta de cumpleaños. Las pancartas. Los globos. Las mesas alineadas que están usando para la comida del mediodía. La distendida charla que mantienen los adultos es interrumpida por el sonido estridente del claxon de un vehículo. El ruido les informa que dicho vehículo está situado tras el portón por donde ellos acostumbran a entrar con los coches de la posada.

-¡Ya están aquí!- dice Montse aplaudiendo como si fuese una cría.

-Tranquila prima. Yo abro- le dice Manu, impidiendo que Montse abandonase su asiento y la tarea de seguir alimentando a la pequeña Sol, que después de su turno de comida, se ha vuelto a reenganchar.

Todos los adultos siguen a Manu con la mirada, atentos. Cuando la Fiat Dobló de Paco Picón entra en el recinto todos abandonan sus asientos. Las muestras de cariño y bienvenida comienzan a repartirse. Es cierto que el matrimonio Picón visita con asiduidad la posada y con ello a su hija menor, a las pequeñas y al matrimonio italiano que ya es parte de la familia. También han

coincido con la pareja turca cada vez que estos han viajado a España. Después de todo, Memeh es el padre de sus nietas y tras conocer la verdadera relación con Esra, Paco y Mercedes han aceptado a la pareja como la familia que su hija a elegido.

El mayor foco de atención son Marla y Morgan. Ellos son los que menos viajan a España. Después del nacimiento de las pequeñas, la última vez que se reunieron fue hace seis meses, cuando el americano y la española se casaron. En la posada. Una boda íntima a la que acudió la familia de la novia que en esos momentos estaba allí reunida, y los padres y hermanos del novio.

-¡Ay Dios!-espeta Montse asombrada, cuando finaliza el abrazo con su hermana-... el pirata te ha hecho un bombo- dice con alegre expresión al notar el vientre de su hermana más abultado de lo normal.

-Cuñadita, un pirata viene de camino- señala Morgan con tono burlón.

-¡Un niño!- dice Montse asombrada ante la noticia- ... ¿entonces?

El rostro de Montse lo dice todo. Cuando nacieron sus pequeñas y acordaron llamarlas Sol y Estrella, para que los nombres de las tres niñas estuviera dentro de la misma dinámica, a la joven posadera se le ocurrió la brillante idea de que el día en que su hermana tuviera una niña, esta debería llamarse Cielo, o Sky dado que contra todo pronóstico sería escocesa. La idea a su hermana no le pareció rocambolesca. En cierto modo, el nombre de Sky sonaba bien.

-Lo siento hermanita, pero no voy a llamar Sky a mi hijo.

-¿Por qué no? Sky es un nombre neutro- insiste esta.

-Porque Sky no es un nombre muy apropiado para un pirata- responde Morgan burlón.

Los recién llegados se suman a la larga mesa preparada. Las niñas pasan de un adulto a otro. Todos quieren aprovechar esos días para disfrutar de ellas.

La armonía y la felicidad rezuman por cada rincón de la posada. Porque allí están reunidos todos los miembros de una gran familia que la pandemia ha formado. Y es que, lo que la pandemia ha unido no lo separa el tiempo.

